

ESTE NUMERO DE LA REVISTA AMERICA TIENE YA SU LEYENDA:
EN LA ETAPA TRANSCURRIDA PARA PROCEDER A SU EDICION,
HAN FALLECIDO SU OFERENTE, DR. CAMILO GALLEGOS DOMINGUEZ,
MINISTRO DE EDUCACION Y CULTURA, EL 25 DE ABRIL DE 1986 Y,
ESTANDO CASI LISTA PARA LA ENTREGA, EN LA IMPRENTA DEL
MINISTERIO, QUIEN LA HABIA SOLICITADO Y DEBIA RECIBIRLA,
DR. EMILIO UZCATEGUI GARCIA, PRESIDENTE DEL GRUPO AMERICA,
EL 12 DE JULIO DE 1986.

MAS TODOS SABEMOS QUE LOS DOS FORMAN PARTE DE NUESTROS
INMORTALES, HAN ENTRADO CON PASO FIRME A LA HISTORIA.

Donación del
Sr. Edwin Guerrero Blum

Para la Biblioteca "Amalio Espinoza
Polít"

[Signature]
26/04/20

AMERICA

PUBLICACION DEL GRUPO AMERICA

Dirección

Martha Lizaraburu

Fabiola Solís de King

CONSEJO EDITORIAL

Manuel Corrales
Piedad Larrea Borja

Plutarco Naranjo
Gustavo Vásquez Hurtado

1986

AÑO LIV

No. 114

P. O. BOX 509

Quito — Ecuador

DIRECTORIO DEL GRUPO AMERICA

PRESIDENTE:	Dr. Emilio Uzcátegui
VICEPRESIDENTE:	Sr. Gustavo Vásconez Hurtado
SECRETARIA:	Lic. Estela Parral de Terán
SECRETARIO-ADJUNTO	Sr. Federico Ponce
PROCURADOR:	Dr. Enrique Avellán Ferrés
TESORERA:	Lic. Alba Luz Mora
VOCALES:	Dr. Luis León Dr. Ricardo Descalzi
DIRECTORA DE BIBLIOTECA	Dra. Violeta Coppo
DIRECTORAS DE LA REVISTA	Lic. Martha Lizarzaburu Sra. Fabiola Solís de King

MIEMBROS DEL GRUPO AMERICA

Albarrán Plutarco	Mora Reyes Alfredo
Alemán Hugo	Mata G. Humberto
Alegría Julio César	Muñoz Manuel M.
Arcos Terán Julia	Mora Alba Luz
Arízaga Carlos Manuel	Moreira Darío
Astudillo Celín	Muller Kurt
Avellán Ferrés Enrique	Naranjo Plutarco
Albornoz Enrique	Ortiz Adalberto
Andrade Cordero César	Parra Antonio
Barriga Franklin	Pareja Diezcanseco Alfredo
Borja Rafael	Pérez Concha Jorge
Bossano Luis	Pérez Galo René
Carrión Alejandro	Ribadeneira Edmundo
Campos Luis	Rodríguez Carlos
Castillo Abel Romeo	Ramón Gonzalo
Coppo Violeta	Rojas Angel F.
Córdova Wilson	Rosemblat Angel
Corrales Manuel	Rumazo González Alfonso
Descalzi Ricardo	Solís de King Fabiola
Engel Paul	Sánchez Jesús Leopoldo
Espinoza Carlos	Salvador Humberto
Espinoza Carlos	Terán Francisco
García Aurelio	Torres Luis F.
Gurrero José Enrique	Tobar Zaldumbide Carlos
Fierro Benítez Rodrigo	Troncoso Julio
Jácome Gustavo	Urquiijo Ignacio
Larrea Carlos Manuel	Uzcátegui Emilio
Larrea Piedad	Vacas Gómez Humberto
León Vinuesa Luis	Vásconez Hurtado Gustavo
Ledesma Eduardo	Villacís Carlos
León de Noboa Teresa	Viteri Durant Juan
Lizarzaburu Martha	Yáñez Cossio Alicia
López Raúl	Zuñiga Neptalí
Martínez Alfredo	

HOMENAJE A QUITO

GUSTAVO ALFREDO JACOME

Milenios antes que el mismo Madrid sea erigido en la capital del imperio sin ocaso, en nuestra América india ya callejaban ciudades de abolengo: Quito, Cuzco, Tikal, Venezuela, Tenochtitlán.

Como toda ciudad que se precia, cada una de ellas tiene su origen esfuminado en la Leyenda. Es la barra de oro, llevada en las manos por Manco-Cápac, la que al hundirse en la tierra, señala la ubicación de Cuzco. El águila, el nopal y la serpiente dan fe de la fundación de la capital de los aztecas. La gestión de Tikal y sus templos piramidales tiene que ver con la nebulosa teogonía del Popol Vuh. En alguna playa del azul Caribe, Cristóforo Columbus contempló la zancuda ciudad que motivó su cariñosa y diminuta asociación: Venecia-Venezuela.

Los orígenes de esta nuestra bien amada ciudad de Quito tienen que ver con la leyenda de Quitumbe. De Quitumbe y Guayanay. Guayanay, que en la parla aborigen significaba golondrina.

Golondrinita viajera:

Guayanay.

Tijeretazos al viento:

Guayanay.

Luto en ala por el cielo:

Guayanay.

Montaña rusa en plumaje:

Guayanay.

Este nombre andariego quizá evocaba el largo camino deambulado, por mar y tierra, desde lejanos horizontes maya-quichés.

Una vez avvicindados bajo este cielo de querubines transparencias, con el oído puesto en las volcánicas pulsaciones del Pichincha, se enseñorearon y se llamaron a sí mismos **caras**, varones por excelencia, gobernados por un **shyri**, señor o rey.

A lo largo de innominados shyris y dieciocho registrados cronológicamente, la ciudad de Quito había sido hermo세ada. En la cima del Ñahuirac se levantaba un templo al sol, que era, al mismo tiempo, un observatorio astronómico. En la colina de enfrente, Huanacauri, estaba el templo a la luna, laminada en plata. La fantasía ha unido estos dos templos sabeístas con una cadena de oro.

El último de estos shyris, Cacha-Duchicela, se inmortalizó luchando heroicamente contra Huayna-Cápac, el inca invasor. Mas, en vez de conquistar a los caras por las armas, fue mejor él, Huayna-Cápac, conquistado por la hermosura de la reina Paccha. La serpiente se muerde la cola, porque, a través de Guayanay, las dinastías de incas y shyris provenían de un tronco común.

Huayna-Cápac, remozó sus años en la nubilidad de la reina Paccha. Y enamorado a través de ella, de los translúcidos aires de Quito, adornó la ciudad con palacios. Uno de ellos, la Casa del Placer, enuncia, pero también denuncia en su solo nombre los arrebatos del inca sensual y sibarita. Estaba colgada como un condórico nido, en el antepecho del Pichincha, de cuya chorrera había sido desgajado un torrente musiquero para las diarias abluciones. Cuando yo cursaba mis estudios en el Normal "Juan Montalvo", conocí el "Baño del Inca". Lo miraba unciosamente, ido en las desnudas inmersiones de la pareja enamorada.

Pero un día, a la Casa del Placer llegaron, desde Atacames, las noticias de la aparición de los profetizados "viracochas", navegantes por el mar océano, en gigantescos "ampus". Entonces el inca-sol entardeció en el ocaso.

Hijo de ese amor de enamoramiento fue Atahualpa, quien, tras el Quipaipán de los generales quiteños, añadió el "lauto" del inca a la esmeralda del shyri. Mas, en plena fruición del triunfo sobre el mismísimo Cuzco, nunca antes por nadie derrotado, pereció en Cajamarca, víctima del magnicidio cometido por filipillos aborígenes y castellanos. La enlutada exclamación de la ñusta, lo dice todo: "**Chaupi punchapi tutayarca**". Y anocheció en la mitad del día. Nuestros aborígenes prosiguen anochecidos.

Lo que vino después ya es tan solo historia. Historia, notarial historia, la fundación española de San Francisco de Quito, "en el sityo e asyento donde está el pueblo que en lengua de yndios ahora se llama Quito".

Historia, pero historia legendaria, la lucha rumiñahuímente heroica de los guerreros quiteños que en oleadas sucesivas se lanzaban contra los caballos relinchantes y las espadas en relámpago de sangre, en medio del estampido de los arcabuces y el clangor de extraños clarines de guerra. Pero todo fue inútil. Los montes hablaron inexorablemente. "Y el sol cayó—lo dice el poeta—, bajo las patas de los caballos".

Desde entonces, Juan—sin—cielo.

Juan esclavo.

Juan labriego, pastor,

huasicama, chagracama,

mitayo, pordiosero.

Juan hambreteniente, Juan nadateniente

En tanto que ellos, los "viracochas"

tras el arrebato de todo el oro,

entraron en arrebato en el tibio bronce de las ñustas.

La fundación española de San Francisco de Quito se consumó sobre las cenizas de la ciudad incendiada y tras los ayes de vírgenes despeñadas.

Los nombres de los 205 fundadores constan en las piedras catedralicias. Pero, eso sí, dentro de los yelmos y las duras arma-

duras de los castellanos se aternuraba la nostalgia, los solares nativos, nostalgia que pretendían convalecerla con réplicas en nuestra América de lugares y comarcas dejados en tanta lejanía: Nueva Castilla, Nueva Granada, Loja, Baeza, Archidona, Sevilla de Oro, Cartagena de Indias.

Y así, nostálgicamente, iban trazando las nuevas ciudades y a ellas trasplantaban casas, calles, plazas, templos, conventos, monasterios. Y lo que es más: nos trajeron como presentes, la cruz, la lengua, la estirpe. Y como a una nueva arca de Noé, los animales domésticos en parejas. Y las plantas y cosas orgullosamente oriundas: arroz de Castilla, caña de Castilla, harina de Castilla, alumbre de Castilla, bayeta de Castilla, rosa de Castilla. ¿Fue Fray Jodoco Ricki o el Capitán Gonzalo Martín? Lo cierto es que — ¡oh milagro de tierna verdura! —, los españoles ya quiteños acudían a la plaza de San Francisco a contemplar, aternurados, cómo comenzaba a marinear, bajo un verano transparente, un pedazo de meseta castellana con las primeras espigas del trigo candeal.

Pero no bien asentados en la ciudad fundada, los españoles se encandilaron con la leyenda de El Dorado. Gonzalo Pizarro capitaneó la aventura de los nuevos argonautas que culminó con el descubrimiento del gran río de las Amazonas. La hazaña emprendida desde esta ciudad, con españoles avecindados en Quito, con cuatro mil indios quiteños y con quiteñas vituallas, no ha servido sino para que nos vanagloriemos infantilmente con una leyenda: "ES GLORIA DE QUITO EL DESCUBRIMIENTO DEL GRAN RIO DE LAS AMAZONAS". Porque, primero, en salomónica-lozanía, nuestros vecinos del Norte y del Sur se habían repartido el Napo, el Putumayo, el Caquetá y, luego, en la noche triste de Itimarati nos cercenaron, panamericanamente, el suelo patrio. Mejor será voltear esta página de historieta para volver a la historia.

Veracruz fue el primer templo de la nueva religión, levantado en los extramuros, al Norte de la ciudad. En esa fachada añeja se inspirará uno de los poetas decapitados para su acuarela mística:

*"El viejo campanario
toca para el rosario...
... Es el último día
del mes de María..."*

En el centro, se trabajaba febrilmente en los grandes templos. San Francisco y su convento con magnificencias escorialescas, y, simultáneamente o con breves intervalos, las otras iglesias, solemnes todas en la preciosidad de su propio estilo arquitectónico: La Merced, con sus blancas almenas de moruna belleza; la fachada agustiniana y su convento, profanado este por la leyenda del Cuchurucho de San Agustín; la iglesia de Santo Domingo y el Arco de su mismo nombre que da acceso al barrio de la Loma Grande y a Mamacuchara; la Compañía, piedra barroca por fuera y ascua de oro por dentro; el minarete de la Catedral y cabe él, la Capilla Mayor. (El gallo de la Catedral es el mismo que aquel del viernes de pasión. Está posado estratégicamente —Dios hace las cosas—, enfrente del Palacio de Gobierno. Dicen las malas lenguas de pérfidos y sediciosos que el gallo se ha dado en cantar en las últimas madrugadas.

En la monotonía de los días coloniales, los indios pica que pica, los indios picapedreros. Ladínamente y sin que nadie diera cuenta, han insertado en la fachada de San Francisco los mascarones en piedra de sus dioses, ellos sí bienhechores. Se han dado modos también para suplantar el sello ignaciano o la custodia eucarística con la imagen del dios—sol, su Inti—yaya, y para entronizarlo esplendorosamente en la cúspide misma de la fachada de La Compañía. Desde ahí alumbra hasta ahora.

Una noche, también colonial, las gentes madrugadoras vieron, ojos desorbitados y espumarajos por la boca sin pronunciar, a miles y miles de demonios que iluminados por la luz infernal de sus propios cuerpos, trabajaban como diablos en la construcción del atrio de San Francisco. La visión diabólica habría terminado con el toque del Angelus. Y como les faltó poner una última piedra, se salvó el alma del indio Cantuña.

Las torrecillas de monasterios, como la Concepción, San Diego, el Tejar, Santa Clara, la Recoleta, el Carmen Alto, el Carmen Bajo, Santa Catalina, San Juan, el Tejar, el Hospital de la Misericordia de Nuestro Señor Jesucristo, completan los mil y un campanarios de Quito. Desde cualquier altura de las que rodean la ciudad, es posible contemplar, hacia abajo, un verde burbujear de cúpulas. Por el aire luminoso revolotean los querubines de las campanadas.

Para poblar tantas naves eclesiásticas y vestir y revestir tantos claustros conventuales, era preciso que surgiera, como en efecto surgió, la escuela quiteña de pintura y escultura. Nuestro imaginero indio Caspicara extravierte en sus cristos la agonía de su propia crucifixión aborigen. Y entre Miguel de Santiago, Gorívar, Legarda, Samaniego, Bernardo Rodríguez, fue bajada hasta nuestros templos y claustros toda una corte celestial en una variedad de Señores de gran Poder, vírgenes, ángeles, arcángeles. Y santo, santo, santo es el Señor, Dios del Universo.

Mediante los ricos doblones provenientes de mitas, obrajes y encomiendas, los devaluados y ex carcelarios chapetones que nos llegaron, ya pudieron mercar títulos nobiliarios. Así se irguió la petulancia pelucona de condes y marqueses y la parlanchina filigrana de marquesitas y marquesinas.

La vida del Quito colonial, transcurría así, bobalicona y pachorruda, pero, eso sí, en diligente y novenario comercio con el cielo.

De repente, el Pichincha incendia el horizonte y tranquea la tierra con horrisonos terremotos. Mariana de Jesús, la Azucena de Quito, se marchitó holocaustamente por salvar la ciudad. Y profetiza, con actual precisión, que Quito no se ha de acabar por los terremotos, sino por los malos gobiernos.

Otras veces, eran las pestes que los buenos y prolíferos frailes pretendían curar con ululantes rogativas y contritas limos-

nas y contribuciones. Eugenio Chúsíg Aldaz, por mal nombre Espejo, irreverentemente echó la culpa de la peste de las viruelas a unos "corpúsculus vivientes". Y leído y escrito como era de los heréticos enciclopedistas franceses, una madrugada cómplice escribió en las cruces de piedra de la ciudad: "SALVA CRUCE LIBERI ESTO SALVA CRUCE LIBERTATEM ET GLORIAM CONSECUO". Convicto de la alevosa proclama, le impusieron prisión y muerte perpetua. Pero, a poco, los criollos, puestos en temple heroico por una mujer quiteña, Manuela Cañizares, se lanzaron a la revolución de la Independencia. Por el 10 de Agosto de 1809, "Quito es luz de América". La rebelión terminó con la sanguinaria agostada del año siguiente.

Pese a todo, el anhelo libertario quedó latente. Un 24 de Mayo, desde la montaña tutelar descendieron nuestros libertadores. En la Cima de la Libertad quedó yacente nuestro Héroe Niño.

Al mes del triunfo de Pichincha, llegaba a Quito, el Libertador. Entonces fue otra Manuela quiteña la que impulsó a Simón Bolívar, amorosa y locamente, hacia Junín y Ayacucho. Cuando la ingratitud y felonía de la noche septembrina, ella se inmortalizaría como la "libertadora del Libertador".

(Vale la pena meditar, aunque sea brevemente, en la amorosa brujería de la mujer quiteña, amorosa brujería con la que, a través de los siglos, ha conquistado a conquistadores y libertadores. Desde la reina Paccha y Huayna-Cápac, hasta nuestras Manue-las heroicas y la Marquesa de Solanda y el Mariscal de Ayacucho y la condesa de la Casa Jijón y nuestro inolvidable "Fundador". Solo el antioqueño Córdova se libraría del hechizo chamiquiante.)

La vida republicana se inició con el desobligo escrito en los muros quiteños: ULTIMO DIA DEL DESPOTISMO Y EL PRIMERO DE LO MISMO. Luego, hubo que libertarse de los libertadores, los segundones, por cierto. Porque lo que es a Bolívar, Quito se le entregó de todo corazón en los días de gloria, y más tarde, en la hora de nona, cuando hasta Venezuela, su patria, le repudia-

ba, Quito le invitó: "Venga Ud., Libertador, venga a vivir en el corazón de los quiteños". Y ante la desolada negativa y conociendo de la pobreza seráfica de quien había sido el Libertador y Presidente de la Gran Colombia, le remitió un óbolo cariñoso que no llegó a su destino. Había ya emprendido el viaje, río abajo, hacia la muerte y la inmortalidad.

Repuestos de la malagradecida obnubilación, los venezolanos, a través de su Congreso, reconocieron a Quito el PROCERATO DE LA LEALTAD A LOS LIBERTADORES. Y es que también esta muy noble y muy leal ciudad de San Francisco de Quito es el sarcófago irrenunciable de las cenizas de Antonio José de Sucre.

La hermosura del alma le sale a la cara a Quito.

"Quito, capital de la nubes".

"Quito, arrabal del cielo".

Quito, balcón de las estrellas.

Y como saliendo de una calcomanía de niebla, en Quito se ha aparecido la cara de Dios.

A pesar de que la sentimos nuestra, tan entrañablemente nuestra, tanto los pocos quiteños que en ella todavía sobreviven exiliados, cuando los muchos chagras que en el mundo han sido, nos sentimos felices y orgullosos de que Quito sea, en nuestros días, PATRIMONIO CULTURAL DE LA HUMANIDAD.

Como otra casta Susana se esquivo en un cuenco de montañas. Los viejos montes circunvecinos, el Cayambe, el Antisana, el Cotopaxí, los Ilinizas, por deleitarse contemplándola, se paran en puntillas de nieve.

Por el cielo quiteño, siempre en anticipación de la gloria, nuevamente, como fue en el principio, Guayanay.

Golondrina viajera:

Guayanay.

Tijeretazos al viento:

Guayanay.

Luto en ala por el cielo:

Guayanay.

Montaña rusa en plumaje:

Guayanay.

Diciembre 84

DE LAS PALABRAS Y DE LAS OMISIONES

En la Sesión Solemne del Grupo
América en homenaje a Quito, con
la recepción de nuevos Miembros.

TERESA LEON DE NOBOA

En más de una ocasión, cuando se me encontraba mayores títulos y merecimientos de los que en realidad me corresponden, manifesté categóricamente que dos de ellos son los que en verdad me enorgullecen, sí, ateniéndonos a la Semántica —“titulada es la persona que posee un título académico; mas, también por título, persona condecorada con alguna dignidad nobiliaria o renombre con que se conoce a alguien por sus cualidades o sus acciones”—.

Pues sí, dos títulos de los que me apropio, no sé si en justicia, son los de madre y maestra; aunque en razón de tiempo debería invertir el orden, antes fui maestra que madre; creció mi vocación desde la infancia y me eduqué para ello, crecí, luché y amé para ello.

Para educar se debe amar; pienso en Jesús, maestro, cuando el término cobra un plano de divinidad; luego, más próximas y humanas, aunque con mística semejante, en función espiritual, o el apostolado en anhelo de propagar la verdadera doctrina, recuerdo a José Enrique Rodó ó a Gabriela Mistral.

Las asociaciones se agolpan en mi mente, como casi siempre cuando habla, atropello el curso del pensamiento; me detengo a tiempo y analizo dos de las palabras claves que estoy usando en mi planteamiento: mística y apostolado, palabras que en este tiempo suenan arcaicas; si su eufonía no nos alcanzan; menos aún su sig-

nificado: ¡Qué pocos, son entonces, los que podrían ser llamados maestros! y yo he osado decir que es uno de mis títulos, y, lo que es más, alguien me llamó públicamente maestra de maestros; por la función desempeñada, es posible que así sea. Me explico: veintinueve años de enseñanza me acreditan un elevado lugar en el Escalafón del Magisterio Nacional (y conste como glosa, que una distinguida y sensitiva amiga mía, siente horror de saberme "escalafonada"). Si pensamos en el individuo y en la serie, ciertamente produce escalofrío saberse apenas un nombre en una lista; no obstante, en acción de vida, y parece que estoy empleando sinonimia; veintinueve, treinta, cuarenta o más años... es un largo camino andado, el magisterio es un camino espiritual, y en él hay mística; es una entrega total, y allí está precisamente el apostolado.

En cuanto a la palabra Madre, he ahí un término común a cualquiera, hasta al animal hembra que ha parido un hijo; mas, otra vez la mente se eleva como una plegaria, y de los labios sale con unción una palabra: ¡María! senda de perfección, camino del hombre hacia Dios.

Perdonadme por tener que hablar con mi lenguaje interior, aquél que no se expresa en palabras, cuando en este instante estoy siendo objeto de una gran distinción, cuando se me ubica, ya no en un escalafón, sino en un rol de personajes sobresalientes en alguno de los campos de la acción creadora del intelecto. Quisiera poder exaltar los méritos de cada una de las personalidades de este Cenáculo que se autodenomina Grupo América, en donde destacan desde ayer y desde siempre, los más altos exponentes de la intelectualidad ecuatoriana con proyección continental, y en el que me cabe el honor de figurar desde ahora, por infinita generosidad de quienes propusieron mi nombre y de quienes lo acogieron, muy especialmente el Dr. Emilio Uzcátegui, su digno Presidente, quien fuera dos veces, mi maestro; así como doña Esthela Parral, noble amiga. Quisiera sumarme en el pasado y en el presente a las manifestaciones de reconocimiento que les han sido discernidos con tanta justicia a los más sobresalientes Miembros

del Grupo América; pero es ahí cuando fallan las palabras y surgen las omisiones.

Me disculpo acusando a las palabras que no alcanzan la velocidad del pensamiento, que caminan lentas y convencionales, que se amontonan como herramientas inútiles por no saber usarlas o permanecen estáticas en los diccionarios ¡Pobres palabras escalafonadas! La diaria lucha con ellas me recuerda a Borges, su presencia luminosa de titán que añora la luz que no alcanzan sus pupilas, cuando expresó en una declaración a la Prensa, en París, que la lengua castellana era la más pobre y fea. Al inquirir el porqué de su expresión, a tal artífice de esta propia lengua, me contestó a través de la voz de otro de nuestros grandes, Raúl Andrade, —“no quise decir eso, el Castellano es la lengua más difícil para mi propia expresión”— Cierro comillas, ante esa inolvidable y dura lección para todo el que intenta manejar la lengua de Cervantes.

Diré, además, con Ortega y Gasset, —“hablar es una operación mucho más ilusoria de lo que suele creerse, por supuesto, como casi todo lo que el hombre hace. Definamos el lenguaje como el medio que nos sirve para manifestar nuestros pensamientos. Pero una definición, si es verídica, es irónica, implica tácitas reservas...”

—“Siendo al hombre imposible entenderse con sus semejantes, estando condenado a radical soledad, se extenua en esfuerzos para llegar al prójimo. De estos esfuerzos es el lenguaje quien consigue a veces declarar con mayor aproximación algunas de las cosas que nos pasan dentro. Nada más”— Hasta aquí Ortega. Yo tomo ejemplos de mi propia lucha con las palabras, y vosotros perdonad las omisiones.

- a) Las palabras (de mi poemario “Cuadernos Olvidados)
- b) Fragmento de “Incógnita”,
- c) “El Monólogo de Segismundo y el Mío”.
- d) Esta noche, de “Cantos Finiseculares”.

LAS PALABRAS

*No buscamos las palabras
ellas vienen, nos encuentran
y se quedan en nosotros para siempre...*

*Las palabras nos atraen, nos envuelven,
nos arrastran, nos dominan,
nos torturan o nos salvan.*

*Nos conducen, nos orientan, nos transforman,
otras veces nos persiguen implacables,
nos sofocan, nos aplastan.*

*Las palabras nos deslumbran con su magia,
nos aturden con su loca algarabía,
nos traicionan y se escapan.*

*Iluminan con su lumbre como antorchas,
otras, queman como llamas,
nos consumen, nos abrasan,*

*Las palabras nos impulsan, nos alientan,
nos elevan a la cumbre
o a las sombras del abismo nos arrastran.*

*Unas veces son tan dulces
y otras veces, tan amargas, lapidarias,
nos maldicen, nos condenan o nos salvan.*

*Hay palabras que perdonan y se apiadan,
nos protegen, nos consuelan, nos defienden,
nos bendicen y nos calman.*

*Pero hay otras que ultrajan y que ofenden,
que arremeten contra todo, sin motivo,
que destruyen y que matan.*

*Las palabras... siempre vanas,
del olvido de la tumba nos redimen,
desde el fondo de los años nos rescatan.*

*No buscamos las palabras,
ellas vienen, nos encuentran,
sin nosotros ellas mueren...*

FRAGMENTO DE "INCOGNITA"

—“El pensamiento aletea como cuervo
en torno del augurio
y pide prestado un cuerpo
a la palabra,
pero, el gesto es inútil:
lavamos las palabras
en la noche
para volver a usarlas
mañana demañana
por eso están gastadas
y no alcanzan
a cubrir las deudas atrasadas—

ESTA NOCHE

No sé cómo leer este lenguaje
que ya no dice nada
o dice
todo de la agonía interior
ya sin palabras
No sé cómo entender este mensaje
en lengua de otro tiempo
u otro mundo
de seres que no existen o existieron
en la línea crucial donde se borra el tiempo
No sé cómo decir este recado
ni sé de dónde viene
ni a quién se lo destina
desde alguna
ya olvidada etapa
No sé si en realidad esto se vive
o se escapa

por la dura tangente del destino
en la última palabra
No sé ya lo que digo
si lo digo
o nunca dije nada
tal vez sólo un puñado de palabras
vacías
como hojas ya muertas
desprendidas
o arrancadas de un viejo calendario
"Que el mundo da las vueltas"
una frase
gastada ya hace tiempo en el destiempo
de alguna vieja hipótesis
Esta noche
u otra noche cualquiera
en este lado oscuro del planeta
se escapan las palabras
ya sin rienda
desbocadas en la última carrera
hasta caer vencidas
puesto que las palabras
signos convencionales
ficción de las ficciones
ya no nos dicen nada.

EL MONOLOGO DE SEGISMUNDO Y EL MIO

Yo, individuo,
no existo,
sufro
me angustio,
me agito,
no importa.
¡No existo!

*Esta voz es ajena,
este cuerpo es antiguo,
este idioma, extranjero,
es prestado el vestido
de esta piel que se arruga,
y también los sueños ...*

*Este sueño
en que sueño
que sueño
que existo
no es mío,
me entregaron*

*envuelto en la bruma
Calderón y su príncipe,
Borges y un cuento...
¡Segismundo, alter ego,
como tú, sé que el sueño
de estar vivo, es iluso!*

*Despierto
y no existo,
me hundo
en un pozo negro,
de abismo
en abismo...*

*Quizá al fondo de todo
esté el yo colectivo,
la memoria integral
del planeta y su especie
en el brazo exterior
de una blanca galaxia,
en el todo
o la nada,*

*Junto a Dios
la esperanza
en el centro
del mismo infinito...
Yo individuo,
no existo!*

UN ENCUENTRO CON MANUELA SAENZ

FABIOLA SOLIS DE KING

Los biógrafos de Manuela Sáenz ubican el lugar y el año de su nacimiento en Quito y en 1797, pero hay un desacuerdo respecto al mes, por ejemplo, según Alfonso Rumazo González, Manuela nace en Quito a principios de año, según Raquel Verdesoto de Romo, nace en diciembre. Cada biógrafo describe ese comienzo a través de una diversidad de decorados y circunstancias y todo esto a pesar de que es una historia única, como todas las historias humanas, la que va a desarrollarse. Cito a Rumazo González:

Manuela Sáenz nace en Quito a principios de 1797. Son ricos y de posición social distinguida tanto el padre como la madre de esta niña. Cuando a la muerte de su madre en 1820, reclamó la herencia, la investigación encontró que su origen dimanaba de padres nobles que lograron distinción en Quito. Pero nace de adulterio y en adulterio vivirá ella misma los mejores años de su juventud. Llega además en tiempos en que el adulterio y otras concupiscencias son lo normal, lo elegante, lo perdonado entre la aristocracia y entre los criollos de todas clases.

Raquel Verdesoto escribe: "Manuela nace en diciembre de 1797 como una infanta, gasas y cortinas amortíguanle la luz de magníficos candelabros, solo que su venida sazónase con un remordimiento y un pañuelo mojado en lágrimas.

Otra biógrafa, Olga Briceño dice de la época: "La América Latina copió entonces a Europa en sus virtudes y vicios y como todo lo que es imitación peca forzosamente de débil o de exagerado, las costumbres en nuestro medio presentaban un lastimoso tono de caricatura. La licencia y el libertinaje fueron pan cotidiano en nuestra sociedad civil, clerical y militar".

Y así empiezo a encontrarme con Manuela Sáenz, en medio de datos contradictorios, de planteamientos subjetivos, de títulos sugestivos y, por lo mismo, de sospechosas intenciones: Así me enfrento con títulos como: "La vida ardiente de Manuela Sáenz", "Manuela Sáenz la divina loca", "El mariscal y la dama", "Las cuatro estaciones de Manuela", etc. y me doy cuenta que así no voy a encontrar a la mujer que busco, es que la literatura permite vengarse de la realidad esclavizándola a la ficción y siento que esa imagen borrosa de Manuela que apenas empieza a formarse en mi conciencia se me va a desvanecer como un fantasma. De todas maneras leo libros, trato de ubicarme en la época y sus circunstancias, Manuela está a horcajadas sobre dos siglos convulsionados, conozco el final de su vida y una de las ventajas de conocer ese final de esa historia única de una mujer que se llamó Manuela Sáenz Aispuru, es que me permite registrar en su continuidad, en su desarrollo y en sus encrucijadas imprevistas, la curva sorprendente de esa existencia que dejó de aceptar lo que le era impuesto. Basta con el simple y muy trascendente detalle para que mi interés acrecentara por descubrir más allá de los episodios y las anécdotas, grandiosos los unos, cotidianos los otros, lo que fue en realidad Manuela Sáenz. Mi frustración también aumenta, pues ella, la protagonista desde adentro, desde ese su interior tantas veces convulsionado no puede decirme nada, ni puede hablarme de su verdad, de los muchos momentos en los que pasó del miedo a la desesperación, luego a la cólera, a los rechazos atravesados por llamaradas de esperanza. No puede hablarme de cada uno de sus días atendiendo al mundo siempre despierta, tratándolo de no perderse en la cotidianidad monótona que casi siempre ha implicado la feminidad, aquella impuesta por el mito y el prejuicio, en esa

compulsión a repetir fórmulas, a calcar escenas, a trabajar moldeando la rutina en lugar de escapar de ella. Parecería que Manuela sentía a su existencia como una ascensión y es así cómo yo me figuro. Durante todos sus años de infancia, adolescencia, de juventud y madurez su libertad fue como la persecución de un proyecto original, incesantemente retomado, fortalecido, ramificado en múltiples actitudes y desafíos, en apasionados compromisos con el mundo y con los seres, siempre encarando la vida para encontrar el momento decisivo que le confiera un sentido eterno. Nos dicen quienes escriben sobre ella:

"Manuela no se libertará nunca de cuatro puntos que informan su existencia: ser libre, libérrima en cuanto a moral, amar con delirio u odiar en el mismo grado, ser rebelde, revolucionaria, belicista, tempestuosa, entender la vida a lo grande y conformar todos los actos a esta actitud elevada, en la cual por otra parte, vienen involucrados todos los desprendimientos y aún todas las generosidades. Amable loca la llamará Bolívar. Mujer excéntrica, O'Leary, parecía una reina dice, Garibaldi; perfecto tipo de la mujer altiva, mujer superior acostumbrada al mando", comenta Ricardo Palma.

Nacida en los últimos años del siglo XVIII y crecida en los primeros del 19, reunía en sí los defectos y las virtudes características de ambos siglos. Desde la cuna pues, ya estaba marcada para llevar una existencia compleja. Emulando a los hombres de su tiempo, haría de la gloria y del amor sus derroteros, su espíritu analítico y burlón, su afán investigador, su curiosidad intelectual, su anhelo de aprender, su riguroso método para alcanzar la meta deseada eran su legado del siglo 18. Su agilidad mental, su impetuosidad, su don de mando, su afición hacia el relumbrante brillo de las armas, su perspicacia, su habilidad diplomática, su generosidad, su amor hacia la fuerza, su violencia esporádica, su desdén a los prejuicios, el desbordamiento de pasiones, serían el dón que le hiciera el siglo 19.

"Antítesis viviente, era dulce y violenta, metódica e impetuosa, recatada y liviana, femenina y varonil, comedida y desbordada, analítica e intuitiva, fanática y liberal".

Y que dice Manuela de ella misma: en las diversas circunstancias en las que debió asumir su propia defensa frente a una sociedad que no le perdonaba ser una mujer de ideas propias, pues esa capacidad de pensar, de no asumir la pasividad impuesta a la feminidad, de no andar de hurtadillas frente a la vida permitiendo que otros la desdoblén y le den categoría. Y que nos dice Manuela, repito: en las cartas que de ella se conservan: "jamás me harán vacilar ni temer", "el tiempo justificará mis acciones", "amiga de mis amigos y enemiga de mis enemigos".

En 1828 cuando se produjeron graves alteraciones del orden en Venezuela, y Bolívar se declaró en ejercicio de poderes extraordinarios, Manuela le escribe: "Dios quiera que mueran todos esos malvados que se llaman Paula, Padilla, Páez pues de este último siempre espero algo. Sería el gran día de Colombia el día que estos viles muriesen, éstos y otros son los que le están sacrificando con sus maldades para hacerlo víctima un día u otro. Este es el pensamiento más humano, que mueran diez para salvar millones". Al parecer de Rumazo González esta carta sería la que más revela su personalidad (lo cito): "Parece una mujer de estado, que entra en la política, opina en ella, trata de conducirla, decide, desenmascara a los enemigos, toma determinaciones enérgicas: que mueran diez para salvar millones".

Y en el episodio entre carnavalesco y dramático del fusilamiento del general Santander en efigie, Manuela se defiende: y escribe entre otras cosas: "No he ofendido a ninguna autoridad, lo que he hecho no es deshonoroso. Quienes me calumnian lo hacen porque no pueden perseguirme ante la ley, esta es mi vindicación, porque todos saben como he sido injuriada, calumniada, vilipendiada,. Confieso que no soy tolerante pero mi serenidad descansa en la conciencia de lo justa que es la causa de Su Excelencia,

El Libertador. Nunca, nunca retrocederé un paso de la amistad y la gratitud que tengo por el general Bolívar, y si alguien cree que esto es un crimen, demuestra la pobreza de su alma. Al autor del artículo la Aurora quien debería saber que la libertad de prensa no significa necesariamente libertad para atacar a personalidades, le contesto con estas palabras: me ha vituperado de la manera más vil, yo le perdono, pero se me permite una pequeña observación, ¿Por qué llaman a los del sur hermanos y a mí extranjera? Los que son como él pueden escribir cualquier cosa. Mi patria es todo el continente americano, nací bajo la línea ecuatorial”.

En la famosa carta que le dirige a su esposo el Sr. Thorne; le dice: “Crees por un momento que después de ser amada por este General durante años, de tener la seguridad de que poseo su corazón, voy a preferir ser la esposa del Padre, del Hijo o del Espíritu Santo o de los tres juntos? Sé muy bien que no puedo unirme a él por las leyes del honor, como tú las llamas, pero crees que me siento menos honrada porque sea mi amante y no mi marido? Oh no vivo para los prejuicios de la sociedad que solo fueron inventados para que nos atormetemos el uno al otro”.

En la carta que dirige a Juan José Flores, desde su destierro en Jamaica: “Yo amé al Libertador, muerto lo venero y por eso estoy desterrada por Santander... Santander me da un valor imaginario, dice que soy capaz de todo y se engaña miserablemente. Lo que soy es de un formidable carácter, amiga de mis amigos, y enemiga de mis enemigos y de nadie con la fuerza de este ingrato hombre. Pero ahora que se tenga duro, existe en mi poder su correspondencia particular al Libertador y yo estoy haciendo buen uso de ella. Mucho trabajo me costó salvar los papeles del año 30 y esto es una propiedad mía para no dejar duda en los acontecimientos de atrás yo invoco a usted mismo en mi favor, usted sabe mi modo de conducirme, y esta marcha llevaré hasta el sepulcro por más que me haya zaherido la calumnia. El tiempo me justificará”.

Y cuando Rocafuerte decidió su destierro por considerarla peligrosa y dos años más tarde desde su enorme soledad de Paíta recibió la noticia oficial de que se había autorizado su regreso, contestó:

“Un terrible anatema del infierno, comunicado por Rocafuerte me tiene a mí lejos de mi patria y de mis amigos como usted (se refiere a Juan José Flores). Lo peor es que mi fallo está tomado, no regresar al patrio suelo, pues usted sabe amigo mío, que es más fácil destruir una cosa que hacerla de nuevo, una orden me expatrió, pero el salvoconducto no ha podido hacerme revivir a mis caras afecciones: mi patria, mis amigos. Ya que esto no es posible, crea usted de modo cierto que de Paíta o Lima siempre seré para usted la Manuela que conoció el 22. Mucho me agrada la tranquilidad del país, y nada me es más placentero que la tranquilidad”.

Y Manuela una vez más decide reinar sola sobre su propia vida que, en el ocaso, es la antítesis de su vida de esplendor, pero al comienzo y al final la terca pasión que alimentaba sus convicciones, resumía su singularidad, siempre parecía que hubo en ella algo íntegro e imperioso que la liberó del sometimiento a un mundo que le quería imponer un ritmo ajeno. En todo ser humano ese enfrentamiento supone una lucha titánica, pero en una mujer sometida desde la supuesta esencia de su sexo, a la pasividad y a la dependencia, esa lucha por ganar su singularidad, es así milagrosa. Y en lo que me permiten intuir los libros sobre Manuela Sáenz, en las pocas cartas que de ella se conservan, parecería que esta mujer le daba un precio muy alto a su independencia interna, por eso ponía también pasión en la independencia de su entorno y fue una militante activa en esas luchas, de ahí que se tornó peligrosa, como peligrosas son todas las personas que se atreven a destruir principios sustentados en los dogmas y en los prejuicios, pues ese continuo enfrentamiento con lo establecido supone el colapso de algunas leyes “naturales” que no son sino reglas para vivir en un estado apacible y crónico de temor al cambio, de inmadurez, del cual no somos conscientes porque casi todo el mun-

do padece de la misma enfermedad: someterse al estereotipo social, que en casi todas las épocas de nuestra civilización nos ha hecho menos independientes, mucho más meros espectadores de nuestro propio destino. E insisto, en la mujer su pasividad ha sido más notoria y ha sido más derrotada por los hábitos, las presiones sociales y las actitudes erróneas sobre sus capacidades.

Ese aspecto es quizás el que más me ha conmovido en mi encuentro con Manuela Sáenz, desgraciadamente un encuentro a través de mediadores que en alguna forma me ha dejado insatisfecha, con una frustración cargada de interrogantes ¿Cómo fue en realidad esta mujer que no claudicó ante su pasión de vivir, que impuso siempre nuevas formas de percibir y de pensar, nuevas representaciones de su rol de mujer pensante y activa, que sacudió los valores y la ética mojigata y se planteó nuevas direcciones a seguir?

Quise escudriñar algo esencialmente vital que me permitiera acercarme más a ese mundo de Manuela ahora en sombras, me enfrenté con un retrato suyo. Lo miré largamente tratando de ir más allá de los rasgos y de los colores y de la destreza del artista. Había un no se que de misterioso e inescrutable en ese rostro armonioso, como que Manuela no permitió llegar a los pinceles al fondo mismo de su esencia, como que para llegar a ella se necesitara una llave accesible sólo al conocimiento de los iniciados. Luego traté de hurgar en la experiencia vivida de la artista que la representó en una loca estrella pieza de teatro de Pedro Saad, y Toty Rodríguez se sintió Manuela Sáenz en su apasionamiento frente a la vida, en su adhesión absoluta a las ideas de libertad e independencia, ese algo propio de ella que le permitió la experiencia cumbre que fue en su vida su encuentro con Bolívar. "Si no hubiera existido esa coincidencia de caracteres, esa similitud entre personalidades, esa fuerza de carácter compartida, no hubiesen llegado a una unión tan sólida y duradera", comenta la artista desde ese desdoblamiento que supone el representar un personaje.

Y nuevamente Manuela recupera para mí la imagen de una vida llena de descubrimientos, que no desarreglaban su universo,

que no implicaban ninguna negación de sí misma, que no trastornaba sus certidumbres, que pudo, en alguna forma reinar sobre su propia vida a pesar de que la historia, la religión, la mitología que enreda la existencia de los seres humanos, trataban de sugerirle otro papel, como que no aceptaba que nadie, ni aún sus seres más amados, le frustraran sus responsabilidades frente a sí misma y frente a sus convicciones, como que su experiencia vital fuera un perenne acto de autoafirmación. Cada ser humano tiene dos sistemas de fuerza en su interior, uno de ellos se aferra a la seguridad, se asusta de correr riesgos, se asusta de la independencia y la libertad, en suma, teme desarrollarse. El otro sistema le impulsa al cambio, a tomar decisiones riesgosas, a experimentar lo nuevo a expensas de la comodidad de lo establecido, este sistema de fuerza le impele al desarrollo. En consecuencia podemos considerar el proceso de desarrollo como una serie ininterrumpida de situaciones de libre elección a la que cada individuo se enfrenta continuamente a lo largo de su vida, en las que debe escoger entre los goces de la seguridad y los riesgos del desarrollo. Manuela pertenecía a esta última clase escogía los momentos privilegiados en los que era llevada más allá de sí misma, más allá de la seguridad de lo inamovible. Esa es la característica más significativa de esa mujer, de una mujer que hoy sería muy contemporánea en su lucha por ser ella misma y por modificar un orden de cosas adverso a la mayoría, que si bien concibió a su vida como una empresa autónoma, descubrió sus relaciones con el mundo y se sintió conmovida con una realidad que le pesaba como ser humano libre y sufrió esas transformaciones que permiten recrear el mundo, una mujer que comprendió que después de hacer un descubrimiento, lo esencial no es percibir aquí y allá resplandores que los demás ni siquiera sospechan, sino que hay que apoderarse de ellos y usarlos para que la historia no se detenga. Manuela Sáenz fue una mujer fecunda, de fecundidad universal, fue una mujer que en vez de soportar un destino había elegido su vida, dotada de una meta, de un sentido, su existencia encarnaba una idea. Cada cosa, su meta, el sentido, la idea ocupan un lugar justo, aquí, ahora, para siempre.

LETRA ECUATORIANA Y CONCIENCIA NACIONAL

AUGUSTO ARIAS

Lírico brote de un auténtico aravico o producto de la sensibilidad mestiza en la que se daba la doble influencia aborígen y española, mezcla de nostalgia y de presente, en la Elegía por la muerte de Atahualpa se consagra el lamento de los indios de Quito por la inmolación de su Monarca sabio y valiente, en un fondo que, de modo alternativo, se ilumina y oscurece con las imágenes del asombro y la cólera por el advenimiento de los conquistadores: "Como niebla ví los blancos —en muchedumbre llegar— —y oro y más oro queriendo— se aumentaban más y más".

Ecuatoriales son las señales de ese canto salvador: en un guabo corpulento llora un viejo búho que explora en el misterio y cuyos ojos nictálopes descubren los días por venir; se queja la tortolilla serrana, revienta el trueno, cae el granizo y el sol entra en ocaso. Pero otras imágenes buscan símiles de crueldad y voracidad para quienes sacrificaron al Padre-inca como a "cordero indefenso" y aparecen entonces la entraña del león, ajeno a los campos aborígenes, y las manos de lobo.

Más que poema escrito contemporáneamente al holocausto de Atahualpa, la breve elegía a la que, como a varios de los poemas primitivos, puede faltarle versos del comienzo, como los perdidos en las transcripciones del Cid o los que se extrañan al final del Auto de los Reyes Magos, parece compuesto al lento tono de la remembranza y cuando ya los cronistas de Indias y los poetas

de la Conquista como Pedro de Oña y Miramontes Zuázola, desperdigaban o reunían sus páginas en las que la nota pintoresca tiene colores tórridos e ingresan a novedosa sintáxis los términos de la zoología y la botánica nuestras.

Son propios los asuntos pero el escrito nativo no ha llegado. Las noticias de América proliferan no obstante, desde las cartas de Colón quien justificaba la semejanza de clima y paisajes al sentir en costas del Pacífico la tibieza de los aires otoñales de Andalucía, o pasaba de la reserva observativa al asombro de descubrir, cuando las indias quisqueyas nadaban llevando hacia la orilla papagayos de plumas de iris y palabra articulada.

Si Fray Marcos de Niza, como en anticipada defensa de la autenticidad de los señores indios de Quito, habla de los Shyris y de los incas cuzqueños en su crónica sobre las dos líneas aborígenes, y si Miguel de Ortiguera, Alcalde de Quito, describe a la villa que se formaba a imagen y semejanza de las españolas, aprovechándose, para gracia original, de sus quiebras y zigzags y del circo volcánico que la guarda y decora, para que entre callejas y recuestos se levanten iglesias como joyeros, se buscará más tarde, siempre por españoles aquí vecindados o por poetas criollos en los que dominaba el acento y la sensibilidad de la Península, el tema antártico o la facha de nuestros personajes graníticos, tal el Pichincha hermano del Avila, cuyas erupciones o coléricos respiros entre fuego y ceniza, dictaron al culterano Conde de la Granja, la figura del terror que suele erizar "los pelos de la imaginación".

Sólo el Inca Garcilaso de la Vega habla por el lado de su autoctonía indígena, por más que le duraran pinta y tradición de los orígenes paternos y supiera dominar el idioma de sus abuelos con tanta propiedad como desenfado. Pero su crónica encuentra, como con facilidad de filiales motivos, argumentos y pinceladas que favorecen a la rama de la madre, por lo que al lado de la briosidad de los conquistadores, de sus ambiciones y crueldad, mar-

cha el heroísmo del indio al par de su casi ingenua compostura, no obstante lo que su inteligencia suele desarrollar de astucia o estrategia para la defensa, y lo que sale también de su ánimo irritado por la pérdida de dominios bañado por un sol de oros más jóvenes que el que riega luces amarillas por los cielos de Occidente.

Así relata Garcilaso desiguales combates, conversaciones pacificadoras, emboscadas y campales encuentros en los que las lanzas hispánicas ciegan con sus plateados reflejos y vuelan las flechas indias a veces con la grácil ligereza del colibrí. Dice del "espacioso rendirse de los indios vencidos" y de la constancia de algunos de ellos; de su suerte de pasar a subalterna calidad y de como, sin intención de herir a los cristianos, hacíanlos presos en ocasiones, en vuelos de asalto, concedores de su tierra alta y verde, de sus costas bordadas por floración desigual, y vigiladas, adentro, por árboles musculosos, con ramas como de largos brazos y cabe-lleras agitadas al viento.

Acaso de diestra indígena sea La Florida del Inca Garcilaso la mejor demostración de crónica e historia, leyenda y confesión, que tiene no pocas afirmaciones de épica fuerza, susurrante reminiscencia que le insufla de poesía, y cuyo nombre es el que se daría a este reino de hombres de penacho y mujeres de abalorios que ya conocieron letra clara y sabiduría menos doliente que la de otros tiempos civilizados.

En la Colonia, llamada con alguna impropiedad "oscura", dominan ciertamente los motivos de clerecía, pero cumple con su edad de retrospectiva marcha, indispensable para el juicio de quienes piensan en la redondez o en la vastedad universales. No que falte para entonces la voz de juglaría, en el sentido de popular expresión, de palabra no redomada por el aprendizaje. Pero en la Colonia se trazan los signos de la cruz y de la espada y son eclesiásticos los primeros escritores, los maestros del comienzo y has-

ta se dijera que los novicios criollos, antes de perfeccionar el aprendizaje gramatical del español, penetran en una buena disciplina de latines.

Los libros de España, con el metal del siglo de oro y la sustancia de mística y pícarosca, de drama y poesía, comienzan a llegar en lentas galeras. Eduardo Carranza recuerda que los primeros ejemplares del Quijote pasaron a tierras de América por la puerta de piedra labrada de Cartagena de Indias.

Un solo escritor, en el siglo XVII, entre parafraseos bíblicos y tratados ascéticos, trabaja con materiales de autobiografía y anécdota, reduce la pesadez de los textos con su amenidad de contar, y deja, al paso de sus comentarios didácticos, algunos rasgos de costumbrismo: el Obispo quiteño Gaspar de Villarroel, autor de *El Gobierno Eclesiástico Pacífico o Los Dos Cuchillos*, libro varío en el que las lecciones de la tolerancia aligeran las crudezas del poder y en cuyo pasaje se alcanzan los perfiles de figuras lugareñas.

Cierto que en la Academia lírica de la propia centuria, el primer poeta guayaquileño P. Antonio Bastidas, el bogotano Hermano Domínguez de Camargo y el Maestro Jacinto de Evia, buscan para sus cantos que ascienden en la competición del concurso, el motivo de la clara alfombra del quiteño valle de Los Chillos por donde corren cristalinas arterias, pero el romance de Evia al Niño Jesús, en el que una gitanilla estudia en las líneas de su mano la traición del paniaguado, el leño de la cruz y el signo del martirio, suena a villancico anacrónico y en torno de las flores de su "Ramillete", ya finamente matizadas como en Góngora, circulan vientos peninsulares.

Una literatura, por responder al conocimiento del hombre y sus acciones, en cuanto se alimenta de sincera autenticidad, afirma la conciencia. La de nuestros países, en los escasos siglos que antecederon a la Independencia, más que por la fuerza del sino,

por razones del atavismo y la costumbre, no deja de producirse en formas españolas. Dóranla influencias cercanas, parte de lecturas próximas, pero no es menos cierto que la corriente de su propia sustancia trae esencias de Hispania. Mas, dentro de esas mismas sensibilidad y expresión, cuentan y cantan las cosas, los motivos y los seres de "este lado del mundo", en el cual no ha brotado un Adán insólito, dándose más bien, en la forja del mestizaje, el hombre nuevo de cuyas dos linfas pudo alimentarse la vertiente de una esperanza distinta, dotada, para ser más original, así de afinidades como de contradicciones.

Por otro lado, las ideas de todas las latitudes se impresionan en jóvenes horizontes de validez despejada, que permite, por eso, irradiación más pronta y emotiva. Así los académicos franceses que llegan a Quito en el Siglo XVIII para medir el arco del meridiano, riegan inquietud que se aviene con nuestra geografía de valle y altura, y no florece solamente el saber de que estábamos más cerca de las estrellas que otras ciudades del globo, sino que también apunta el código de los derechos del hombre, y mientras el sagaz La Condamine se dice un tanto asombrado de los ingenios nativos, Jorge, Juan y Antonio de Ulloa escriben las noticias secretas de América.

Conocimiento mayor de medidas nacionales lleva al geógrafo Pedro Vicente Maldonado a buscar una salida más directa al mar por la vía Quito-Esmeraldas, y al lado de la retórica clásica de Ayllón y el canto épico de Orozco, faltó de "aura nativa", a la Conquista de Menorca, y antes de la fábulas de García Goyena en las se alzan a ejemplar moraleja los perros desiguales que, como los humanos, quisieran aspirar a condiciones semejantes, surgen la poesía de Juan Bautista Aguirre, la historia del Padre Velasco, las páginas de Eugenio Espejo...

Si es la verdad que Aguirre, el jesuita dauleño sublimador de Góngora, traza el poema enredado e inconcluido para el Monserrate catalán o borda sutilezas sobre la letra del Génesis y el

Apocalipsis, o mitológicas fantasías acerca del mar de Venus, o estrofas de meditaciones con cierto aire calderoniano, como las de su célebre Carta a Lisardo, o madrigales profanos, son de lares propios sus diseños de las ciudades de Quito y Guayaquil, en décimas de claro afán. A la de su nacimiento, la del Guayas, le llama ciudad hermosa, guirnalda de América, esmeralda de la tierra y perla del mar; la que suele congelar en gracia y risa, "cuanto el alba vierte en llanto"; abundante de riqueza, fecunda de ingenios; primorosa, cortés, discreta, advertida...

Para las luces del contraste, el de Quito es cuadro en el que los tonos grises cierran el paisaje. Es la villa que por una mitad se recuesta y por otra se resbala, entre cerros y quebradones; la tierra en donde llueve trece meses al año y por tan alta parece estar bajo "las ingles del cielo", y en la que pudieran aclimatarse comedias de Moreto e imágenes del valle de Josafat... Líneas de su pintoresca estructura y del ánimo sucesivamente sufriente y sonreído de sus habitantes que valieron para elogios de sus particulares cuerpo y alma, pero que dan al fraile del canto culterano para el humor melancólico del extrañado. ¿Apunte, en jesuita de tanta sapiencia lírica, de un anticipado regionalismo que prendió en nuestro Continente con mayores o menores tenacidad y fuerza?

El Padre Juan de Velasco, autor de la Historia del Reino de Quito, y como Aguirre jesuita desterrado a Italia, cree en la existencia de los Shyris, rama indígena de más alta nobleza pulida entre los aires altos y los fríos quitenses, y como prólogo cordial para la narrativa de la guerra en que para disputar la hegemonía del Imperio de los Incas emprendieron Huáscar y Atahualpa, cuenta la devoción repartida con la que su padre Huainacápac distinguió a las ciudades de Quito y el Cuzco, pero subrayando la preferencia por la de los riscos de Pichincha a la que donó su corazón para que se guardara en vaso de oro, mientras disponía que su cuerpo fuera depositado en la de las murallas adoseladas con equilibrio igual al de las piedras romanas.

Certeza de ver y de juzgar la del Padre Velasco, aun cuando se hubiera rendido, en gracia de vuelos de primicia, sin asidero de documentos, a fábulas candorosas o fantasías abultadas, como cuando se refiere a las Amazonas, especie de sirenas con cuerpo de caballo, que poblaban el río-mar del mismo nombre, o no sin velada sonrisa, se refiere a que las cordilleras andinas y especialmente las montañas de Quito emergieron del diluvio universal... Tono de mitologías que se aproxima a figuras centáuricas o temas de milagro que en nada afectan al amor para el lugar nativo de quien, anciano y nostálgico, pero siempre en vena de investigación y en olor de poesía, reunió en su retiro de la Faenza, y bajo el título de *El Ocioso*, los poemas de los jesuitas desterrados entre los cuales el romance del Padre Mariano Andrade es de la más cariñosa evocación del Quito "siempre verde"...

El doctor Eugenio Espejo, precursor de la Independencia, señala una marcha de avances y retraimientos, pero es el que enciende seguras luces para el propio conocimiento. Dícesele Chusig, más que por su posible apellido indígena, por su posición de augurio y sus ojos atisbadores en la tiniebla. Lleno de varia erudición, de latines de letras clásicas, con "alguna tintura de Voltaire", según sus palabras, aspira a ser un "bello espíritu". Escribe diálogo lucianesco para despertar los ingenios y revisar el estado mental de la Colonia, buscando al tiempo un plan para mejoramiento de los estudios. Como en un nuevo Fray Gerundio fustiga a los oradores gerundianos. Protomédico, formula un método para curar las viruelas con reflexiones sobre la higiene de Quito y se adelanta a Pasteur en el descubrimiento de las bacterias y también a los endocrinólogos en el estudio de las "filtraciones glandulares". Publica el papel periódico ilustrado "Primicias de la Cultura de Quito". Promueve sociedad para el cultivo de las artes y de las ciencias y propaga ardientemente la libertad de las colonias americanas.

Ve profundamente a Quito. La elogia y critica y en la contradicción de efusiones afectivas y censuras asimismo entrañables, se prueba sincero, audaz, resuelto. Dice que el genio quiteño lo abraza todo, todo lo penetra, a todo alcanza. Habla de la constitución leal pero infeliz del quiteñismo, para buscarla en su realidad de poco merecedora de apoyo y reconocimiento. Cree que la ciudad ha dado espíritus bellos, pero necesitados de educación, intuitivos, perspicaces y destinados a mejor suerte, pues que son "ignorantes en las ciencias y no obstante escolares en el aula universal de las gentes". Observa que el obrero de esta ciudad, sin instrumentos ni recursos, iguala y a veces aventaja al europeo industrial de Roma, Milán, Bruselas, Amsterdam, Paris y Londres, y cuando se refiere al "omnicio y universal artista" que presenta "ante vuestros ojos preciosidades que la frecuencia de verlas nos induce a la injusticia de no admirarlas", piensa en pintores y escultores de la famosa Escuela Quiteña cuyos lienzos y tallas, cuyas estatuas y figurillas viajaron no solo a países hermanos (Santa Fe, Caracas), puesto que venciendo el hondón de los mares llegaron a la misma Europa. No de otro modo Santiagos y Gorívarres, Caspicaras y Pampites, obtuvieron nombradía mundial cuando no aparecía en Quito el papel impreso del comienzo...

Ausencia de vanidad, dichos agudos, palabra picante, apodo irónico, sentencia grave, adagio festivo, todas la bellezas de un hermoso y fecundo espíritu, reconoce en los quiteños sus hermanos, no obstante las diferencias de preponderantes chapetonías, de marquesados hereditarios y el contraste entre los de azuleada prosapia y los otros que, como él, mostraban la carne morena, el ojo de fulgor zahorí y metálico brillo y el ralo bigote.

La altura quiteña es superior a la de muchas ciudades y ella pudiera surgir "el verdadero talento universal". Su horizonte es risueño, su clima benigno, sus campos verdes y fecundos, su cielo el más claro y sereno... En veces celebra la pobreza de Quito, como providencia del Señor para que no prevalezcan el lujo, la vanidad, el fausto y tal vez la holganza, pero en otras veces se duele

Certeza de ver y de juzgar la del Padre Velasco, aun cuando se hubiera rendido, en gracia de vuelos de primicia, sin asidero de documentos, a fábulas candorosas o fantasías abultadas, como cuando se refiere a las Amazonas, especie de sirenas con cuerpo de caballo, que poblaban el río-mar del mismo nombre, o no sin velada sonrisa, se refiere a que las cordilleras andinas y especialmente las montañas de Quito emergieron del diluvio universal... Tono de mitologías que se aproxima a figuras centáuricas o temas de milagro que en nada afectan al amor para el lugar nativo de quien, anciano y nostálgico, pero siempre en vena de investigación y en olor de poesía, reunió en su retiro de la Faenza, y bajo el título de El Ocioso, los poemas de los jesuitas desterrados entre los cuales el romance del Padre Mariano Andrade es de la más cariñosa evocación del Quito "siempre verde"...

El doctor Eugenio Espejo, precursor de la Independencia, señala una marcha de avances y retraimientos, pero es el que enciende seguras luces para el propio conocimiento. Dícesele Chusig, más que por su posible apellido indígena, por su posición de augurio y sus ojos atisbadores en la tiniebla. Lleno de varia erudición, de latines de letras clásicas, con "alguna tintura de Voltaire", según sus palabras, aspira a ser un "bello espíritu". Escribe diálogo lucianesco para despertar los ingenios y revisar el estado mental de la Colonia, buscando al tiempo un plan para mejoramiento de los estudios. Como en un nuevo Fray Gerundio fustiga a los oradores gerundianos. Protomédico, formula un método para curar las viruelas con reflexiones sobre la higiene de Quito y se adelanta a Pasteur en el descubrimiento de las bacterias y también a los endocrinólogos en el estudio de las "filtraciones glandulares". Publica el papel periódico ilustrado "Primicias de la Cultura de Quito". Promueve sociedad para el cultivo de las artes y de las ciencias y propaga ardientemente la libertad de las colonias americanas.

Ve profundamente a Quito. La elogia y critica y en la contradicción de efusiones afectivas y censuras asimismo entrañables, se prueba sincero, audaz, resuelto. Dice que el genio quiteño lo abraza todo, todo lo penetra, a todo alcanza. Habla de la constitución leal pero infeliz del quiteñismo, para buscarla en su realidad de poco merecedora de apoyo y reconocimiento. Cree que la ciudad ha dado espíritus bellos, pero necesitados de educación, intuitivos, perspicaces y destinados a mejor suerte, pues que son "ignorantes en las ciencias y no obstante escolares en el aula universal de las gentes". Observa que el obrero de esta ciudad, sin instrumentos ni recursos, iguala y a veces aventaja al europeo industrial de Roma, Milán, Bruselas, Amsterdam, París y Londres, y cuando se refiere al "omnicio y universal artista" que presenta "ante vuestros ojos preciosidades que la frecuencia de verlas nos induce a la injusticia de no admirarlas", piensa en pintores y escultores de la famosa Escuela Quiteña cuyos lienzos y tallas, cuyas estatuas y figurillas viajaron no solo a países hermanos (Santa Fe, Caracas), puesto que venciendo el hondón de los mares llegaron a la misma Europa. No de otro modo Santiagos y Gorívarres, Caspicaras y Pampites, obtuvieron nombradía mundial cuando no aparecía en Quito el papel impreso del comienzo...

Ausencia de vanidad, dichos agudos, palabra picante, apodo irónico, sentencia grave, adagio festivo, todas la bellezas de un hermoso y fecundo espíritu, reconoce en los quiteños sus hermanos, no obstante las diferencias de preponderantes chapetonías, de marquesados hereditarios y el contraste entre los de azuleada prosapia y los otros que, como él, mostraban la carne morena, el ojo de fulgor zahorí y metálico brillo y el ralo bigote.

La altura quiteña es superior a la de muchas ciudades y ella pudiera surgir "el verdadero talento universal". Su horizonte es risueño, su clima benigno, sus campos verdes y fecundos, su cielo el más claro y sereno... En veces celebra la pobreza de Quito, como providencia del Señor para que no prevalezcan el lujo, la vanidad, el fausto y tal vez la holganza, pero en otras veces se duele

de los días paupérrimos a vueltas de sus loanzas del clima sedoso, habla de nubes, rayos y tempestades que ponen a Quito a nivel de Jerusalén, aun cuando sus catarros y tabardillos sean del todo propios.. Pero si piensa en el porfiado llover, no puede negar por lo menos una primavera media que como la estación del agua, hace bien así a los hombres como a las papas...

El quiteño es amigo de la gloria y de las empresas intrépidas como, entre otras, las de Mariano Villalobos quien descubrió la canela, vale decir el cinamono americano. Apunta que así como escribe sus virtudes, repara en sus defectos o lunares y de su antología, que es la primigenia, sale por fin la ciudad de templado clima de la que puede esperarse la renovación de la faz de la patria y en la que se dan tanto la paciencia como las horas vehementes. Humanos valores que con él han probado en las meditaciones y luchas de las que brotaría el momento auroral de la independencia, anticipándose a los otros que clarearon en los cielos de América.

Los de la independencia son días alentados en buena parte por el vigor revolucionario de los españoles y de los criollos o de la chapetonía de presillas doradas y filo sable. El quiteño José Mejía, orador doceañista, guarda las puertas de Madrid ante el avance de las fuerzas napoleónicas y con los argumentos de la libertad de España, aboga por la de las colonias de América, de cuya mayor edad se trataba fervientemente. Los cáusticos epigramas que se cruzan entre realistas e independientes obedecen casi por entero a letra hispana. Mejía compite con artífices de la palabra de la Península, a poco de dejar estos aldeaños a los que han llegado Humboldt, Bompland y Caldas para estimular los estudios de las ciencias de la naturaleza en los cuales ya se había empeñado él mismo. En España sale en defensa del indio americano, de la libertad de imprenta, de la manumisión de esclavos, de la igualdad de derechos entre diputados españoles y de nuestros países.

A José Joaquín Olmedo estarále deparada la suerte del canto en el que se levanta a heroicos perfiles la figura de Bolívar y el Inca a intervención profética para ligar la batalla de Junín con la que, dirigida por Sucre, se consagró en los tercios caballerescos de Ayacucho. Es la hora de las grandes realizaciones, pero también de la ambición que, en obediencia al tiempo, suele prender más en los pechos guerreros que en los civiles. El poeta que pidió una sonrisa de la Patria y el odio y el furor de los tiranos, y que dijo de su gusto de vagar por bosque umbrío de naranjos y opacos tamarindos, horaciano templado de odas filosóficas, sonetos y poemas de cuerdo don, ya en los afanars de la incipiente República compone con entonación igual a la de la Victoria de Junín, la Oda al General Flores en cuyos versos la hiperbólica musa pide que el Chimborazo incline su alta frente al paso del vencedor...

Desde entonces pesarán, como si fueran de plomo, las borlas del bastón del magistrado y para detener audacias de mando u oponerse a dictatoriales impulsos, la letra del escritor, casi siempre aladeado del banquete político, afilará sus dardos polémicos o ha de recurrir a humorismo que exprima suspiros en la tinta de las alusiones o de los resentimientos. En 1833, el periódico de Don Pedro Moncayo "El Quiteño Libre", levanta, de nuevo, el señuelo de la libertad y pone reparos al primer gobernante de las leyes, Vicente Rocafuerte, a quien acompañan hasta en su nombre la rectitud y la fortaleza, pero cuyos recursos para el saneamiento público no dejan de revestirse de castigadora suerte.

En muchas de sus expresiones el romanticismo de América se muestra vibrante y encendido. Así, para las quejas de Dolores Veintimilla de Galindo o la filosofía de superiores desencantos de Julio Zaldumbide o La Odisea del Alma de Numa Pompilio Llona, la letra de Gabriel García Moreno (1825-1875), quiere corregir, limpiar, vengar, en el combate periodístico y hasta en el tono de las fábulas. Los periódicos de García Moreno se llaman El Vengador, El Zurriago, El Diablo.

Frente a ellos, y sobre todo a la construcción garciana, hecha con cal y canto de presidio y sistemas eliminadores, a trueque de sus empeños por implantar honradez administrativa y progreso general, aparecerá el periódico de Juan Montalvo, *El Cosmopolita*, en el que se adelanta a decirse ciudadano del mundo, en afirmación que será consagrada después con ecuménicas voces. Allí despiertan tanto el Montalvo colérico como el que se atusa los bigotes de la ironía, y si sólo en veces se aplaca, cuando habla como poeta o comienza a tomar los hilos varios del ensayista en alguna de sus floridas divagaciones, vuelve perdurables, como para cualquier tiempo, sus acerbos enjuiciamientos de los gobiernos tiránicos.

El Cosmopolita plantea los motivos y la índole de la obra de Montalvo que se remansará, meditativa, en los *Tratados*; que acertará en los episodios en los *Capítulos* que se le olvidaron a Cervantes, y, apoyándose en cláusula ciceroniana, ha de volver, con más empinados estímulos, a su prédica por la libertad. A partir de tales entregas, se traza también su destino de exilado o de errabundo y la influencia de sus páginas que le crea prestigio de combatiente empedernido y certero, le dará la seguridad de que la muerte de García Moreno se ha hecho por su pluma.

A la dictadura del General Ignacio de Veintimilla, que se prolonga después del ochocientos setenta, corresponden las *Catilinarias*, violentas y bien habladas en el sentido del estilo. Deshecho queda Veintimilla así en la conducción de su política, como hasta en su vida íntima. Y si a García Moreno, en definitiva, le inmortaliza, resalta asimismo, si bien con crueldad florentina, la figura de aquel a quien presenta en los *Capítulos* que se le olvidaron a Cervantes, a la vista de Don Quijote y Sancho, a la salida de un bosque, pendiente de un árbol, en calidad de ajusticiado. "Don Quijote—dice Montalvo— encontró ya un bandido colgado. Tenía yo que imponer a ese malandrín un castigo digno de su vida, y nada más puesto en razón que hacerlo ahorcar".

Enardecimientos de Montalvo al lado de sus líricos arrebatos, golpes de su palabra que jamás desafinó la sintaxis por más que saliera de ánimo descompuesto, contribuyen, casi como una escuela, a crear un clima de libertad, de respeto por el hombre, hasta en gracia de las mismas flaquezas de que se constituye. A la vuelta del siglo todavía se le evoca e invoca, y con todo el arcaísmo que se extiende por varios de sus periódicos, los jóvenes extraen algo del aforístico tema de sus idearios.

Se hablará de montalvismo y de mostalvistas y en cuanto aparezcan periodistas como Manuel J. Calle, ha de pensarse en el que animó revistas unipersonales como *El Regenerador* y *el Espectador* y panfletos como *la Mercurial Eclesiástica*, de corrosiva victoria.

Para la serenidad de Monseñor Federico González Suárez, Arzobispo de Quito, quien pensó que un paseo profundo por la Colonia, y, algo más, una remontada visita a lares indígenas de la prehistoria y arqueología, servirán de antecedente indispensable de conocimiento, de lección, valían, y más eficazmente por salir de tal altura de juicio, las propuestas heroicas, como la memorable a propósito de que Ecuador no debía acabarse enredado en hilos diplomáticos, sino en campos de honrosa batalla, al aire libre y con el arma al brazo.

Altibajos, como en casi todos nuestros países, en ese viaje al porvenir, tan íntimamente relacionado entre la sensibilidad cívica, política y la vida de la cultura que quieren asumir caracteres propios, y, en lo posible, dentro del fondo común de la naturaleza humana, originales.

En asuntos y expresiones se remoja la letra ecuatoriana, cuando Eloy Alfaro, a quien llamara Vargas Vila "el verbo de Juan Montalvo hecho hombre", implanta en años finiseculares y primeros de este siglo la revolución liberal que despeja horizontes tanto del espíritu como de la física, puesto que su ferrocarril trasandino que une a las dos regiones retratadas en "A la Costa" de Luis A.

Martínez, rompe, con el penacho de su locomotora, distancias para entonces apreciables, y promueve el tránsito del libro, el intercambio de las ideas y el de los frutos de la tierra.

Si es el Presidente disciplinador, cae, en veces, por su transigencia. Establece constituciones democráticas, pero le tientan, en un día, los procedimientos dictatoriales o no puede resistir a la ambición de algunos. Es el simpático y valeroso Viejo de Montecristi de la biografía de Francisco Guarderas; el promotor de la libertad novecentista que aparece en el libro documentado de Jorge Pérez Concha, pero, al final, el mártir de La Hoguera Bárbara de la novela biográfica de Pareja Diezcanseco.

La poesía, el ensayo, la novela, son los géneros en los cuales, cada uno en sus alcances, en su insinuación o en su persuasión, ha de poder señalarse el ambiente espiritual, el tono de las edades, lo que hay de arraigo o evasión en la conciencia nacional.

Examen de los orígenes patrios, anhelo de afianzar el nativo sentido, son notas características de escritores ecuatorianos cuyos libros van hacia el ensayo. Si Villarroel y Espejo anuncian el género, llegará Juan Montalvo para discurrir sobre los héroes de la emancipación hispanoamericana, llevar a filósofos platónicos o epicúreos a un banquete que parece amenizado con frutas ambatenses, o detenerse en el trazo original de una Geometría ética de entre cuyos perfiles sale la figura de un Tenorio criollo, embebido en modelos románticos y clásicos, libresco más que experimentado, y que participa tanto de fáusticas serenidades como de donjuanescas tormentas.

En los escritores modernos que apuntan sus meditaciones a las luces del nuevo siglo, se agudiza una visión parecida a la de los españoles del noventa y ocho, retrospectiva y también porvenirista. De tal modo buscan los antecedentes indígenas, los rastros de una civilización antigua que debió levantarse poderosa; el contraluz de la Colonia, de senderos por los que desfilan personajes engolados; memoria de las iglesias y museos de arte; ramos de heroicidad; leyendas de pícaros, frailes y caballeros.

El indio, sojuzgado a raíz de la Conquista, quedará en la historia y ha de reflejarse en los capítulos del ensayo, en la novela y en el poema de toques vernaculares. Mas que ensayo, tratado, por la capacidad analizadora. El indio ecuatoriano de Pío Jaramillo Alvarado, considera desde el ideal de América y las verdades de la tierra y el hombre, hasta las actuales condiciones de la legislación, y desde el casi ensoñativo ámbito en el que se moverían los shyris, hasta el paisaje agrario que ahora se dibuja o se parcela. Y allí el dato realístico, la búsqueda de la estadística, el retrato de la costumbre.

El indio, trashumante desde la pérdida de su antiguo poderío, no dejará de aparecer, iluminado o apático, con la virtud de sus talentos, cuando cultivados o el oscuro dominio de su vivir, en la letra ecuatoriana. En los soportales de la Colonia, párase a medir la extraña meteorología de las horas de impaciencia y fe, un indígena al que algunos no vacilan en llamar más bien mestizo, Eugenio Espejo. Isaac J. Barrera es de los primeros en divisar ese ingenio precursor del periodismo, agudo en sus decires. Quito Colonial de Barrera se alista en el ensayo ecuatorial por la interpretación y por su fluir entre la abundancia de datos que se ordenan, obedeciendo a sistema de nuevas orientaciones, y las anécdotas con que se matiza el relato. Reviviscencia del Quito de la Colonia, vamos por su pintoresco plano, por sus conventuales fiesta y recogimiento, y así por el ardor de su fandango que asustara a Caldas, como cerca de la inocente broma de sus voladas. Quito religioso, anecdótico, literario y político, dieciochesco Quito o de comienzos del XIX, pero con sabores de originalidad.

José Gabriel Navarro detendráse en uno de los aspectos que más relievieron a Quito, hasta darle significación y erigirse en capítulo de siempre actuales manifestaciones: su arte. La escultura ecuatoriana en los siglos coloniales destaca el valor de imagineros nuestros, dignos de rivalizar con los españoles de su tiempo, y plantea el antecedente de la obra de los cinceles y de

la gubia con respecto a lo pictórico, tanto como en la Península en donde ha de hablarse de los escultores que anuncian al Cristo de Velásquez y de la extraordinaria población de santos de retablo y de hornacina que surgen con casi vivas dimensiones en épocas anteriores a las de los pinceles que buscan la tela, el color de las figuras, el horizonte de los paisajes.

Gonzalo Zaldumbide, con magnífica prosa, escribe ensayos críticos sobre Fray Gaspar de Villaroel y el P. Juan Bautista de Aguirre. En esas páginas que conciertan la relativa brevedad con el hallazgo de las esencias y la perspicacia con la armonía, hay verdaderos ensayos, de unidad cuyo ligamen se hace por la biografía. Gusto analista que señala cláusulas o versos, deteniéndose en líneas de Los Dos Cuchillos de Villarroel o en estrofas de cantos elegíacos y de sonetos acerca de la efímera vida del poeta Aguirre, desconocido en la mayor parte de su obra lírica, hasta cuando Zaldumbide dio con ella para ejemplar estudio.

Benjamín Carrión escribe una biografía de Atahualpa para tomar los hilos originarios de la nacionalidad, en narrativa de ensayo que asciende a veces a la escala de lo poemático; traza un ágil Mapa de América; examina el documento vivo de novelistas ecuatorianos en su libro sobre El Nuevo Relato.

Leopoldo Benítez, en "Argonautas de la Selva", "poema vegetal", novela y ensayo, historia y drama, mueve el escenario del descubrimiento del Río Amazonas y levanta la figura de Orellana que llega hacia tales aguas de inmensidad marina, casi a hombros de los indios de Quito.

Oscar Efrén Reyes, después de los apuntes iniciales de Leonidas Yerovi, nos da un Montalvo de carne y hueso, libre de su mítico pedestal, vigoroso y sufriente, con esperanzas y desazones, expresión del hombre andino, del escritor cuidado y borrascoso, del americano en Europa que alcanza el contraste entre madureces occidentales y posibilidades tiernas de un mundo que no acaba de lograrse.

A comienzos del siglo los poetas modernistas, inadaptados, más bien por la esfera de los sueños dominantes entonces, quieren pensar y sentir con los simbolistas franceses, templar los violines otoñales de Verlaine, abrir la mágica puerta con el pulso de Baudelaire. Pero sus visiones más sinceras están en la serranía estancia. Arturo Borja canta, por eso, a la quiteña que es una morena como trigo tostado al sol y Ernesto Noboa Caamaño a la misa de alba rodeada de la frescura de un primaveral ambiente en el que, por la estampa de trasnochadores y tipos estafalarios, cree encontrar algo de un Capricho goyesco.

Después de 1920, poetas que han ganado celebridad, llegarán con voces auténticas en sus motivos ecuatoriales y de América. Jorge Carrera Andrade, dueño de un poético registro del mundo; animador de la figura del hombre andino bajo la torre Eiffel; intérprete de las grandes frases que lleva el Guayas río arriba; del lugar de origen; del color y sabor de las frutas que se cuecen con azúcares de las tierras solares; de los seres de la zoología como el conejo que es el hermano tímido que tiene largas orejas con las cuales han de jugar en el cielo las almas de los niños.

Gonzalo Escudero trazará la etopeya del ciudadano de América o ha de ir en exploración subjetiva de los mejores ritmos para pulir la Estatua de Aire o buscar la Materia del Angel. Búsqueda de conocimiento es la internación de Miguel Angel Zambano en sus profundos personajes; las imágenes de historia y leyenda de los Cuadernos de la Tierra de Jorge E. Adoum, el poema físico y metafísico de César Dávila Andrade...

Si es verdad que la Historia del Reino de Quito del P. Juan de Velasco puede leerse a veces con la fácil delectación de una novela, la primera que aparece en Ecuador, de tono románticista, es Cumandá de Juan León Mera, valiosa por el paisaje oriental y el aire indigenista que resbala entre sus ya conocidas inverosimilitudes.

Luis A. Martínez en *A la Costa*, publicada en 1905, analiza vigorosamente el problema regional, delata la lucha intestina, agotadora de recursos en la captación de la política a salto de meta, y narra, pictoricistamente, la lucha del hombre con la Naturaleza.

Por la novela de Martínez, como más tarde por la de José Rafael Bustamante, *Para matar el gusano*, pasan los protagonistas de una clase media que resuelve sus aspiraciones y sus temores en la falacia del aguardiente, y en la primera, en un ambiente de pincladas a veces maestras, comienzan a precisarse los rasgos del cholo y del indio, figuras de trabajadores de la tierra y de gamonales abusivos que llegarán a recomponer otros cuadros pueblerinos en los que se aguza la crítica social, como en los capítulos de *Plata y Bronce* de Fernando Chaves.

José de la Cuadra, en su cuento de paisaje tupido y estilo de esencias, cala en la vida montuvia, aventurera y criminosa, no obstante su lealtad, también sin largo tributo de beneficiosas acciones por la apretura en la que se mueve y las pocas luces que clarean su cielo mental (*Los Sangurimas* es un retrato de esa dualidad del habitante popular de la Costa), cuando nos escribe los relatos románticos o desaforados de la vida de los campesinos litorales, o en *Los Monos Enloquecidos*, comienza la novela de viajeros hacia las Islas de Galápagos en donde para algunos se da el caso de otro recomienzo del mundo, así por la frescura como por la rusticidad de una naturaleza que parece abrirse a la primera mañana de los tiempos.

Jorge Icaza dibuja la tragedia del indio. Su *Huasipungo*, libro de ediciones millonarias, ha tenido el valor de suscitar, llamando a rectificaciones; de provocar la sorpresa, de medir el dolor, pero con nueva geometría. Si ha de hablarse de algo como sinfónico concierto en la obra de la letra que no se interrumpe, que asciende o se continúa, hay para ver como de *Huasipungo* parten otros de los personajes de sus novelas. Por eso en la titulada *En las calles* pueden estar algunos de los indios que salieron del

páramo o del barranco de la cordillera, para alistarse en los tercios de la Policía o probar su asiduidad en el taller pobre. Y los actores de su novela Cholos, mestizos netos, respirarán naturalmente por la linfa de los indios y la inconformidad les será más presente, a medida de que faltan los buenos estímulos. En Huairapamushcas se consagra la metáfora que tal nombre quichua representa, los llevados o los traídos por el viento, pues que si el indio se arraiga en su huasipungo sufrirá de la esclavitud que corresponde a realidades o atribuciones, según los casos, y si emigra para buscar, para encontrarse, las dificultades que surgen frente a su ignorancia o impreparación, han de servir por el momento solo para las páginas de meditaciones de los sociólogos.

Más próxima a vientos quiteños, su novela El Chulla Romero y Flores, desarrolla escenas de picaresca en las que se conjugan el humor y la melancolía, para la flor, en ocasiones lograda, del ironismo. Aquí estamos en los predios de una clase media cuyas aspiraciones encuentran el filo de realidades mediocres; ante pretensión que se quiebra y acaba por volverse errabundo destino lleno de trazas y malandanzas. También hay en el chulla Romero un poco de huairapamushca, pero su reacción, como aligerándose, escapa en veces del abatimiento para marchar como si fuese sobre libro de páginas escritas por la experiencia, por el estudio de los sistemas poco honrados del éxito, que llevarían, por contraste, al de los del efectivo valor que son los únicos dignos para tantos chullas Romeros que no hallan su rumbo o no merecen el aprecio de los que pudieran ayudarles a vivir noblemente.

Temas que coinciden o se complementan, como en la novela de Humberto Salvador, Camarada, en la que se pinta la existencia doliente del burócrata, u otras en las cuales desfilan profesores que no están en la línea del desafortunado agonista de El Angel Azul, pero se mueven en medios de pobreza y estudiantes de provincia que a falta de carreras efectivas, afilan el estilete de la política o acogiéndose a escuela vociferante que ha progresado a merced del silencio de los mejores, se improvisan oradores de vivac o tribunos de barricada.

Igual cosa se diría de novelistas costeños como Alfredo Pareja Diezcanseco, autor de *El Muelle*; de Don Balón de Baba, una especie de Quijotillo tropicalista; de Doña Baldomera, la montuvia de armas tomar y tragos beber; de *Las Tres Ratas*, y de *Los Nuevos Años*, serie de novelas destinadas a reflejar los últimos veinte y cinco de la vida pública ecuatorina, en los cuales se dieron la dictadura y el propósito de estabilidad de las leyes, se amainaron algunos vientos adversos, pero sin que se resolvieran enteramente problemas que ya constituyen historia por su estatura secular.

José de la Cuadra llama a Demetrio Aguilera Malta "explo-tador de la cholera" por la pericia con que examina a sus personajes del agro costanero, y si Enrique Gil Gilbert que en su breve novela *El Negro Santander*, llevó a cuadros inolvidables la gesta de roturación de rocas y ardores de sol en la obra del ferrocarril trasantandino, cuando los hombres de color bordeaban la gigantesca Nariz del Diablo, escribe en *Nuestro Pan*, en donde el protagonista es el arroz, la novela que lleva tantos clamores como protestas.

Solo hemos señalado ejemplos, al vuelo del lápiz. Y no es desmesurado afirmar que estos novelistas serranos y costeños han contribuido con su letra a la búsqueda de la conciencia nacional, en cuanto se trata de conocimiento que ahonde en la costumbre y en la realidad, y ayude, en la medida de su fidelidad observativa o de la vehemencia de sus alegatos, a sacar del légamo fluminense el ancla del pescador en trance de hundirse, o a levantar en el alboroto de los maizales, la hora de reposo, o en el huasipungo que se aferra contra las espadas vegetales de la cabuya, extender el espacio, el horizonte. Y en estos, y en los otros casos, quizá más necesitados los de los que han sido llamados los proletarios de levita, el clareo de la letra, de ley y sobre todo de patriotismo, no de la revoltosa tarea que suele viajar en escuadras de asalto, y ya dueña del poder, contradice su discurso pretendidamente reivindicatorio. En cuanto a los poetas, como se pertenecen a la conciencia pura del ser humano, seguirán siendo la sal de la vida.

MICROCuentos II

DAMOCLES

DIEGO VIGA

Cuando Dionisio de Siracusa había escapado al atentado de Damon, y generosamente le había concedido al asesino fracasado unos días para arreglar algunos asuntos personales, y éste dejaba a su mejor amigo Fintias como rehén, el cortesano Damocles uno de los favoritos del tirano le congratuló, al igual que todos los cortesanos. Le encontró generoso además de favorecido por los dioses que tan milagrosamente le habían salvado.

—No fueron los dioses, sino mi magnífica policía secreta,— dijo el soberano.

Estaba un tanto enojado. Damon, cuando regresó liberando así a Fintias, se había mostrado más valiente y leal que le convenía a Dionisio. Este exclamó: —Aceptadme como tercero en vuestra amistad.

Pero Damon contestó, —Prefiero morir. No tengo amistad con quien está matando la libertad de mi ciudad natal.

A pesar de esto el tirano le regaló la vida, quizás por miedo a enemigos tan tremendamente cabeciduros.

Damocles gritó, —¡Fantástico! ¡Cuánto valor, no temes a tus enemigos señor! Eres el hombre más grande y más feliz del mundo.

—Contando con amigos como tú,- apuntó el tirano sarcónicamente.

—Me honras ... me honras demasiado llamándome tu amigo ...

—Te lo probaré, cenarás en mi mesa, será el banquete más sabroso que jamás mortal haya probado.

Desde luego Dionisio cumplió su promesa. Pero a gran asombro suyo Damocles se encontraba solo en la mesa real, sin que nadie le acompañara, y no hubo más que un puesto para acostarse de manera griega. Le sirvieron. Los mariscos más raros y exquisitos, un caldo de tortuga de mar, faisán dorado ..., pero de repente se le quitó el apetito. Sobre su cabeza encontró una espada, colgada del techo en un pelo de cola de caballo ... No podía deglutir.

¡Irse, escapar! Salvarse ... ¿qué ocurrirá si el pelo se rompe? ¿Muerte, lesión, daño permanente? ¿Desfigurado para siempre? ¿Acaso loco?

¡Escapar! Simplemente levantarse y decir que ya estaba harto de comida. Pero a Damocles le faltó el valor para confesar su cobardía y hacer lo sensato ... Comió chuletas de cordero, el postre de miel que le parecía amargo. Heroicamente acabó la comida cobrando fama inmarcesible.

EL SUSTO

DIEGO VIGA

El avión. ino! ¿Era éste un avión? Avioneta, aparatito...
¿Por qué en este ... en esta maquinita?

Por el ascenso. Claro, uno asciende. Hasta las nubes.
En las nubes. Las nubes. Nubes negras, todo negro, entrando
se volvían gris. Nubes grises, todo gris. Y su vida.

Desde luego empezó contarse y recontar todos sus éxi-
tos. Qué gran hombre, qué gallo. Gallo dominando a todas las
gallinas. Sí, había subido y surgido. Subgerente de la empresa.
Este era un viaje de negocios, a la agencia en el oriente. En esta
avioneta por la alta cordillera, y los cerros se cerraban, se acer-
caban, puntas erguidas contra él...Había surgido casándose con
la hija del Gerente General. Hija viuda, desgraciadamente viu-
dita, por eso con demasiada experiencia y exigencia. La esposa...
y ahora no cumplió. ¿Se habría vuelto capón el gran gallo de
pelea que a todos había vencido? ¿O era...? ¡qué horror pensar-
lo, que sacrilegio, que incesto pensarlo! ... le recordaba a su ma-
dre. Mujer decente. Todas las otras habían sido putas, gallinas...
lobo entre lobas del lupanar. Le había regañado por sus éxitos,
por gastar todo con mujeres ... y por eso, por eso la había aban-
donado. Propio apartamento, mujeres.

Y la madre era pobre. Viuda.

Cómo la había amado. La mujer entre las mujeres, la única santa. La santa madre. Y tan bella le había parecido cuando niño.

Pero ella le había dicho que ciertas cosas eran pecado... y había soñado de ella. Y precisamente eso debía ser pecado, prohibido ... Y cuando llegaba a ser alguien, de repente mamá murió. Si no hubiera muerto, él le habría ayudado ... desde luego, le habría ayudado. Pero no le había socorrido. Se sentía malo ... y se sentía mal. Terriblemente mal.

En las nubes, dentro de las nubes, dentro del gris de la niebla.

Truenos. Y la esposa ... y el capón en vez de gallo...

¡Esta esposa! No era macho ... Porque mamá lo había prohibido, mamá de los sueños, mamá la temida y adorada. Y la abandonada. Era el castigo de Dios ... Un dios antiguo había sido el dios de los truenos. Júpiter tronante. Y Dios castigaba por truenos. Y relámpagos.

Por la oscuridad, repentinamente todo lleno de luz, de una luz terrible, cegante y violenta.

—Tenemos que aterrizar forzosamente, conozco una pista de emergencia o más bien un potrerito dentro de la selva. Y estamos sobre la selva amazónica,—dijo el piloto. —Trataré de encontrar la rasa...

Amenaza mortal.

Otro relámpago y el trueno en el mismo instante y el avión bajando, nariz hacia el suelo... muerte... La muerte.

¡Mamá!

¡Mamá!

Sentía como los brazos de la santa madre, cayendo en sus brazos... otra vez niño.

Miedo, y el miedo le llenó el bajo vientre, la sangre aflucía, toda su sangre. ¿Había sabido que el miedo está en el bajo vientre? Macho, sí era macho...moriré como macho, se dijo, orgulloso, miedoso y orgulloso, ya funcionará...la esposa desde luego, pensar en ella, y...pero ¿para qué? Funcionará, pero desgraciadamente no llegará hasta...

Un golpe fuerte. Ahora. ¡Esta es la muerte!

—Hemos tocado tierra, un poco duro, pero estamos sobre ruedas, —anunció el piloto.

ENIGMA

DIEGO VIGA

Después del almuerzo al aire libre. El jardín lleno de flores.

Ella era muy bella y llena de vida. Alguien se atrevió a decirlo. Y la mujer se sonrojó como niña. Llena de vida, ella lo entendió muy verbalmente, estaba encinta... y

Todos entendían.

Su esposo era diplomático, uno de los diplomáticos que son nombrados embajadores en un país sin gran importancia para jubilarse con el lindo título. Viejo y cordial.

Imaginarse que...

Soñaba el joven que...

—La vida exige, la vida pulsa, la vida dentro de...— y otra vez se pintó algo rosado y conmovedoramente infantil en aquel rostro de mujer, un amor supra-terreno... No, me corregí en mis deliberaciones clandestinas; el cariño más terrestre, más real, el amor al futuro, a la vida, a la eternidad de la vida, al milagro más grande. Y lo llevaba dentro de su lindo cuerpo.

El señor embajador, centro de la mayoría de los caballeros presentes en el jardín, ofreció puros... importados de Cuba. Prendió un grueso cigarro.

Alguna de las damas sentadas alrededor de la joven "Embajadora" dijo, —la felicidad del padre debe ser muy grande.

—¿Quién pregunta por el padre si una tiene marido?
—apuntó la futura madre.

PRESENCIA DE DON CARLOS MANUEL LARREA

RICARDO DESCALZI

Acercarse a los límites de la personalidad de un hombre y tratar de atisbar su mundo interior, demanda virtudes éticas liberadas de prejuicios, para estructurar la calidad espiritual de quien deseamos conocer. Parco en extensión es el tiempo asignado para lograr este cometido, tarea que con justa razón va a aparecer insuficiente, pero ruego que con benevolencia se acepte el homenaje que hoy rindo, con escasa voz, a la figura de un intelectual de alto prestigio en la investigación histórica, de un caballero en su habitual comportamiento y el de un ciudadano benemérito digno de ser estudiado con hondura, para relieves su alta capacidad y sus virtudes.

En ese tropel de rostros y pasiones, talentos y denominadores comunes que conforma el ambiente humano, en ese inalterable ritmo de nacer, vivir y morir sin trascendencia, surgen de pronto personajes que toman severa conciencia del milagro de ser, y entregan, en pago a ese milagro, un aporte más al conocimiento en que vive la cultura creada en los siglos, para dilucidar la interrogante razón del por qué de existir.

Es de este modo, que para purificar el ambiente somático de desvirtudes que conlleva como tara intelectual la humanidad, han existido hombres, en todas las latitudes del tiempo, que conformando un núcleo noble en las distintas ramas que su inquietud hurgó, satisficieron su anhelo de conocimientos en el ambiente de

la naturaleza, en las variadas disciplinas científicas, artísticas y literarias, en las sonancias musicales y otros rumbos diversificados en múltiples facetas, que el mismo hombre, con su dilatada ambición espiritual las ha dividido, para saciar sus imperativas inquietudes.

Entre nosotros, parte constitutiva e ineludible, pese a nuestra pequeña presencia en el mínimo universo que el destino nos ha asignado, siguiendo los dictados categóricos de los arquetipos inevitables que el soma de la raza nos ha impuesto, han surgido ejemplos de hombres extraordinarios que aportaron con su esfuerzo, sus tesoneros y sacrificados estudios, su perseverancia y la raigambre de la cultura hermanada a su talento, páginas novedosas, descubrimientos fundamentales, para confeccionar, en parte, el gran capítulo de la ciencia adscrito al origen y permanencia del hombre primitivo en nuestro país.

Es en este excepcional casillero de personajes primordiales en que colocamos el nombre de Don Carlos Manuel Larrea, no porque nos sintamos obligados en compromiso intelectual a hacerlo, o en contricción tardía tan usual en nuestro medio, ni estemos cumpliendo el rito establecido de resaltar méritos y virtudes de personas ya ausentes sin habernos interesado por ellas cuando las vimos transcurrir a nuestro lado, sin haberles dado la verdadera importancia durante los azarosos años de su lucha por entregar la obra realizada. No. El caso presente no se funde con la inveterada costumbre expuesta, porque el nombre de Don Carlos Manuel Larrea no es válido para el compromiso de desagravio por falta de reconocimiento a su labor. Quienes lo conocimos, aunque en forma somera, amantes de la cultura o desligados de ella, y con nosotros otros hombres valiosos de otros climas y otras latitudes, supimos aquilatar sus trabajos, el estudio y divulgación de sus conocimientos en la lectura de sus libros de los años tempranos, hasta aquellos últimos de su presencia reciente, víspera de su silencio eterno.

Hombre de espíritu tranquilo, señor con el calificativo justo que conlleva esta voz, caballero de gentiles dotes morales, supo captarse simpatías y admiración de todos cuantos lo conocieron. Hijo de un preclaro abogado de estirpe riobambeña, el doctor Manuel Larrea Lizarzaburu, nació en Quito el 9 de febrero de 1887, siendo su madre doña Filomena Ribadeneira y González. Cursó sus primeros grados en el Colegio de los Hermanos Cristianos, sin duda en el antiguo Beaterio, y luego en el San Gabriel de los jesuitas, para de seguida viajar a Europa y ser alumno del Colegio de Francia, iniciándose en el estudio de la Historia, su apasionante inclinación, en la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona, en la ciudad de París, en el curso de Historia de las Religiones.

Ruego se me permita que antes de relievare los trabajos realizados y resaltar la vida de tan ilustre personaje, me detenga breves instantes buscando de escarbar, en las sombras de los siglos, el origen de un apellido ilustre, como el presente, al que va a resaltarlo con sus virtudes Don Carlos Manuel Larrea.

Aquellos que trae su padre, si bien el primero corresponde a ramas multiplicadas en las dos más importantes ciudades de la Colonia, como fueron San Francisco de Quito y San Pedro de Riobamba, el segundo, el de Lizarzaburu, responde a raíces indiscutibles de esta última villa, donde un antepasado, lo creemos, fundó la nueva ciudad de Riobamba luego del terremoto de 1797, que sepultó a la Villa del Villar Don Pardo, frustrando el progreso de una ciudad conformada por ricos encomenderos, señores cultores del arte y las letras, científicos de nombrada reputación internacional.

¿Llegó su apellido entre los primeros pobladores de San Francisco de Quito, instalada por Sebastián de Benalcázar por orden de su fundador el Mariscal Diego de Almagro? Allí está el nombre, sin duda, de su primer antepasado, Juan de Larrea o de la Rea, que creemos vino con don Pedro de Alvarado desde la ciudad centroamericana de Santiago de los Caballeros a radicarse

en estas tierras de fortuna, que años después expandirá por el mundo la leyenda de El Dorado. Lo creemos probable, porque con don Pedro de Alvarado ya no llegó la soldadesca mudéjar de Andalucía, sino un grupo meritorio de hijodalgos como Garcilaso de la Vega, Pedro de Puelles, Rada, Diego de Sandoval y el mismo Juan de Ampudia, conformando al núcleo escogido de castellanos con solares conocidos, segundones y tercerones, venidos a jugar sus vidas al azar, en busca de gloria y fortuna.

Como hombre de nivel social sobre la trashumante soldadesca de Benalcázar, le entregaron un solar en la calle que al principio tendrá el calificativo de Calle Real, frente a las cuadras escogidas para el Conquistador, en lo que hoy corresponde la manzana comprendida entre las calles Mejía y Olmedo, Cuenca y Benalcázar. Pocos años adelante recibirá como encomiendas, en 1538, los pueblos de Chimbo e Igumero y en 1540 una estancia junto a la Laguna de Colta, en las cercanías de la Riobamba antigua.

Entra como Regidor en el Cabildo, Justicia y Regimiento de San Francisco de Quito el año 1541 y erige por la primera vez en la Villa una casa de tejas, destacando la importancia de su nombre, frente a las moradas de sus vecinos trabajadas con techos pajizos. Cuando el cristianísimo monarca español, lejano y desconocido, pero supuestamente amado por sus súbditos, crea la Real Audiencia de Quito, serán las casas de Juan de Larrea las que el gobierno adquiera para que en ellas desde 1564, funcione dicha audiencia.

En septiembre de 1547 decide realizar un viaje a España y el cabildo, Justicia y Regimiento le entrega, como su delegado, poderes ante el Rey, permitiéndole ausentarse de la Villa, como era costumbre. Creemos que realizó dicho viaje, porque su nombre desaparece de los oficios entregados a los personajes que moran la ciudad, y vuelve a hacerse presente en 1570 en que inicia un juicio contra la Real Audiencia, demandándole la entrega de las casas vendidas, con devolución del dinero de su parte,

por cuanto "las exigencias de su esposa", cuyo nombre no conocemos, exigía esta devolución, pues consideraba dichas casas como "un seguro para su vida". Este juicio suponemos que le fue adverso, porque la Real Audiencia permaneció en las casas compradas a Don Juan de Larrea hasta el año de 1612 en que pasó a ocupar unas adquiridas en la actual calle Chile, frente al nuevo portal del Monasterio de la Concepción. Las antiguas Casas Reales, como se las llamó a estas de la Real Audiencia, fueron adquiridas posteriormente por este Monasterio, para solucionar su espacio vital atosigante en que se conglomeraban doscientas religiosas y trescientas criadas, entre sirvientas y donadas.

Este recuento histórico de un ilustre apellido pudo no ser indispensable el traerlo a relato, pues la calidad humana y señorío de don Carlos Manuel Larrea, ilustre por sus méritos, su don de convivencia y sus virtudes cívicas, su presencia intelectual y entregamiento a las investigaciones lo resaltan, sin que sea decisivo para ello, ninguna superestructura ni valoraciones alejadas de estos parámetros humanos.

Porque don Carlos Manuel Larrea, trabajador sin fatiga, nos ha entregado solo en el rubro de la arqueología y la historia, más de cuarenta trabajos publicados en libros, separatas, folletos y artículos sueltos, afianzando con sus descubrimientos los valores de nuestras culturas aborígenes, como fascinación primigenia, para luego devenir en otros quehaceres intelectuales donde su fe, constancia, sacrificios y desvelos, tuvieron su compensación: enaltecer la historia aun incipiente, en el tema aborigen, de nuestro país.

Quien crea que es una disciplina fácil, de entrega inmediata, aquella de investigar para planificar una teoría y exponerla a la crítica nacional y extranjera, no conoce los mil pequeños obstáculos que se levantan para cerrarle el paso y a los que es necesario ir desbrozándolos a base de nuevos estudios y lógica serena,

sin aturdimientos que traen el entusiasmo y la liviandad de conocimientos, rebuscando exhaustivamente las causales de un hecho, las válidas razones de la teoría en camino, para luego, de una minuciosa disección, aprobarla o ponerle reparos. Porque no es lo mismo sentarse en aparente trabajo a divagar estrofas o imaginar fantasías, al tesonero esfuerzo de una investigación en el campo o en los viejos infolios de barroca caligrafía.

Sólo la labor desarrollada a base de estas premisas logra satisfacción, porque se halla munida de seriedad, análisis sereno y conclusiones acertadas. Es de este modo como don Carlos Manuel Larrea, siguiendo los pasos de su maestro y amigo, Monseñor Federico González Suárez, a quien reverenció siempre entregándole su admiración, llegó al logro de sus aspiraciones científicas: devorando en copiosas lecturas, en tesonera disciplina, actas de los archivos, urgando en las investigaciones del campo las raíces de las culturas dormidas bajo tierra en los siglos: áridas algunas, beneficiosas otras, dando con ellas perfiles definidos a la historia, conformando los moldes justos en donde se asienta la auténtica nacionalidad, evitando leyendas, elucubraciones y gratuitas inventivas.

Terminados sus estudios en el exterior regresa a la Patria en 1916. Trae con él la disciplina científica adquirida en sus años pasados en los Archivos y Bibliotecas de Londres, Oxford, Madrid, París, Sevilla y más ciudades abiertas a estas inquietudes. Venía recorriendo otros países, asimismo de alto nivel cultural, como: Suiza, Alemania, Austria, Italia y los Estados Unidos. Traía a su vez juventud, ansias de trabajo y planificación de obra a realizar.

Empieza a poner en práctica sus conocimientos y dedica sus primeros años a urgir los secretos de las huacas y sitios que la lógica señala como ricos en yacimientos humanos, y es de este modo que, en colaboración con su amigo y distinguido investigador don Jacinto Jijón y Caamaño, publica su primera obra: "Cementerio Incásico", que aporta datos nuevos a la presencia del Impe-

rio Inca en nuestro territorio. Este fue el comienzo de su carrera de escritor-arqueólogo, que la resaltarán con otros volúmenes, luego de sus rebuscas en los territorios de Esmeraldas, Imbabura, Cañar y Manabí.

Pero el ambiente de la arqueología no puede desligarse de dos ciencias fundamentales que la animan: la historia y la geografía. Le apasiona la primera, como suele apasionar a las gentes vehementes de conocimientos los misterios que ella aún esconde, y se entrega a la labor plácida, acuciosa y absorbidora de tiempo y espacio, de desvirtuar errores, hallar verdades y planificar nuevas enseñanzas, para hacer de esta Historia lo que ella constituye como naturaleza propia de su esencia: el camino de la verdad.

De los estudios sobre la Villa de San Francisco de Quito, de las actas leídas con método y racional análisis, deduce su fundación el 28 de agosto de 1534 realizada por Diego de Almagro, en Riobamba, fecha pirateada por quienes, desconociendo la historia, hacen héroe de ella a Sebastián de Benalcázar, como el fundador. Y en igual forma continúa con estas investigaciones entregándonos libros de valioso contenido, como aquel de la Presidencia de Dionisio Alcedo y Herrera, la Bibliografía del Ecuador, en donde, si en realidad no constan todos los libros publicados hasta esa fecha de aparición, es un esfuerzo por lograrlo. No olvida resaltar y relatarnos el camino a Esmeraldas emprendido por el sabio Vicente Maldonado y otro libro, de inestimable calidad, sobre la Real Audiencia de Quito.

Hombre estudioso, sin fatiga en ello, nos entrega una visión cabal de dos zonas vitales para la concepción total de historia-geografía-patria, tal cual la entendemos: el Archipiélago de las Galápagos y la que yo llamo la Provincia irredenta del Amazonas, ahora en manos extranjeras: nuestro oriente ecuatoriano. Quien ahonda en la larga trayectoria de las misiones religiosas en estas selvas intrincadas, mira con espanto como el sacrificio de centenas de frailes y jesuitas, fue cercenado por una firma, como

cuchilla decapitadora, en un papel de Protocolo, mermando al derecho, a la propia historia y al heroísmo de los sacerdotes de la Real Audiencia de Quito, las glorias de mil pueblos sembrados en la manigua y la posesión de una geografía descubierta con sus hombres, por su sola voluntad y su sólo sacrificio. Don Carlos Manuel Larrea nos revive las gestas, nos da la razón del derecho, nos entrega la visión clara de ese derecho y nos hace poseedores lógicos de sus ríos y ambientes, en el minucioso contar de los hechos sucedidos.

Su inquietud literaria y la pasión que siente por entregarnos en cada línea que escribe parte de su espíritu, le lleva al análisis de personajes importantes, dándonos un enjambre de libros valiosos en ese difícil trayecto de la biografía. Porque para crearla, es necesario desnudarse de todo prejuicio, llegar al personaje con calidad moral diáfana y limpia, abierta para recibirlo y entenderlo. Y es así como recorreremos los pasos del ilustre historiador, benemérito de la Patria, Monseñor Federico González Suárez, quien, con descalza humildad de pastor espiritual, se volvió gigante, maestro indiscutible al que, con profundo respeto, analiza don Carlos Manuel Larrea, porque a más de ser el hombre que le guió en sus primeros momentos de inclinación arqueológica, fue su amigo cordial. Y luego, la de don Cristóbal de Gangotena y Jijón, duendecillo en trastiendas de notarías, acopiando datos, descubriendo personajes, desentrañando misterios de alcoba y liviandades humanas, para con garbosa y condimentada pluma, regar por sus frases un estilo picante y gracioso, hablándonos de leyendas nacidas en las tortuosas y oscuras callejas de las villas y ciudades coloniales de la Real Audiencia de Quito. No olvida a Max Uhle, científico serio de nuestro medio cultural, ni al extraño médico, el doctor Manuel Villavicencio, de quien resalta su geografía, pese a las duras críticas que recibe su libro y su mapa del Oriente Ecuatoriano, para luego continuar con Antonio Flores Jijón, el Barón Héctor Luis de Carondelet, ejemplo único de gobernante progresis-

ta, el arzobispo José Ignacio Checa, sacrificado en el Sacrificio de la Misa, recrearse, con untuosa delectación, en la vida ejemplar de Santa Mariana de Jesús, a quien debemos llamarla Santa Azucena, la virgen del holocausto por la salud de su pueblo. Y a todos estos biografiados, la pluma certera de don Carlos Manuel Larrea, les va dando los matices propios, desentrañando a través de sus acciones los vericuetos íntimos que agobian a sus almas y mostrándonos con claridad, la auténtica personalidad, muchas veces escondida bajo densos velos de apariencias.

Hombre entregado a su trabajo, acumuló en su Biblioteca la sabiduría histórica del tiempo y en ella halló el campo propicio para dejarnos sus libros editados, como herencia a quienes, a más de nuestras actividades cotidianas, nos atrae con fuerza irrechazable el conocimiento de la verdad histórica. Bastarían estos servicios en beneficio de las clases cultas y no desarrolladas del país, para designarlo como un caballero "benemérito", pero su actividad no se limitó al trabajo de escritorio y creación, la amplió cumpliendo cargos de relevancia, como Diputado ante las Cámaras, profesor de Historia y Geografía, y llevando la representación de la Patria a otros ambientes humanos y otras latitudes geográficas. Y en estos encargos del país, no solamente fue la figura representativa de elegancia externa, en rígido cumplimiento del protocolo, sino que fue el mensajero de conocimientos nacionales, para entregarlos en los ambientes donde no eran conocidos, resaltando al país a través de su cultura, tal como deben cumplir sus misiones, quienes en verdad son Embajadores. No fue un ascenso explosivo fruto de amistades y simpatías, lentamente llegó desde los cargos del manual aprendizaje de la diplomacia, hasta ocupar los altos rangos de Ministro Plenipotenciario y Embajador en varios países de nuestra América Hispana, en otros de Europa y en las antenas del Vaticano.

No es extraño que entre nosotros haya ocupado cargos de jerarquía en los distintos Institutos, Juntas y otras dignida-

des en el devenir político-social. Fue fundador y Presidente de la "Sociedad Literaria Olmedo" y fundador, a la vez, de la "Sociedad de Estudios Históricos", en 1906 y 1909 respectivamente. Al valorizar sus trabajos de investigación y la forma como los interpreta, entregando nuevas teorías a los estudios sobre nuestros aborígenes, fue designado Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia, y en el mismo año, una institución extranjera, como la de Madrid, lo designó socio activo. No podía su prestigio eludir el ser miembro de la Sociedad Jurídico Literaria, tan venida a menos, casi agostada, después de haber sido la expresión brillante de la cultura intelectual de nuestra ciudad.

Numerosos grupos y organismos de estudios serios conformados en los años, lo tuvieron ya como su fundador o como miembro de sus directorios. Es así que en 1922 funda la Sociedad Geográfica de Quito y en 1937 se lo elige Director de la Academia Nacional de Historia, la distinción más alta dentro de la cultura, para quienes valoramos lo que esta investigación representa. Pero no se fatiga en su haber literario y en 1938 crea el Nuevo Ateneo Ecuatoriano, que congrega a los escritores representativos en aquellos años, de nuestras letras.

La Casa de la Cultura, que siempre veló por integrar a sus filas lo destacado de la inteligencia y de la expresión científica, artística y literaria, lo tuvo como Miembro Titular y la Academia de la Lengua, virtuosa en mantener la pureza del idioma, lo incorporó a su seno para resaltar con ello su elevada calidad de estilo y el purismo de su habla castellana.

No solamente fue su país el que reconoció sus méritos, lo hicieron otras instituciones extranjeras, lo cual revela lo enaltecido de su nombre en estos cenáculos culturales. Fue miembro del Congreso Americanista de Londres, de la Americanista de París, de las Sociedades Geográficas de Nueva York, Lima, La Paz y México. De las Sociedades de Historia y Academias

de Caracas, Washington, Buenos Aires, Santiago de Chile, de la Real Academia de San Fernando de Madrid, de la Colombiana de Bogotá. Le nombraron socio de honor del Museo Americano de Historia Natural de los Estados Unidos, del Instituto Sanmartiano de Bogotá, del Instituto de Cultura Hispánica de Madrid y otros más que nos llevaría tiempo el seguir enumerándolos.

Para nosotros constituye un honor el señalar el año de 1948, en que don Carlos Manuel Larrea es invitado por el Grupo América a formar el cenáculo de los intelectuales del país. Es necesario recordar y acentuar este recuerdo, porque el Grupo América fue la expresión de la alta literatura, el grupo al que convergían los valores de la poesía, la historia, el relato y la crítica. Ninguna otra Sociedad, en su concepto lato, ha visto recorrer su camino, resaltado en todos los tiempos, por hombres de talento cultural como aquellos que año tras año fueron integrando sus filas, nombres hoy apenas recordados, como es lo usual en la condición humana, pero valga la reminiscencia que hacemos en este momento de don Carlos Manuel Larrea, para revivirlos en ella, como símbolo de esta Sociedad.

Todo cuanto venimos de decir en sus entregamientos a la ciencia histórica y a la ciencia geográfica, hacen de este ilustre hijo de la patria ecuatoriana, un hombre y un nombre con calidades, anímicas que avalan su personalidad.

La labor cumplida por don Carlos Manuel Larrea tuvo su compensación, si así podemos hablar de los honores conferidos con el símbolo de condecoraciones. Desde 1924 hasta 1952 recibió veinte preseas honoríficas, de las que destacamos la Cruz de Caballero de la Real y Distinguida Orden de Carlos Tercero de España en 1926, la de Caballero de la Legión de Honor de Francia en 1936, la Gran Cruz de la Orden del Aguila Azteca de México, La Gran Cruz del Orden del Cóndor de los Andes de Bolivia en 1937, y la promoción al Grado de Comendador de la Legión de Honor de Francia, en el mismo año. Luego la Gran Cruz de

la Orden del Cruzeiro Do Sul del Brasil, de la Orden del León Blanco de Checoslovaquia, de Orange-Nasau de Holanda, de Núñez de Balboa de Panamá, de la Orden Pontificia de Pío IX y la de Pianna, con título de nobleza, de Pío XII, a más de la Cruz de Oro del Año Jubilar concedida por el mismo Papa, entre otras condecoraciones. Nosotros, demócratas por naturaleza, aferrados al Eclesiastés en cuanto todo se reduce a vanidad de vanidades, le entregamos hoy la Gran Cruz del Recuerdo de su vívida presencia en nuestra memoria, homenaje a su nombre, por habernos dejado decenas de libros, opúsculos y artículos sobre sus estudios de nuestro devenir aborigen y colonial, enriqueciendo los conocimientos de la nacionalidad ecuatoriana. Y sobre todo la Gran Cruz del Recuerdo a un caballero integral, a las virtudes de un hombre sencillo dentro de su valía, generoso en la entrega de conocimientos, nuevo personaje merecedor del bronce, de su nombre en una institución de cultura, por sus méritos y calidades innegables, para una grata y perenne recordación.

Quito, 20 de Abril de 1984

Ricardo Descalzi

UN HOMBRE DE TODOS LOS TIEMPOS

LUIS CAMPOS MARTINEZ

Todo el primer cuarto del siglo XIX fue llenado por Napoleón en Europa, y en América, por Bolívar. La diferencia está en que el primero se quedó inmóvil en su pasado glorioso, mientras que el segundo sigue vivo y permanente.

¿Por qué? Seguramente, porque Bolívar tuvo un extraño don de profecía, una enigmática cualidad que le permitió levantar el velo que los acontecimientos cotidianos impiden ver las lejanías del futuro. Leamos su "Carta de Jamaica". En ella dice: "La América Española se dividirá en quince o más repúblicas independientes... Los Estados Centroamericanos formarán una confederación, sus canales acortarán las distancias del mundo y estrecharán los lazos comerciales de Europa, América y Asia... En Buenos Aires predominará el elemento militar, hasta que se implante la oligarquía o la monarquía con más o menos restricciones... Chile, por su situación geográfica, por el ejemplo de sus vecinos, los fieros republicanos de Arauco, por las costumbres de sus habitantes, no alterará sus leyes, usos y prácticas y preservará su uniformidad en opiniones políticas y religiosas... La Nueva Granada se unirá con Venezuela si llega a convenir formar una República Central. Esta república se llamará Colombia".

Su visión continentalista de la guerra de independencia de España, su insistencia en la unidad de las jóvenes repúblicas y en la búsqueda de un "orden internacional" basado en la paz, hacen

de él un auténtico profeta del internacionalismo, que busca garantizar, bajo normas de derecho, la independencia de los países. Se trata de una antigua aspiración de la humanidad, que se confunde con su capacidad para concebir conceptos generales y superar lo concreto individual. De aquí que lo que se llaman las "ideas bolivarianas" no sólo nunca hayan muerto, sino que, en una época como la nuestra, caracterizada por la universalización de muchos fenómenos, que produce la interdependencia de las naciones, experimenten un vivo renacer.

La organización de la paz

"Es un ideal grandioso —expresó Bolívar en su famosa "Carta"— pretender formar de todo el Mundo Nuevo una sola nación con un solo vínculo que ligue sus partes entre sí y con el todo..." La materialización de este ideal quiso lograrlo por medio del congreso federalista de Panamá de 1826, cuyas etapas previas la constituyeron los Tratados de Unión, Liga y Confereración Perpetua de Colombia con el Perú en 1822, con México y Chile en 1823, con Centroamérica en 1825 y el celebrado en 1824 con Estados Unidos sobre Paz, Amistad, Navegación y Comercio. Los cuatro primeros tendían a la formación de una confederación que, en su esencia, iba más allá de lo ordinario, pues consagraba una verdadera sociedad de naciones libres y soberanas, pero unidas y fuertes para cooperar en su progreso común y en la derrota de la agresión foránea, verdadera anticipación de los modernos sistemas de seguridad colectiva.

El proyecto de Panamá contenía algunas ideas como éstas: a) abandono de la guerra como medio de resolver los conflictos internamericanos; b) formulación de un Código de Derecho Público Americano, que fijaría con claridad las normas jurídicas a que la Liga de países americanos se sujetaría y que tendría fuerza obligatoria; c) abolición de la trata de esclavos; d) las respectivas soberanías nacionales serían salvaguardadas por la propia Liga y la soberanía popular, a través de la aplicación de

los principios de democracia y libertad en las instituciones internas; e) establecimiento del arbitraje obligatorio, expulsándose al país que no aceptare las decisiones de la Liga; y f) el cumplimiento de todas normas anteriores estaría a cargo de la Liga, la cual dispondría de fuerza militar para ejecutar sus resoluciones.

Para Bolívar era muy claro que la organización que debía darse América una vez obtenida la paz, necesariamente tenía que ser distinta de la de Europa, y lo prueban los principios anteriores, así como también el de la igualdad jurídica de los Estados miembros de la Liga, pues —decía el Libertador— “ninguno sería débil con respecto al otro, ninguno más fuerte”, ya que el orden europeo de su tiempo se fundaba en el equilibrio de las fuerzas y no en la solidaridad.

Arando en el Mar

Antes de su muerte, Bolívar asistió al desplome del edificio que había concebido, por la simple razón de que ya estaban en movimiento fuerzas que habrían de producirlo. ¿Cuáles eran ellas? De variada índole. Podemos, sin embargo, señalar las de mayor relieve.

Los distintos “reinos” que España organizó en América solo estaban unidos por un núcleo principal: la corona, sin vínculos entre sí, de modo que toda la economía externa estaba orientada a servir a la metrópoli, la cual, a través de la Casa de Contratación de Sevilla, representaba un factor de cohesión. La independencia alteró el cuadro, rompiendo esta vinculación y dejando las unidades separadas. La extrema dificultad de las comunicaciones vino a acentuar esta situación, ya que faltaban buenos caminos y vías terrestres. Aún hoy, después de más de ciento cincuenta años, el noventa por ciento del comercio interamericano se hace por el mar.

Al trastorno económico que ello representó, vino a sumarse el problema del poder. La guerra de las independencias latinoamericanas —inversamente a lo ocurrido en América del Norte—

fue larga y sangrienta, fueron guerras civiles, de modo que los caudillos militares adquirieron gran relieve, convirtiéndose muy pronto en "filibusteros del poder", labrando cada cual un Estado en el territorio que dominaban sus armas.

Durante la colonia, América Latina fue productora de materias primas, mientras en Europa aparecían ya los primeros signos de industrialización y el capitalismo. Esta situación se acentuó después de la independencia, época en la cual —a través de todo el siglo XIX— el capital extranjero empezó a interesarse en actividades de mayor tecnología y rendimiento, organizando el mercado mundial las grandes naciones industrializadas (especialmente Inglaterra, sede de la revolución industrial). Dispersos, sin preparación y en una etapa pre-industrial, los países latinoamericanos entraron al comercio internacional de materias primas, cuyas fructuaciones provocaron numerosas crisis económicas, las que a su vez condujeron a la inestabilidad política y al nacionalismo de tipo proteccionista y negativo. Se justificó un proteccionismo antieconómico con tesis nacionalistas que aguzaron las suspicacias y los recíprocos celos. La industrialización —se hizo sobre la base de este esquema de dispersión y por eso fue débil, presa fácil de los monopolios extranjeros. Así nuestros países se aislaban estando juntos y Bolívar aró en el mar.

El fracaso del panamericanismo

Es común la idea de que en Bolívar estaba en germen el panamericanismo. Juristas y políticos esclarecidos lo han afirmado: "la Organización de los Estados Americanos (OEA) e indirectamente las propias Naciones Unidas, son el desarrollo de su genial intuición".

Es probable que así haya sido; mas no es menos cierto que hacia el final de su vida empezó a ver con claridad el papel hegemónico que iba a jugar en estas tierras Estados Unidos y en

una carta dirigida al militar británico Patrick Campbell escribió: "los Estados Unidos parecen destinados por la Providencia a llenar de miserias América Latina en nombre de la libertad"

Se ha discutido la autenticidad de esta carta; pero lo que no es discutible es que, en materia de panamericanismo, aró Bolívar tan infecundamente como en suelo latinoamericano: después de tantos años de panamericanizar (la primera reunión interamericana ocurrió en 1889), los resultados de ello no pueden ser más melancólicos para nuestros países.

En efecto, después de innumerables Conferencias Interamericanas, Reuniones de Consulta de cancilleres Americanos, especializadas y técnicas; la puesta en marcha de tantas iniciativas, como la Buena Vecindad, el Trato Justo, la Alianza para el Progreso; la creación de infinitas instituciones, como la OEA, el Consejo Interamericano Económico y Cultural (CIES), el Comité Interamericano para la Alianza del Progreso (CIAP); la aprobación de una Carta que consagra la solidaridad entre ambas Américas y de un Tratado de Asistencia Recíproca (TIAR) de Río de Janeiro, que establece un sistema de seguridad colectiva, la injusticia y la explotación siguen presidiendo las relaciones de ambas Américas y sus intereses son cada vez más antagónicos.

Bolívar presente

Como dijimos al principio, Bolívar sigue vivo y presente, a pesar de todo. Lo que hoy sucede es que los ideales bolivarianos se han decantado y han adoptado nuevas formas, empezando a pesar, ¡por fin!, de lo discursivo a lo real. Efectivamente, superados ya los rastros del espejismo panamericano, los países latinoamericanos, están hablando con una sola voz frente a los Estados Unidos y al resto del mundo industrializado, fijando sus principios, sus aspiraciones y su estrategia común: el documento alcanzado por CECLA en Viña del Mar, la formación del Pacto Andino, los pasos dados para la recuperación de materias primas, las actitudes decididas de personeros de la Iglesia Católica (don

Helder Cámara, Leonidas Proaño, Oscar Romero...), y una actividad diplomática que, a través del establecimiento de relaciones con todo el mundo, busca superar las rigideces del viejo esquema de la guerra fría, impuesto a América Latina por Estados Unidos, son importantes demostraciones.

Es de desear que estos pasos para resucitar los antiguos y nobles ideales del Libertador no tengan el mismo triste destino que tuvieron en el pasado. Solo la unidad y coordinación de nuestros países pueden darnos poder de negociación, capacidad para defender nuestros intereses específicos, fuerza en nuestra búsqueda de identidad, y ser, en fin, en medio de un mundo cada vez más solicitado por el poder hegemónico de dos grandes potencias, actores y no simples espectadores en el vasto teatro de la historia.

Nunca como ahora, sin duda, es más urgente la necesidad de realizar los ardores de Bolívar, que fueron, como dijo José Martí, el prócer cubano, para nuestra propia redención.

BIBLIOGRAFIA

- 1916 "PSICOPATOLOGIA DE BOLIVAR" - Diego Carbonell (1884-1945)
- 1938 "BOLIVAR Y EL PENSAMIENTO POLITICO DE LA REVOLUCION HISPANOAMERICANA" - Víctor Andrés Belaúnde (1883-1966)
- 1939 "MAN OF GLORY: SIMON BOLIVAR" - Thomas Rourke
- 1940 "EL SANTO DE LA ESPADA" - Ricardo Rojas (1882-1957)
- 1940 "EL SUPERHOMBRE" - Jesús Antonio Cova
- 1942 "BOLIVAR, CABALLERO DE LA GLORIA Y DE LA LIBERTAD" - Emil Ludwig (1881-1948)
- 1948 "SIMON BOLIVAR" - Gerhard Masur
- 1950 "Obras completas" de Simón Bolívar (Compilación y notas de Vicente Lecuna, La Habana, editorial Lex, 3 tomos)
- 1950 "CRONICA RAZONADA DE LAS GUERRAS DE BOLIVAR" - Vicente Lecuna (1870-1954)
- 1951 "NACIMIENTO DE UN MUNDO: BOLIVAR" - Waldo Frank (1889-1967)
- 1952 "BOLIVAR" - Salvador de Madariaga (1886-1978)
- 1955 "BOLIVAR" - Alfonso Rumazo González (1903)
- 1956 "VISION Y REVISION DE BOLIVAR" - J.L. Salcedo-Bastardo (1926)
- 1965 "EL LIBERTADOR" - Augusto Mijares
- 1976 "Doctrina del Libertador" (Compilación y notas de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho)

* La obra de Vicente Lecuna es definitiva, cuidadosamente basada en documentación desconocida hasta entonces. La de Salvador de Madariaga, es profunda y autorizada, si bien disminuye importancia a las razas indígenas en la historia de Latinoamérica. La biografía de Masur es quizá la más fiel, y la de Ludwig una de las peores. Aunque pesimista la de Mijares es un valioso estudio.

ANDRES BELLO JURISTA

EMILIO UZCATEGUI

En otras oportunidades nos hemos ocupado de Bello como investigador y maestro. Hoy deseamos referirnos a su personalidad de jurista.

Junto a esta faz, se destaca igualmente la de gramático y poeta. Muy difícil es precisar cuál campo fue el de su mayor predilección, mas en todo caso es evidente que Bello sintió una intensa pasión por el derecho, por lo jurídico.

Si bien estudió dos años de Derecho en la Universidad Real y Pontificia de Caracas, no fue abogado, ni obtuvo el grado de doctor en jurisprudencia. Ni jamás le hizo falta alguna la adquisición de estos títulos. Sin embargo es extraordinario el volumen de sus aportaciones de carácter jurídico que alcanzaron prestigio internacional a través de su asiento en la cámara del senado, de las asesorías muy frecuentes en jurisprudencia y de la publicación de sus estudios sobre la materia.

Después de ejemplar desempeño diplomático en representación de su país, de Colombia y de Chile, en Londres, en 1829, en cargos que le dan rica experiencia y vastos conocimientos, a muy pocos años de haber conquistado su independencia esta última República, llega y se avecina a ella, ofreciéndole el caudal de su sabiduría, las dotes de su talento y una actividad sin igual, que pronto le son recompensadas con la ciudadanía

honoraria, la rectoría de la Universidad a cuya creación contribuyó y un sillón en el Senado muy propicio para utilizar su capacidad de jurisconsulto para la expedición de leyes que tanto necesitaba Chile carente todavía de derecho propio y no emancipado aún de la tradición cultural del coloniaje ibérico.

A más de artículos y ensayos publicados en "El Araucano" y que con posterioridad son recopilados en un volumen con la denominación de **Opúsculos Jurídicos**, su prestigiosa diligencia le sumerge en intensos estudios que culminan en la producción de tres grandes volúmenes que sintetizan tres importantísimas áreas del derecho en esa época: derecho internacional, derecho romano y derecho civil.

El primero de estos cuerpos jurídicos es **Principios de Derecho de Gentes** aparecido en 1832 y que para las posteriores ediciones toma el nuevo nombre de **Principios de Derecho Internacional**.

Antecedentes para esa producción son que como Rector del Colegio de Santiago dictó Legislación Universal, asignatura que acababa de introducir en su plan de estudios. Clausurado que fuera este plantel en 1831, creó y atendió en su propio domicilio cursos especiales de Legislación Universal, Derecho de Gentes y Derecho Romano.

El derecho de Gentes de Bello es el primer tratado sobre la materia escrito en Castellano, como también publicado en el Continente, razón por la cual la X Conferencia Interamericana reunida en Caracas le declaró a su autor "precursor de los Internacionalistas de América".

Antes que de creación doctrinaria, este libro es didáctico. No innova la doctrina vigente en la época. El mismo autor describe su obra como un "bosquejo reducido, pero comprensivo, del estado actual de la ciencia". Esto no obstante la obra es una muy valiosa contribución especial para las condiciones

singulares y problemas propios de las nuevas repúblicas americanas. Ha de anotarse asimismo que su redacción demandó abundantes lecturas y estudios profundos como solía efectuar Bello para la redacción de todas sus obras.

Por lo que concierne al Derecho Romano, menester es tener presente que Bello juzgaba fundamental el estudio de esta rama del saber. Con su espíritu de maestro creyó que debía componer una obra para la enseñanza de esta materia. Así en 1843 da a luz sus **Principios del Derecho Romano**, que sigue muy de cerca a la clásica obra de Heineccius. Consta de dos partes que bien pueden considerarse libros diferentes: Principios de Derecho Romano según el orden de las Instituciones de Justiano y Explicaciones de Derecho Romano.

El aporte capital al derecho americano y también puede decirse al mundial en general es sin duda el **Código Civil** que pone término a la complejidad y casi anarquía que caracterizaba el derecho incipiente en los primeros años del vivir autónomo de los países que fueran colonias de España. A la sazón regían seis cuerpos de leyes heredadas de la Madre Patria a más de las leyes dictadas por la República que no podían constituir todavía un cuerpo orgánico.

Esta obra es fruto de un trabajo largo y de un estudio permanente y juicioso de las mejores obras de derecho publicadas hasta entonces. A su labor investigadora unió una basta experiencia adquirida en la formulación de varias leyes que precedieron a la estructuración sistemática y completa del Código Civil las que fueron conocidas en conjunto como Derecho intermedio, por ubicarse entre la legislación española y la vigencia del Código Civil. De la misma manera le ayudaron a un conocimiento profundo del derecho su participación en la Comisión de Legislación del Senado, miembro de la cual fue asignado junto con Mariano Egaña por el Senado chileno; la asesoría jurídica de la Comisión que formuló la Constitución, de la cual no po-

día ser miembro por su condición de extranjero; la defensa en varios artículos al proyecto sobre organización de los tribunales de justicia.

Aunque en la elaboración del proyecto de Código Civil contribuyeron los demás miembros de la Comisión, no hay exageración en afirmar que en su casi totalidad es obra de Bello.

Como base y guía fundamental para esta monumental construcción jurídica se tomó el derecho clásico romano y español y junto a él las nuevas aportaciones del Código francés en particular en cuanto a obligaciones y contratos, por lo que es notorio un cierto eclecticismo doctrinario.

La obra ha sido muy elogiada por los altos principios filosóficos y jurídicos que la conforman, por su organicidad y sistema, por su claridad y precisión, por su esmerada redacción, por los importantes progresos en derecho que implican muchos de sus artículos como el caso de la igualdad civil.

Así mismo, sin menoscabo de estos y otros méritos es de equidad señalar que transó mucho con los principios de derecho y moralidad imperantes en la época. Entre los reparos se ha de hacer constar: haber conservado el ultrajante distingo que regía entre los hijos ilegítimos, no haber consagrado providencia alguna en beneficio de la niñez desvalida, mantener marcada dependencia de la mujer con respecto al hombre, el olvido acentuado de los derechos de los trabajadores, la protección ilimitada de la propiedad privada. Todo esto hace decir al comentarista Pedro Lira, definido hombre de derecha, que hay parte de verdad en las críticas del marxismo de ser "un código de propietarios y que desdeñaba a la masa proletaria". No hay duda que el Código Civil de Bello con todos sus merecimientos es una elaboración capitalista en defensa de los derechos y privilegios de esta clase.

La acogida del Código fue enorme. El Congreso chileno lo aprobó en conjunto, como lo hicieron más tarde otros países. Su influencia en América fue extraordinaria. Colombia y Ecuador lo adoptan integralmente. Inspiró la elaboración de los Códigos Civiles de México, Uruguay y Nicaragua, y sirvió también de orientación al Código argentino redactado por el eminente jurisconsulto Vélez Sarsfiel.

Andrés Bello es uno de los más ilustres juristas latinoamericanos de todos los tiempos, es una conclusión que define el valor de la personalidad de Bello como jurista.

HORACIO QUIROGA: EL SUICIDA GENIAL

RUBINSTEIN MOREIRA

UN LIBRO PRIMIGENIO

"Los Arrecifes de Coral" (1901) constituyó una premonición por lo que tiene el arrecife de intrincado, de misterioso, de vivo, de taimado. El título del primer libro de Horacio Quiroga, publicado a los 23 años, en plena juventud creadora, tiene una clara estirpe simbolista—parnasiana. El color, la forma y el movimiento están sugeridos en él: "Los Arrecifes de Coral". Combinación de prosa y verso, muy a la usanza de la época, es un libro inicial cargado de presagio. Presenta ya la "lucha del hombre con la naturaleza o con otros hombres". Pero todavía sus criaturas son fantasmas, se ensayan en un vuelo que ha de ser definitivo en obras posteriores; en este sentido es que sostenemos que "Los Arrecifes de Coral" es premonitorio, pues desde esta obra inicial el escritor se maneja en un mundo de fantasmas, de juegos voraces y fatales.

Presenta este volumen la falla natural del aprendizaje, pero resume al mismo tiempo el clima literario del momento. Es un libro modernista; se impregna del color y del calor de la hora intelectual de la época. En cierta manera representa su libro inicial una manifestación del arte nuevo cuya raíz encaja en el movimiento modernista del Uruguay que surge alrededor de 1895. Digo que su raíz está en el Modernismo porque como éste es una quintaesencia del Romanticismo, del Parnaso, del Simbolismo, del

Realismo y del Decadentismo, su temática se impregna y de cada tendencia toma algo para sí. Ya de uno el ritmo melancólico y quejumbroso; del Parnaso el color y el movimiento; del Simbolismo las sugerencias y significados poéticos; del Realismo la inquietud y la actividad del espíritu, la contemplación de la naturaleza; del Decadentismo asimila la sugestión y la atracción por la rebeldía. De todos adquiere un poco pero de ninguna escuela es presa definitiva. "En Quiroga—dice su amigo Antonio Grompone— toda la actividad del espíritu estaba encauzada por el ansia de la aventura".

"Los Arrecifes de Coral" consta de veinte composiciones en verso y treinta y cuatro en prosa. Estas últimas, a menudo, son pantallazos; leves pulsaciones de la intuición, que bien pueden estar representadas por esta que titula con un nombre de mujer que años después habría de pronunciarlo muchas veces: "María Elena Tocaba Siempre...": "María Elena tocaba siempre en el clavicordio; y los pájaros que la hubieran oído guardaron de esas romanzas un indefinible encanto. La vieja sala parecía reanimarse con esas notas de tanta dulzura, que el clavicordio parecía un pecho sensible y querido que en toda una larga noche no cesó de ser auscultado. Y María Elena, pura siempre sobre el sueño de su infancia, esperaba la paloma que debía anunciar el regreso de su bien amado.

Un pastorcillo de la comarca trajo a sus oídos las noticias de las batallas lejanas en que su señor el Príncipe se batía contra los infieles. La lucha había sido cruel pero había triunfado. Los moros huían hacia la costa, abandonando un rico botín y familias enteras entre ellas la propia del califa. (...)

Pasaron muchos años. El clavicordio, ya viejo, sonaba tristemente bajo las manos de María Elena. El instrumento tenía también el corazón herido, y lloraba con su dueña. Una noche el clavicordio no sonó. El pobre amigo había muerto, como un pobre amigo que queda ciego de tanto ver correr nuestras lágrimas. María Elena iba todas las tardes a llorar junto al clavicordio, como una señora que quedó de luto.

María Elena vive aún, esperando a su bien amado. Y su historia es conocida de todas las niñas que esperan, llorando sobre un pobre amigo que puede ser un clavicordio”.

Su estilo, como puede observarse, es marcadamente periodístico. La agilidad de la frase la ha venido practicando a través de sus escritos en los periódicos “La Reforma”, “La Revista Social”, “Gil Blas” y la propia “Revista de Salto” que funda y dirige hacia 1899 y que interrumpe al comenzar el Siglo con motivo de su viaje a París.

La poesía es género que lo llama también poderosamente y escribe algunas decenas de poemas que publica en forma incidental y que reúne-asimismo- en este primer volumen que comentamos. Incursiona en el soneto (endecasílabo y alejandrino), en el romance octosilábico, en el heptasílabo y en el verso libre.

Su lira es fina y sensible, pero el gran narrador que hay en Quiroga ahoga al poeta, lo aniquila por el deseo de contar, lo destroza con la fuerza del personaje.

De todos modos, como homenaje al genio que admira y siente la poesía, recordemos el soneto “Tu agonía” de claro aire modernista, bruñido de cisnes rubendarianos, de brisas suspiradoras a la manera de Lugones y de tardes moribundas.

*La tarde se moría; y en el viento
la seda de tu voz era un piano,
y la condescendencia de tu mano
era apenas un suave desaliento.*

*Y tus dedos ungían un cristiano
perdón, en un sutil afilamiento;
la brisa suspiró, como en el cuento
de una melancolía de verano.*

*Con tu voz, en la verja de la quinta,
calló tu palidez de flor sucinta,
La tarde, ya muriendo, defluía*

*en tu sien un suavísimo violeta,
y sobre el lago de tersura quieta
los cisnes preludiaron tu agonía.*

OBRAS SUCESIVAS

“El Crimen del Otro” se publica en 1904 en Buenos Aires donde Horacio Quiroga se ha radicado desde hace dos años, luego del accidente fatal que mata a su entrañable amigo Federico Ferrando. Es este también un libro modernista, pero distinto. Quiroga ya ha visitado las Misiones y el Chaco junto al gran voz cordobés Leopoldo Lugones; Quiroga sufre la pesadilla terrible por el afecto perdido, sus “nervios están doloridos y a flor de piel”; Quiroga ha comenzado a ser un solitario y un desesperanzado; Quiroga -finalmente- descubre, del punto de vista intelectual, a dos escritores a los que se vinculará en forma definitiva: el norteamericano Edgar Allan Poe y el francés Guy Maupassant.

Alguien ha dicho con acierto que “a medida que Quiroga descubre la realidad y se sumerge gozosa y paulatinamente en ella, deja caer algunas obras con las que liquida su deuda con el Modernismo, muda de piel”. Y entendemos que es a partir de “El Crimen del Otro” que comienza ya este cambio. Y éste ha venido sobre todo por la vía del dolor. El cuento que da el título a la obra presenta francas similitudes con otro de Edgar Allan Poe titulado “El barril del amontillado”, aunque el verdadero motor que lo impulsa está en el fatalismo real y alucinante de la muerte que afronta el propio Quiroga —hombre. Pues él jamás pudo desencajar su vida de ese estado abrumador de conciencia. El cargó por siempre la “culpa inocente de ese asesinato”.

"El Crimen del Otro" es un cuento formalmente flojo y temáticamente poco novedoso, no obstante se deslinda en él algunos aspectos estilísticos que habrían de ser "constantes lineales" en la narrativa quiroguiana. Es un cuento extenso y a menudo discursivo en demasía. Los períodos de la frase se alternan y la presentación de la pieza —en sí— constituye un llamado al "yo" directo, conversacional, psicológico.

"Las aventuras que voy a contar datan de cinco años atrás. Yo salía entonces de la adolescencia. Sin ser lo que se llama un nervioso, poseía en el más alto grado la facultad de gesticular, arrastrándome a veces a extremos de tal modo absurdos que llegué a inspirar, mientras hablaba, verdaderos sobresaltos. Este desequilibrio entre mis ideas —las más naturales posibles— y mis gestos—los más alocados posibles, —divertían a mis amigos, pero sólo a aquellos que estaban en el secreto de esas locuras sin igual. Hasta aquí mis nerviosismos y no siempre. Luego entra en acción mi amigo Fortunato, sobre quien versa todo lo que voy a contar.

Poe era en aquella época el único autor que yo leía. Ese maldito loco había llegado a dominarme por completo; no había sobre la mesa un solo libro que no fuera de él".

La narración, escrita en esta primera persona punzante y entusiasta a la vez, combina perfectamente un estilo dramático intenso con la frase breve, instigadora, nerviosa. Un doble juego de ficción y realidad se apodera del narrador pero éste no deja de ser objetivo, y la objetividad ha de ser una de las coordenadas literarias de su obra.

A medida que Fortunato cae en el desatino y en la locura el ojo del narrador lo desenmascara y lo apunta. Y para ello se sirve del lector atento, aguzándole los sentidos y haciéndole partícipe de la peripecia del personaje. Quiroga en este cuento no maneja un lenguaje rico, variado, pero sí eficaz. Y esto es lo que importa

en este tipo de composición. Con frecuencia las impresiones sensoriales se entremezclan en grupos sintácticos vehementes y la frase adquiere un ritmo ágil y ardoroso.

El cuento crece a medida que se aproxima su desenlace; las situaciones dramáticas entran en un juego casi cósmico donde la muerte y las sombras reinan. El escritor está aprendiendo lo que muy luego había de sintetizarlo en la octava premisa del "decálogo del perfecto cuentista": "toma a tus personajes de la mano y llévalos hasta el final, sin ver otra cosa que el camino que les trazaste. No te distraigas viendo tú lo que ellos no pueden o no les importa ver. No abuses del lector. Un cuento es una novela depurada de ripios. Ten eso por una verdad absoluta, aunque no lo sea".

Al finalizar el cuento, pues, Quiroga resume estos aspectos que aún son para él una suerte de aprendizaje:

"Caminaba con la cabeza alta, dejándome ir a ensueños en que Fortunato lograba salir de su escondrijo y me perseguía con iguales asechanzas... (...) Eran las cuatro. En el centro barrían aún las últimas máquinas. Sobre las calles claras la luna muerta descendía. De las casas dormidas quien sabe por qué tiempo, de las ventanas cerradas, caía un vasto silencio. Y continué mi marcha gozando las últimas aventuras con una fruición tal que no sería extraño que yo a mi vez estuviera un poco loco".

EL NARRADOR CONSUMADO

Cuando en 1917 Quiroga publica este nuevo volumen de cuentos ya había incursionado en la novela con un título de escaso aliento, en 1908, "Historia de un amor turbio" y años después "Pasado amor". "Pero el género en que descuella Quiroga, por haber sido su forma favorita de expresión y por lo directo y vivo hasta la violencia de su manera de decir las cosas, es la narración breve". El cuentista también llega a ahogar al novelista; el creador de mundos que debe ser un novelista en el caso de Quiroga se reduce a un genial creador de situaciones.

Con estos "Cuentos de amor, de locura y de muerte" el autor llega a la cima de su talento y de la síntesis narrativa. Quiroga se ha convertido en un enorme maestro del género; ha hecho de él vehículo directo de comunicación. Quienes fueron a su vez sus maestros: Poe, Maupassant, Dostoievsky, Chejov, Kipling, Conrad, Wells, son ahora sus competidores, pero en la más leal de las competencias: la que se da por medio del talento y la genialidad.

John Crow (el fino quiroguiano de la Universidad de California), en su ya clásica clasificación de los cuentos del autor encuentra que pueden ser agrupados en tres unidades perfectamente perceptibles:

- a) Cuentos Psicológicos,
- b) Cuentos de animales
- c) Cuentos misioneros

Y en este libro se presentan claramente definidas, todas y cada una, de estas tendencias. Predominan los cuentos misioneros con piezas universalmente válidas como "Los mensú", "La insolación", "Yaguai", "A la deriva", "El alambre de púa", y hasta por momentos se entrecruzan el mundo animal con el psíquico. Ejemplos elocuentes son "La gallina degollada", "Los pescadores de vigas", "El almohadón de plumas", para citar sólo una trilogía esencial. Son quince cuentos; cada uno una pieza monolítica de saber estilístico, de hondura sensible donde todas las manifestaciones humanas se desencadenan con un medio expresivo fatalista, misterioso, violento, exótico. Sus personajes son marcadamente trágicos, de vidas amargas y desalentadoras; hipersensibles y esquizofrénicas.

A menudo Quiroga presenta como cinematográficamente cuadros de horror y de crueldad junto a un realismo patético y preciso, con una "penetración honda y trágica del destino humano". Esto, por ejemplo, se presenta claramente en sus cuentos "La gallina degollada" o "A la deriva", cuyas sumas de elementos estéticos se dan a través de un tremendo fatalismo.

El clima de sus cuentos es a menudo mórbido y apasionado, pero no obstante el horror es manejado con una difícil y equilibrada sobriedad, porque en verdad Quiroga no dramatiza sus personajes, éstos están ya condenados y él asiste a sus peripecias y padecimientos. Aunque en alguno de sus cuentos, como "El AlmoHADÓN de Plumas" (incluido en su libro de 1917 pero publicado diez años antes por vez primera en las páginas de la revista "Caras y Caretas"), queda latente en el lector la posibilidad de verismo que existe entre los límites de lo ficticio o irreal y la realidad diaria y cotidiana, como apunta el crítico Alfredo Veiravé, en un interesante artículo aparecido en el suplemento de "La Prensa" de Buenos Aires, el 18 de septiembre de 1966. El destacado crítico argentino reproduce la siguiente nota periodística, que le llega -a su vez- por el poeta chaqueño Aledo Luis Meloni, aparecida en el diario "La Prensa" en su edición del 7 de noviembre de 1880 (dos años después del nacimiento de Horacio Quiroga), con el título "Un caso raro" y que bien pudo haber sido fuente de referencia, más tarde, para el escritor ya que coincide asombrosamente con el cuento:

"En una niña de seis años, perteneciente a una familia conocida en esta ciudad, se ha palpado antes de ayer un caso raro.

"Hacia algunos meses que a la niña se la veía siempre pálida y cada día más delgada, no obstante sentir buen apetito y alimentarse convenientemente.

"En la creencia de que tuviese alguna enfermedad desconocida, fueron llamados varios médicos para que la reconocieran, pero todos opinaron de acuerdo en el sentido de que la niña no padecía de ningún mal; sin embargo, aconsejaron a los padres que la llevasen al campo.

"Así lo hicieron.

"A los pocos días de estar la niña en el campo, empezó a engrosar, y una vez restablecida fue traída a la ciudad nuevamente.

"Después de una corta permanencia aquí, comenzó otra vez a adelgazar, con el asombro de toda la familia, y de los mismos médicos.

"La palidez cadavérica volvió a su rostro, y su espíritu se sumergía en una tristeza inexplicable.

"Antes de ayer, la niña iba a ser llevada por segunda vez al campo.

"Por la mañana, la mucama se ocupaba de acomodarle la cama, cuando notó entre el forro de la almohada un movimiento como si un cuerpo se deslizara interiormente.

"Sorprendida por este suceso, llamó a la señora, quien con una tijera cortó el forro de la almohada resueltamente para descifrar el misterio, y retrocedieron aterrorizadas en presencia de su hallazgo, que consistía en un bicho, cuyo nombre ignoramos, color negro y de grandes dimensiones, de forma redonda y con varias y largas patas.

"El bicho fue muerto en el acto y del examen que se hizo de él, resultó comprobado que era éste el que absorbía la sangre del cuerpo de la niña"

El propio Alfredo Veiravé extrae algunas conclusiones, que compartimos, en el sentido que deben destacarse las coincidencias inmediatas, pero abren otros caminos que hacen al estudio de su técnica narrativa, ya que podemos suponer con evidencias que el tema no responde sólo a la imaginación de su creador sino que de alguna manera está en el terreno más cierto de lo acontecido. Por estas razones la nota periodística no puede tenerse en cuenta como un antecedente directo del cuento, pero permite adentrarnos aún más en la estructura de aquél y separar lo ficticio de lo real. Yendo todavía más lejos y suponiendo que ese hecho (un ser humano cuya sangre es consumida por un bicho que lo succiona lentamente, noche a noche, desde su atenta ubicación en un almohadón de plumas) u otro similar, llegó a conocimiento de Quiroga como hace suponer la observación final del cuento, veremos que las modificaciones sustanciales de los protagonistas se mueven, como es lógico, en ámbitos diferentes.

"Más allá" (1935, su decimocuarto y último libro), es también un libro premonitorio. Y volvemos entonces al tema de la premonición, que advertíamos al principio. En estos cuentos predominan la muerte, el misterio, el clima ideal del agonista. Asimismo, en uno de los cuentos más perfectos escritos en lengua española, que es de este libro, y se titula "El hijo", Quiroga trasciende lo trágico por medio del amor; de un amor paternal ejemplar y puro; dramático y desgarrador.

El autor juega con los tiempos cronológicos y psíquicos, pero siempre los reconstruye por el doloroso camino del afecto. Este cuento—en definitiva— es una pieza de antología trascendente y constituye, sin duda, un punto de partida esencial para el "Realismo mágico" que, a partir de la década del 40, invade magistralmente la literatura iberoamericana.

Montevideo, Agosto 1982

ESQUEMA DE LA FILOSOFIA DE HERBART

AURELIO GARCIA

A pesar de que en estos tiempos ya no suena el nombre de HERBART, ni se citan las ideas y conceptos, emitidos por él, en relación con la filosofía, la psicología y la pedagogía, predominantes en el siglo XIX, vale la pena recordar, siquiera someramente, algo acerca de la personalidad múltiple y de sus principios y teorías de orden filosófico, como de sus aplicaciones al campo de la pedagogía y de la educación, cuya influencia fue notable y fecunda a fines del siglo anterior y comienzos del presente siglo. Se puede decir, entonces, que actualmente la figura intelectual de Herbart casi es desconocida en los medios trillados de la filosofía y de la pedagogía.

Rasgos Biográficos y Ambiente Intelectual de la Epoca

JUAN FEDERICO HERBART nació en la ciudad alemana de Oldenburgo, el 4 de mayo de 1776 y falleció el 14 de agosto de 1841 en Gottinga. Fue hijo de un eminente jurista, que ocupó el alto cargo de Consejero de Justicia y de Gobierno de Oldenburgo; su madre, una mujer inteligente y culta, se consagró por entero al cuidado y crianza de su hijo, el mismo que hizo los estudios primarios en su propia casa, con un maestro particular quien pronto advirtió en el niño singulares dotes de inteligencia, seriedad y disciplina. La segunda enseñanza realizó en el Instituto de Humanidades de su ciudad natal, en donde aprendió griego y latín, con mucho esmero, y que posteriormente le sirvió

de mucho en el ejercicio de su docencia. Los estudios superiores los llevó a cabo en la Universidad de Jena, que tanto prestigio tenía por entonces y posteriormente, en razón de que ahí, entre otros rasgos importantes, se había convertido en un brillante centro de actividades culturales. En aquel lugar, Schiller había instalado su "campamento poético", Reinholdt había despertado en la juventud el interés por los estudios de la filosofía kantiana, de tan difícil comprensión; Fichte, por su parte, entusiasmaba a sus discípulos y oyentes con las conferencias filosófico-patrióticas que dictaba, con ardor y profundidad, al mismo tiempo, ya que gozaba de una elocuencia extraordinaria.

Luego de concluidos sus estudios universitarios, Herbart, a los 21 años de edad, entró de maestro privado en la residencia del Barón de Steiger (Gobernador de la ciudad de Berna), en donde llevó a cabo sus primeras experiencias pedagógicas con los tres hijos del noble y distinguido amigo, quien le dió una magnífica acogida y elementos apropiados para el desarrollo de sus actividades magisteriales. En esta oportunidad, Herbart esbozó los principios de su filosofía "realista". Aprovechó también su estadía en Berna para conocer a trabar amistad con uno de los más ilustres pedagogos de la época, PESTALOZZI, cuya nombradía había rebasado los pequeños límites suizos. Herbart se benefició de las experiencias y conocimientos pedagógicos y metodológicos pestalozzianos, tanto que escribió un libro sobre estos asuntos, poniendo de relieve la personalidad de su maestro Pestalozzi. Todo esto ocurrió en la ciudad de Burgdorf en el transcurso del año de 1799. De regreso a Alemania, Herbart siguió un curso de preparación para la carrera profesoral universitaria. Y allí fue cuando el joven estudiante se enfrentó con Fichte, su profesor, en lo tocante a idealismo y manifestó su opinión contraria a todo idealismo, afincándose en el "realismo", de su propio cuño, que ya empezaba a esbozarse.

En 1809 Herbart fue llamado a ocupar la honrosa cátedra de Filosofía en la Universidad Koenigsberg, cátedra ocupada an-

teriormente por KANT. En esta pequeña ciudad del Báltico se había concentrado casi toda la actividad cultural de la Prusia de entonces, mientras dominaba política y militarmente NAPOLEON. Pero anteriormente había desempeñado la cátedra de filosofía en la Universidad de Gottinga. En 1806, entre otras obras importantes, Herbart publicó su "Pedagogía General", que asentada en principios fuertemente realistas, no tuvo a principio buena acogida por parte de los educadores, pero posteriormente, a medida que el "realismo" en filosofía iba abriéndose campo, fue aceptada ampliamente. Mientras Herbart se mantuvo en la antigua cátedra kantiana (1809-1833), fundó un Seminario Pedagógico, con una escuela anexa para la práctica de los alumnos, que vivían en un internado allí mismo. En 1833 regresó a Gottinga para profesar la cátedra de Pedagogía. En 1835 publicó su obra conocida y apreciada posteriormente, "Bosquejo para un curso de Pedagogía". En esta obra resumió lo expuesto científicamente en su primera publicación pedagógica.

El desarrollo intelectual de Herbart fue tranquilo, con espíritu de continuidad y de interés por el conocimiento de la verdad en las ideas y en las cosas. Desde sus estudios juveniles en el Gimnasio se preocupó de cultivar la filosofía de Wolff y de Kant, de un modo especial, tratando de profundizar en las doctrinas filosóficas de estos grandes pensadores y maestros. Herbart se distinguió por ser un pensador austero y sagaz, de trato amable, tranquilo, conservador, de serio amor a la verdad, de conducta digna y elevada, sin claudicaciones, siendo, además, un cristiano evangélico creyente. Fue contemporáneo de las figuras descollantes del "idealismo alemán", aunque su posición ideológica fue "realista", como se dijo antes, y apoyado en las ideas del siglo XVIII y en la filosofía leibniziana, estructuró su propia filosofía con la denominación de REALISMO, sin pasar por alto las ideas eleáticas y platónicas, que le sirvieron de mucho en la elaboración de su pensamiento filosófico. Se dice que "el brillante resplandor de una tarde de otoño descendió sobre su segunda actuación en Gottinga, siendo sus lecciones un centro de atracción para to-

dos los espíritus filosóficos; de otro lado, la noble y generosa sociedad de su casa y familia le granjeó bastantes amistades y admiradores, respetuosos de su gran personalidad".

Entre sus principales obras, se cuentan las siguientes: "Manual de Introducción a la Filosofía", "Puntos principales de Lógica", "Puntos principales de la Metafísica", "Metafísica General", "Manual de Psicología", "Psicología como Ciencia", "Filosofía Práctica General", "Pedagogía General" y "Bosquejo para un Curso de Pedagogía". En esta forma se cierra el ciclo de las actividades intelectuales herbartianas y sus ideas filosóficas, psicológicas y pedagógicas han tenido partidarios y contradictores, especialmente en Alemania. En otros países, el pensamiento herbartiano ha tenido necesidad de intérpretes, dada la circunstancia de su abstracción y de su intelectualismo formalista y puro.

Teoría del conocimiento

Por principio, para Herbart, la filosofía no es otra cosa que la "elaboración de los conceptos" y tiene lugar en el área de un conocimiento primario que es la "experiencia"; por lo que tiene que partir necesariamente de lo "dado", cosa que se nos impone, sea materia o forma; lo dado es tan sólo un "punto de partida" necesario para que los problemas sean "reales"; de esta manera obliga a reflexionar o filosofar para volver comprensible la "experiencia", ya que por sí misma no lo es. Dice Herbart que "hay que pasar de un concepto-problema a un concepto-solución", para lo cual intervienen ciertos medios "contingentes" de considerar las "cosas" (*zufällige Ansichten*), o "res considerandi", debiendo llegar así el método de "integración de los conceptos".

Herbart otorga un valor capital a la "clara distinción de los conceptos y a la determinación de sus relaciones", a diferencia de la estimación que la "intuición intelectual" tenía en Fichte, a la "intuición genial" que Schelling tenía y a la "conversión

de los contrarios", de Hegel. Por lo que, como conclusión, Herbart define la filosofía cabalmente como una "elaboración de los conceptos", como se dijo *up supra*. Este autor señala dos partes principales en la doctrina de la "elaboración de los conceptos": a) la primera parte tiene como misión hacer claros y distintos los conceptos e investigaciones y su reunión en "juicios y racionios"; y b) la segunda parte tiene por objeto resolver las contradicciones que existen entre los "conceptos de la experiencia". En la primera parte interviene la lógica formal, que Herbart trata de conformidad con el modelo kantiano, subrayando su distinción respecto de la psicología. Aquí la lógica busca las normas para la "validez" de los "contenidos de pensamiento" en cambio, la psicología busca las leyes del pensar efectivo. En la segunda parte interviene la metafísica, completando o rectificando los conceptos de la experiencia.

Se nota inmediatamente la posición "realista" del pensamiento herbartiano en la teoría del conocimiento, puesto que, según él, en toda sensación existe para nosotros una "posición absoluta"; de otro lado, manifiesta que "las sensaciones no nos son dadas tampoco como un material desordenado, sino en determinadas formas espaciales y temporales". Y pese a que no podemos captar inmediatamente las "cosas en sí", podemos avanzar hasta ellas partiendo de las sensaciones o "fenómenos", ya que "todo fenómeno o apariencia alude a un ser". Herbart, por tanto, distingue entre lo que "es" y el "ser" mismo o sea, el "ente".

Metafísica.

Herbart manifiesta que "la metafísica empieza por exponer y resolver las contradicciones existentes en conceptos empíricos más importantes": así la "cosa" con sus propiedades y alteraciones; la extensión en el tiempo y el espacio; la causa y el efecto; la materia que debe llenar continuamente el espacio, etc.. Este filósofo encuentra "contradicción" ante todo en el hecho de que

las "cosas" (grupos de sensaciones que nos son dados) tienen muchas propiedades, debiendo ser, por tanto, una cosa y al mismo tiempo muchas cosas. Pero soslaya esta dificultad con la hipótesis de que en el fondo yace una pluralidad de entes reales, cada una de las cuales posee una cualidad absolutamente simple, pero cuya síntesis explica el fenómeno de la cosa **una** con **muchas** propiedades; el fondo de la **realidad** es, por consiguiente, una pluralidad de **reales**. Con tal hipótesis Herbart estructura o compone la idea básica de su metafísica y de ella se sirve también para suprimir las otras contradicciones.

Cuando los "reales", a consecuencia del movimiento rectilíneo y uniforme que se opera en un espacio **inteligible**, llegan simultáneamente al mismo punto, se penetran mutuamente; pero esto no causa perturbación cuando su cualidad es diversa. Lo contrario, pues, no puede existir en el mismo punto, según el principio de "contradicción". Herbart muéstrase también adversario en la metafísica radical del idealismo especulativo al negar toda alteración en la evolución, ya que la propia conservación de los "reales", contra las perturbaciones amenazadoras, constituye el "único suceder real". Ocasionalmente Herbart a los "reales" les asigna el nombre de "mónadas suprasensibles", pero sin concederles un desarrollo espontáneo, como Leibnitz hace con sus "Mónadas". Finalmente, cuando habla de una metafísica "unitaria", en el campo especulativo, él se manifiesta netamente "pluralista".

Filosofía natural.

La filosofía natural y la psicología se asientan decididamente en la metafísica general. Por eso dice Herbart que "el concepto básico de la **filosofía natural** es el concepto de la **materia**, la misma que debe descansar en una coexistencia imperfecta de los **reales**, surgiendo de aquí una aparente atracción y repulsión, y del equilibrio de ambas surge algo que un espectador llamaría **materia**". Pero la adecuada conformación de los organismos superiores sólo se puede explicar mediante una inteligencia divina asevera

Herbart, la cual, sin duda, no es forzoso que haya creado los reales mismos. El "real", para Herbart, es el "ente", como dijimos antes. Y de ahí su intento de retornar al "realismo"; pero la doctrina de los reales se funda en la teoría leibnitziana de las "mónadas" que, según se ha dicho, ya son "entes simples", inmateriales, dotados de percepción y apetito". Y como son "sustancias simples", las mónadas no pueden ser reproducidas, ni corromperse por las fuerzas naturales, sino solamente por la acción creadora de la potencia divina.

Psicología.

La Psicología herbartiana tiene un carácter completamente metafísico; por eso dice que "el alma es un real" y "uno" solo, lo cual se sigue de la "unidad de la consciencia", y como todos los "reales", es eterna y, por tanto, **existente ya** antes del nacimiento e **inmortal**. Los actos de propia conservación son las **representaciones**, de las cuales las más simples se llaman **sensaciones**, y todos los procesos psíquicos consisten en representaciones y sus relaciones. Desde luego, estas representaciones son **pensajas** como algo **permanente**, algo que subsiste después de **desaparecer** de la consciencia. De otro lado, lado, las representaciones homogéneas se funden (dos sensaciones del mismo sonido); las heterogéneas forman una complicación (una sensación de color y una de sonido), y las opuestas se obstaculizan según el grado de su posición (la sensación de rojo y azul), y se empujan total o parcialmente bajo el "umbral" de la consciencia, es decir, en lo "inconsciente", donde persisten como una "tendencia" a la "representación", para ascender nuevamente a la "consciencia, cuando desaparece el obstáculo.

Según la hipótesis herbartiana, la suma de lo que permanece en la consciencia es igual a la representación más intensa; por lo tanto, cuando dos representaciones opuestas son igualmente intensas, ambas permanecen en la consciencia, cada cual

con la mitad de su representación; pero cuando la intensidad es diversa, la suma de obstaculización se reparte entre las distintas representaciones, con proporción inversa a su intensidad; de manera que allí en donde hay tres representaciones, una de ellas puede ser expulsada por completo de la consciencia. A este tenor, Herbart formuló un tratamiento matemático de las representaciones. Así, el cálculo de su equilibrio en reposo, suministraría una "estática" del espíritu, y el de su movimiento, daría lugar a una "dinámica".

En su psicología, Herbart no admite la tradicional teoría de las "facultades" o "aptitudes" del alma, divididas en "memoria", "entendimiento" y "voluntad", sino que la "psiquis" se desenvuelve a través de "representaciones", que llegan a ser "percepciones" y luego "apercepciones". El proceso que sigue la psiquis consiste en que de las "sensaciones" pasa a las "representaciones" y de éstas a las "percepciones", culminando tal proceso en las "apercepciones", que son los grupos combinados de las representaciones nuevas con las antiguas. De ello se desprende la mayor importancia que reviste el estudio que Herbart hace en torno al problema de la "apercepción". Afirma este pensador y psicólogo que "la psicología" debe reducir a "representaciones" todos los procesos psíquicos, aparentemente tan heterogéneos, extendiéndose también tal cosa a los sentimientos, afectos y emociones. Surgen los sentimientos cuando una serie de representaciones son vigorizadas por otras y favorecidas en su curso, o, al contrario obstaculizadas. Así, en el primer caso surge un placer, y en el segundo, surge un dolor.

Es un **apetito** la aspiración de una representación a la consciencia, tras la superación de los obstáculos, y su fluctuación, al hundirse, es la **repulsión**. Y la **volición** es el apetito, unido a la representación de la determinada **asequibilidad** del fin. Surge entonces el carácter en el hombre cuando ciertas masas representativas se han convertido en dominantes en él y determinan su conducta: una acción de esta manera está, sin duda, determi-

nada, pero puede llamarse libre porque **procede** precisamente de nosotros. Herbart, entiende, de otro lado, que el "yo" no es como Fichte pensaba en el sentido de que es el concepto básico de la psicología, sino que es el problema más difícil. Hay que partir del principio de que "la consciencia del niño" no existe todavía, sino que se desarrolla tan solo como un resultado del mecanismo representativo, y su identidad radica en la permanente actividad de los "grupos de representaciones dominantes", que se desenvuelven paulatinamente en nosotros, las que **aperciben** las nuevas y cambiantes impresiones, esto es, las **aprehenden** en determinado sentido.

Por cierto, se trata aquí de la génesis del "yo empírico", o sea, de lo "dado" en la experiencia psicológica. En tanto que el "yo puro" de la doctrina fichteana se halla abstraído de lo empírico. Además, Herbart manifiesta que "el alma está con el cuerpo, que se integra de un gran grupo de **reales**, en una acción recíproca, patente en las impresiones sensibles y en los movimientos voluntarios. De aquí que "el real del alma no necesita estar siempre en un punto, pudiendo concedérsele cierta movilidad en el cerebro". En definitiva, para Herbart, "el yo es uno de los reales", desenvolviendo al tenor de eso toda su psicología, que es, como si dijéramos, su pedagogía intelectualista, ya que la función del alma es "representar". En esta forma, cabe decir que este autor, sin querer, "recae en el idealismo" necesariamente. Por tanto, su realismo no es sino un idealismo disimulado, ya que los estímulos para sus investigaciones psicológicas las debió en buena parte a Fichte; y la solución pretendió encontrarla en un mecanismo de las representaciones, de un modo parecido a lo hecho por Leibnitz con sus mónadas.

Ética y Estética.

En esta área del conocimiento, Herbart enlaza a la ética con la estética, al estudiar los fundamentos de la filosofía moral, pensando en que se hallan juntas estas disciplinas, con la lógica y

la metafísica, a la filosofía; por lo que este autor trata de los "valores" en general, no meramente de los artísticos, sino también de los morales, etc. Pues bien, en la metafísica se trata del conocimiento del ser y del suceder, como en la ciencia natural y en la psicología. En la estética, en cambio, trata de la valoración de las relaciones, pudiendo prescindirse de la génesis de las mismas. La fuente de todas las apreciaciones de valor se constituye por ciertas "vivencias de agrado y desagrado", a las cuales corresponde una "evidencia originaria". Y las relaciones de voluntad forman el objeto de los juicios morales de valor. A esto añade Herbart un esquema de cinco formas fundamentales de relaciones de la voluntad: 1) la de la concordancia entre la voluntad y el juicio pronunciado sobre ella; 2) la volición intensa agrada más que la débil (idea de la perfección); 3) en la relación de dos voluntades agrada aquella que tiende desinteresadamente a apoyar a la otra en la consecución de su fin (la idea de la benevolencia); 4) la lucha de las voluntades desagrada (aunque se admire la fuerza y el valor de los contendientes); de este desagrado surge la idea del derecho, cuya misión es evitar la lucha; y 5) la idea de la remuneración o equidad procede del beneficio o de lo que causa perjuicio o mal.

La dirección de la voluntad puede ser dada por la reunión de las indicadas relaciones. Si las cinco ideas morales primitivas representan las bases de la ética individual, las derivadas de ellas representan las de la ética social. El Estado, a su vez, debe representar el contenido de todas estas relaciones: sociedad jurídica, sistema compensativo, sistema administrativo y sociedad animada. El Estado no debe entonces ser solamente "Estado de Derecho", sino mucho más. La ética herbartiana, pues, es interpretada como una "doctrina del gusto o ciencia de la sensibilidad estimativa": el bien es aquello que nos induce a la **aprobación**, y el mal a la **desaprobación**. Con estas ideas Herbart se adelanta por lo menos un siglo a la consideración de los "valores", que tanta influencia ha llegado a tener en la filosofía y en la vida contemporáneas.

Como veremos después, para Herbart la psicología proporciona los medios de la educación, y la ética o filosofía práctica determina su finalidad u objetivo. De otro lado, este autor mira como un mérito notable ante el mundo la prescindencia que hace Kant de la teoría de la felicidad y la fundamentación de la moralidad en la buena voluntad. Por eso los principios éticos herbartianos se asemejan notablemente a los principios que rigen e informan la ética kantiana, aunque estima que el "imperativo categórico" es algo vacío y que hay necesidad de llenarlo con las ideas éticas que sirven tanto para la vida moral individual como para la vida moral social. En las consideraciones éticas y estéticas, Herbart sigue las huellas de Platón y Schiller. Con referencia a las cinco formas de relaciones de la voluntad, anteriormente dichas, Herbart dice que "los hombres solo se pueden aproximar al ideal de estas exigencias, ya que solamente en Dios son realizadas plenamente". Así la santidad, la grandeza, la bondad, la justicia, etc. se encuentran en la Divinidad, en plenitud de significado y de acción valorativos.

Religión.

En opinión de Herbart, la religión se halla íntimamente relacionada con el orden moral y entiende que "el hombre saca de ella la esperanza de que la aspiración moral tendrá éxito". No obstante la consideración de que la **naturaleza**, con su finalidad, conduce a Dios, la consciencia religiosa, que define Dios mediante predicados éticos, como santidad, amor, justicia, etc., es lo **esencial**. Así dice: "la religión consuela al doliente, mostrándose una providencia que rige siempre, y que, a pesar de todos los pecados, conduce al bien; orienta al extraviado llenando su corazón con el alto ideal de la virtud; confunde al pecador, oponiendo al egoísmo concupiscente, el sacrificio, y poniendo al amor frente al odio destructor".

Herbart no cree que sea misión de la filosofía aportar pruebas en pro de la existencia de Dios o el reconstruir especula-

tivamente la doctrina de la Iglesia. "Tampoco hay para él un saber relativo a los objetos y asuntos de la fe religiosa; los ensayos de especulación metafísica no conducen a resultados seguros y válidos para que se pueda crear "una convicción práctica", de manera que sea capaz de formar una base firme para la "dirección de nuestra vida". Por último, Herbart expresa que "la fe religiosa tampoco necesita pruebas". Pues bien, la idea de Dios tiene su validez en sí misma, en su interna belleza y en su valor práctico; con todo, encuentra cierto apoyo en la consideración estético-teológica de la Naturaleza. Y una vez que Herbart entiende que la armonía y teleología, en la ordenación y disposición de los seres particulares, requiere que el mundo tenga su origen en Dios, obviamente cabe comprender que "defiende el teísmo frente al panteísmo idealista. Las ideas dichas ya de santidad, sabiduría, justicia, etc., que solamente poseen valor práctico, no pueden conocerse por la razón, sino únicamente por el camino de la "fe".

Pedagogía y Educación

En donde Herbart se manifiesta de cuerpo entero, desde el punto de vista teórico y práctico, con su filosofía y psicología realistas, con amplia y profunda influencia, es en el extenso campo de la pedagogía y de la educación. En primer lugar, este pedagogo alemán presenta el primer intento de reducir a sistema científico toda la variada y compleja cantidad de elementos relacionados con el fenómeno pedagógico y con la realidad educativa. Hasta antes de él no se podía hablar francamente de "ciencia pedagógica" en el verdadero sentido de la palabra. Muchos teorizadores de la pedagogía habían intentado hacerlo, pero no habían alcanzado a elaborar o estructurar tal ciencia. A este respecto, ORTEGA Y GASSET apunta lo siguiente: "Por encima de toda duda está que nadie antes que Herbart consigue llevar el caos de los problemas pedagógicos a una estructura sobria, amplia y precisa de doctrinas, rigurosamente científicas; nadie antes que Herbart toma sobre sí completamente en serio la faena de construir una ciencia de la educación".

Para Herbart, como luego veremos, la pedagogía como ciencia se basa en la ética o filosofía práctica y en la psicología; aquella enseña el fin de la educación, que consiste en la formación moral o en la configuración del carácter del niño; y ésta da a conocer los medios, elementos, facilidades y dificultades en el proceso de la educación. En tal sentido, Herbart afirma que "la pedagogía ha de responder a la cuestión relacionada con la actividad humana que propende a acercar a la juventud al ideal moral, ya que la finalidad esencial de la ética es el **carácter moral**; por tanto, la enseñanza debe servir a este fin, debiendo ser una enseñanza educativa. Entonces la "pluralidad del interés" a que ella aspira debe estar al servicio de la voluntad moral, tomando de la psicología los medios más adecuados para la consecución de sus fines educativos. Como auténtico pedagogo, Herbart ha aprovechado mucho más su conocimiento práctico de la "vida psíquica infantil" que su psicología científica, siendo ésta una disciplina metafísica y constructiva, pero difícil de ser comprendida y aplicada a la educación, sobre todo, cuando se carece de los medios e instrumentos adecuados.

Herbart logró conseguir una enorme y justificada autoridad en el área de la educación, indicando que en ella hay que mostrar "el fin de los medios de la educación". Habló de la existencia de dos fines fundamentales: 1) el fin moral o ético, necesario a todo ser humano, hasta llegar a la "virtud", para lo cual debe servir la formación de la voluntad y del carácter, y 2) adquirir la aptitud para ejercer una profesión, que debe ser de libre elección. Pero para conseguir estos fines, conviene emplear medios aptos, esto es, deben unir y combinarse la **educación y la instrucción**, puesto que no se da la educación sin instrucción, ni, viceversa, instrucción sin educación. Desde luego, la instrucción requiere autoridad y disciplina, debiendo ser la instrucción clara, asociada, sistemática y metódica.

Herbart estima que el educador debe hacer uso de tres grandes medios o elementos: la instrucción (*der Unterricht*), la cultura moral (*die Zucht*) y el gobierno de los niños (*die Regierung der*

Kinder). El esquema de la instrucción debe pasar por cuatro fases: 1) debe mostrar las cosas (intuición); 2) unir las cosas asuntos (trabazón); 3) desarrollar la materia de enseñanza o de clase (exposición razonada e ilustrada), y 4) formular consideraciones filosóficas o de otra índole para sacar conclusiones apropiadas (resúmenes). De conformidad con estos llamados "pasos formales" de la clase el profesor tiene que esmerarse en presentar bien el asunto y con toda la claridad y precisión, a fin de facilitar el estudio y comprensión de los alumnos.

Con el propósito de que los alumnos sigan con interés y agrado las clases, hay que poner de manifiesto la "instuición" (*anschaulic*), la que debe ser continua y coherente, debe elevar el espíritu, debe estar estrechamente unida a la realidad de las cosas y de la vida práctica. En lo concerniente a la metodología de la enseñanza propiamente dicha, Herbart distingue el método expositivo, el analítico y el sentético. La pedagogía herbartiana, que por largo tiempo disfrutó de gran prestigio en Alemania y Australia, y posteriormente en otros países europeos, tanto en la teoría como en la práctica, contiene bastante de útil y de verdadero, aunque sobreestime los medios externos de coacción, de amenaza y de vigilancia, subestimando, a la vez, la importancia de la autoridad y del amor al educando; no da importancia a "la actividad espontánea y propia del discípulo". De otro lado, su sistema pedagógico es demasiado "individualista", sin preocuparse de los problemas y condiciones de tipo social; además, hace predominar, con cierta tiranía, el aspecto intelectualista en la educación y descuida notoriamente la parte afectiva o emocional del alumnado. Por este lado, falla la metodología herbartiana y ha sido objeto de crítica constantes por parte de otros pedagogos y educadores.

Pablo Nattorp, filósofo y pedagogo alemán, completó el sistema herbartiano con consideraciones de tipo social. De todas maneras, Herbart, en su calidad de filósofo, psicólogo y pedagogo, logró elevar a la pedagogía a un rango científico y sistemático partiendo de ciertos principios generales, de los cuales se extraen, por

vía de deducción, las aplicaciones particulares. Herbart encuentra en la moralidad el propio fin de la educación, ya que aquello conduce a la formación del hombre de carácter firme y perseverante. Además, estima que la educación, o mejor, la instrucción, tiene como objetivo primordial construir externamente y por medio de adecuados estímulos la personalidad del niño. El papel del educador —dice Herbart— será entonces edificar el espíritu infantil, construirle una experiencia determinada y claramente intuida, sin actuar como si el educando tuviese ya experiencia, sino cuidar de que llegue a tener experiencia”.

El “interés” o “conjunto de intereses” constituye uno de los conceptos fundamentales de la pedagogía herbartiana. Los intereses (tomados en su pluralidad) evoca las ideas antiguas, llama a las nuevas y dirige el dinamismo del espíritu; por tanto, la educación debe fomentar los intereses, para lo cual hay dos formas o fuentes fundamentales: a) la experiencia de las cosas naturales, y b) la relación constante con los seres humanos, porque ambas nos llevan a conocer las cosas y a amar a los hombres. Herbart es partidario de espíritus amplios, de perspectivas abiertas, capaces de mirar en todas direcciones y de vibrar con todas las realidades. La multiplicidad de los intereses propende a saber ocuparse de las cosas más diversas, convirtiéndose en la salvaguardia de una formación armónica e integral; por ello, no debe haber ni estimular la existencia de mentalidades parciales o exclusivistas. En esta forma hay que tender a la armonía y al equilibrio en la formación del educando. Con lo que se procede a configurar una humanidad virtuosa y llena de valores estéticos, tendientes, por cierto, a la formación de una sociedad buena y responsable.

No obstante encontrar en el sistema herbartiano algunos puntos positivos, se observa que no da importancia a la necesidad de poner en relación a la educación con la vida, prescindiendo del sabio aforismo que dice: “no aprender para la escuela sino para la vida”. Para Herbart no existe la preocupación de inducir al educando hacia las cosas que constituyen los elementos vitales o exis-

tenciales. Y más bien indica que "no se debe exaltar la escuela a costa de la vida; el alumno debe llegar a ser hombre, y al hombre le hace la vida, precisamente en tanto que se opone a la escuela". Esta posición en la enseñanza hace que Herbart manifieste un aspecto de negatividad en la eficiencia de su pedagogía. De otro lado, Herbart, pese a la concepción "individualista" de la educación, admite la intervención del Estado en la misma, aunque no el monopolio que quisiera tomar para sí porque aquello desvirtuaría el principio de "autonomía" que necesariamente debe reconocer el poder público a la función educativa. De todas maneras, en este aspecto se presenta una relación de dependencia recíproca entre el Estado y la educación.

Entre los puntos que revisten importancia en el sistema pedagógico herbartiano, se nota la preocupación por el equilibrio que debe tener siempre la función educativa, haciendo hincapié en la teoría y en la práctica, como vertientes de formación de la mentalidad del educando. De ahí que Herbart ha considerado que en los programas deben constar materias científicas y humanísticas, puesto que ambas ramas confluyen hacia la formación de la personalidad del niño o del estudiante. De una manera especial, la educación herbartiana ha tendido al cultivo de las matemáticas, en razón de que su estudio y su sistema de "cálculo mental" ha favorecido siempre al rigor y precisión del pensamiento. Por eso se ha dicho que la pedagogía herbartiana ha sido predominantemente "intelectualista" e "individualista". Como quiera que sea, la corriente científicista promovida por Herbart en la pedagogía le ha elevado a un plano de consideración y de respeto por sus ideas y sus labores.

Herbart y los Herbartianos.

Considerado Herbart como el padre de la pedagogía científica en lo moderno, como consecuencia lógica ha despertado muchas vocaciones y ha tenido la suerte de encontrar bastantes seguidores y completadores de sus doctrinas y de su obra, largamente estructurada y levantada a gran altura. Entre sus prestigiosos y leales disci-

pulos, se puede citar, por ejemplo, a Tuiskon Ziller, a Karl Stoy, a Wilhelm Rein, a Otto Frick, a Ernst von Sallwürk y a Otto Willmann, quienes, formando una especie de "escuela herbartiana", han dado cursos sobre temas pedagógicos, han publicado obras pertinentes de importancia, han organizado seminarios pedagógicos e institutos de educación, han sido profesores universitarios, etc., y han propendido a formar profesionales en educación. Cier- to que no todos han comulgado, en forma ortodoxa, con sus severas ideas y advertencias y, al contrario, han interpretado, subjetivamente, las ideas del maestro, con la individualidad que ha caracterizado a cada uno de ellos, pero no es menos cierto que todos ellos han llevado por diferentes lugares y países tales ideas y doctrinas (sistemas y metodologías).

En Norteamérica también hubo varios propagadores de las ideas y sistemas herbartianos, formando, inclusive, ciertas sociedades de tipo herbartiano, que dieron buenos resultados. Varios educadores estadounidenses que hicieron estudios en Alemania tuvieron una magnífica impresión de las corrientes herbartianas, prevalecientes entonces, y a su regreso introdujeron en sus programas las ideas y conceptos de tal carácter. Entre los que fueron a Alemania, hay que citar a Charles Mc-Murray y a Charles de Gammo, que consideraban a Herbart como un nuevo Aristóteles. En 1892 se fundó la "National Herbartian Society", que posteriormente se cambió esta denominación por la de "National Society for the Scientific Study of Education".

En nuestro país se llegó a conocer las ideas, sistemas y metodologías herbartianos a través de las dos misiones pedagógicas alemanas, que vinieron contratadas oficialmente: la primera de 1914 al 18, y la segunda de 1922 al 26. Estas misiones actuaron en los Institutos Normales "Juan Montalvo" y "Manuela Cañizares", de Quito, introduciendo reformas y novedades en los sistemas pedagógicos existentes anteriormente aquí. Los profesores y profesoras que se graduaron en estos Institutos llevaron un buen bagaje de conocimientos y experiencias, adquiridos con sumo interés, a las

escuelas de diferentes lugares de la República, imprimiendo nuevas formas y modalidades a la enseñanza primaria que tradicionalmente se impartía aquí. Por el lapso de varios años la instrucción y la educación nacionales marcharon bajo la influencia perseverante de la pedagogía y metodología herbartianas. A este respecto, cabe señalar la obra personal y científica realizada por uno de los más distinguidos profesores de la misión pedagógica germana, Walter Himmelmann, Director de la Escuela Anexa al Normal de Varones, quien puso en planta allí los amplios conocimientos relacionados con el sistema pedagógico y metodológico de cuño herbartiano. Su obra fue realmente positiva y duradera. Posteriormente, y merced al conocimiento y estudio de nuevos sistemas educativos como los de Dewey, Decroly, Coussinet, Ferriere, Kerschensteiner, Kilpatrick, etc., con sus valiosos aportes sobre las corrientes sobre "escuela nueva", "escuela activa", "escuela del trabajo", "escuela de la vida", etc., el herbartismo comenzó a batirse en retirada y luego a eclipsarse, ya que las nuevas tendencias indicadas comenzaron a imponerse en las escuelas. Cosa que ocurrió también en otros lugares del mundo.

En resumen, se puede concluir diciendo que la pedagogía herbartiana ejerció en el curso del siglo XIX una muy notable influencia, primeramente, sobre las escuelas alemanas y, posteriormente, sobre las instituciones escolares y universitarias de la Europa Central. Pero toda esta influencia se la debió especialmente gracias a la colaboración de los integrantes de la denominada "escuela herbartiana". Desde luego, como se dijo al principio de este estudio, la influencia pedagógica herbartiana se prolongó hasta las primeras décadas del siglo XX. Y con respecto a la personalidad misma de Herbert, conviene dejar bien sentado el criterio acerca del firme valor y la fecundidad que ha representado la reciedumbre de dicha personalidad. Además, conviene asentir a lo manifestado por el escritor y educador francés COMPAYRE: "HERBART es un verdadero pedagogo... Si se ha podido decir de él que era el padre de la psicología moderna, no merece menos ser considerado como el promotor de la pedagogía científica, fundada en la psicología."

PASADO Y FUTURO DEL PANAMERICANISMO

JAIME BARRERA B.

La idea panamericanista, que quiso aglutinar las partes del continente y formar con ellas un todo compacto, fuerte y armonioso, no tuvo en el pasado, a pesar de su innegable excelencia de significado, una acogida cordial y unánime. Escritor hubo que definió el "hispanoamericanismo" como un sedimento del colonialismo pretérito en que América dependió de España, el "panamericanismo" como una manifestación imperialista de Estados Unidos, y se acogió sin reservas al término "indoamericanismo" que no conseguía, ni consigue, definir todo lo que intenta abarcar dentro del término.

El panamericanismo, al principio, fue mirado, efectivamente, como un instrumento de dominación manejado arbitrariamente por los Estados Unidos. Se quiso ver en él la llave maestra que conseguiría abrir fácilmente todas las puertas para que penetrara y se estableciera el hombre del Norte. Era la época en que se hablaba de "diplomacia del dólar" y en que el "big stick" de Teodoro Roosevelt volteaba por los aires, hábilmente manejado por una mano vigorosa. Las repúblicas americanas vivían bajo la perpetua zozobra que causaba un vecino tan lleno de vitalidad y tan deportivamente expansivo. Y en esas condiciones, la palabra americanismo sugería al pensamiento y a la imaginación todo menos convivencia internacional pacífica.

El Presidente F. D. Roosevelt, a quien el destino iba a colocar frente a la más espantosa crisis del mundo, tuvo el acierto de enmarcar su política exterior americana dentro de los lineamientos trazados por el derecho y por las concepciones más puramente humanas de la civilización. Y lanzó a los cuatro vientos, como una consigna y una bandera, su doctrina del "buen vecino", que sin mayores definiciones ni explicaciones -porque se definía a sí misma- indicaba en todo el continente una voluntad de vivir juntos, cooperar al bien común y respetar las soberanías de todos, exactamente como en la vida particular ocurre con los buenos vecinos de una calle. Aislados y temerosos, viven mal. Juntos y comprensivos, cooperan al bienestar y progreso de todos.

Fue preciso que llegara con toda su secuela de horrores y destrucciones, la actual guerra mundial, para que aquellas palabras de "buen vecino" que querían ser una doctrina de vida internacional, cobraran un significado estricto, de cosa real y viviente y, sobre todo, de existencia imprescindible.

América, al sentir el latigazo de fuego que castigó a otros continentes, comprendió el peligro en que se hallaba. Y se apresuró a estructurar lo más cerradamente posible, su unidad, su posible y nunca estudiada homogeneidad. América se estrechó dentro de sí misma. Los hombros de los unos se unieron a los hombros de los otros, y formando así una muralla de humana fortaleza, se aprestó a resistir peligros y a rechazar agresores.

El Norte regresó a ver al Sur. Y el Sur volvió los ojos para ver al Norte. Y se encontraron juntos, cercanos, útiles mutuamente, con los mismos intereses dentro de la catástrofe y con la misma voluntad de resistir en todos los hombres. Y entonces recordaron que había una palabra, semiabandonada en los archivos, que resumía y definía exactamente la situación: panamericanismo.

El panamericanismo es, hoy, no el instrumento amenazador en manos del fuerte, ni el motivo de recelo sombrío y hostil en el pensamiento de los débiles. Es el lazo de amistad común, es la camaradería jubilosamente encontrada, es la existencia descubierta del

vecino efectivamente bueno y necesario. El panamericanismo es, además, una especie de coraza que viste al continente. Una especie de cota de malla, fabricada con muchos anillos y eslabones, que sirve para defender el patrimonio común y que servirá para mellar el arma enemiga y aplastar su empuje.

La América del Sur ve hoy en la fortaleza de los Estados Unidos su mejor garantía de seguridad. La América del Norte ve en los países del Sur una gran reserva de elementos útiles para pelear y ganar la guerra. Y ambos abren sus brazos, para estrecharse en un abrazo que tiene toda la alegría de un descubrimiento.

A la face actual, debe seguir una depuración del concepto panamericanista. En que signifique, ya no solamente una cooperación impuesta por los fines de guerra, con aplicación y eficacia inmediata, sino también una cooperación, material y espiritual, para los fines de la vida misma. Una norma continental de derecho, que sea producto de humanidad y para la humanidad. Una interdependencia imperturbable, que presente al mundo entero el mejor ejemplo de lo que los hombres pueden hacer cuando quieren, realmente, vivir en armonía.

El panamericanismo teórico está encerrado dentro de las máximas de derecho aprobadas en repetidas ocasiones en conferencias continentales. Llevar a la práctica esas máximas, hacerlas vivir realmente, hacer con ella un cuerpo vigoroso y actual de leyes internacionales, deberá ser la misión de América para conseguir el futuro venturoso de la idea panamericanista.

Y en resumidas cuentas, la paz que debe seguir a esta guerra, tiene que mirar largo tiempo al panamericanismo, para aprender de él, si quiere ser cierta y duradera. El panamericanismo debe ser el más alto ejemplo para los hombres del futuro. Y por eso, es necesario que apenas termine esta guerra, los hombres de todo el hemisferio trabajen para hacer de él el blasón más puro de América. En el futuro del panamericanismo se decidirá la suerte de América.

EL HEMISFERIO OCCIDENTAL

ALFREDO MARTINEZ.

Para los Niños de América

AMERICA DEL NORTE

*América del Norte
parece una panoplia
de hierro, bronce y oro,
amarrada en el Polo
con las cintas telúricas
de Alaska y Groenlandia.*

*En ella resplandecen,
cual centellas estáticas,
las espadas perínclitas
de Hidalgo y de Morelos,
de Mackensie y de Wáshington...
las flechas y las hachas,
las foragidas lanzas
de inmortales aztecas,
de agónicos piel rojas...*

*Las brasas inmortales
de Juárez y de Lincoln
atizan con sus manos*

*el crisol democrático...
La gran anfictionía
del alma americana
se vislumbra en la torre
inmensa del Ideal.*

AMERICA CENTRAL

*Engarzada en aguas
del Caribe y del
Atlántico y Pacífico,
fulguran once piedras
preciosas, sempiternas:
Guatemala y Honduras,
Salvador, Nicaragua
Panamá, Costa Rica,
Cuba, Dominicana
y el diamante de Haití...*

*Jamaica y Puerto Rico
ya taladran las rocas
turbias de la servidumbre
para que nazca el iris
de la liberación.*

*¡Oh América del Centro,
constelación de espíritus
rutilantes, bravíos!
Cuando pasa la sombra
egregia de Martí,
la noche tiene el vértigo
de promisoras albas.*

AMERICA DEL SUR

*Vista desde la altura
la América del Sur
es un gran corazón
en el pecho del Mundo.
Corazón de diez llamas
que se atraen y juntan
para forjar el alma
de la fraternidad.*

*Venezuela y Colombia,
Brasil, Chile y Bolivia,
Uruguay, Paraguay,
Ecuador, Argentina
y el Perú que nos debe
tierras de Amazonía,*

*crean con sus banderas
horizontes más diáfanos
cuando pasa la pléyade
más ilustre del Orbe
en comunión de afectos:
Bolívar y Sarmiento,
Darío y San Martín,
Rodó, Bello y Espejo,
otros mil capitanes,
maestros, pensadores
y el Quijote Don Juan.*

*Guayanas y otros feudos
de Europa, ya pueden
recibir en sus ojos
la vendimia del sol
y gritar con el trueno
¡Libertad! ¡Libertad!*

*Ciudadanos: América
del Norte, Centro y Sur,
nos dice el corazón
que serán el refugio
del Hombre y de la Luz.
Por tan noble destino
bendigamos a Dios!*

¡YO TE SALUDO AMÉRICA!

*¡Yo te saludo América!
América del Norte, América Central,
América del Sur!
El caudal de mi sangre
forjado en el relámpago,
en crisoles de roca,
sube hasta mi lengua
para gritar al Orbe:
¡Yo te saludo América!*

*La llama de mi espíritu
de pie sobre mi testa
llena de pensamientos,
enciende los meteoros
de fúlgidas palabras:
¡Yo te saludo América!*

*El bastión de mi cuerpo,
picacho de Los Andes,
atalaya de cóndores,
esqueleto de calcio,
alza sus brazos tensos
para rasgar el aire
y regar por el Mundo
mi voz áspera y cálida:
¡Yo te saludo América!
América del Norte, América Central,
América del Sur!*

JOSE ENRIQUE GUERRERO, EL PINTOR DE QUITO.

ALBA LUZ MORA.

José Enrique Guerrero es una figura señera del arte pictórico ecuatoriano. Su vasta obra, catalogada en la corriente post-impresionista, se destaca especialmente por las series relacionadas con Quito, ciudad que ha dejado plasmada en vistas y paisajes de sobria belleza y exquisita combinación cromática, peculiaridad que al periodista y escritor Alejandro Carrión Aguirre hizo llamarlo "el pintor de Quito".

Desde su niñez José Enrique Guerrero reveló extraordinarias dotes para el dibujo y la pintura. En la época escolar solía ganar dinero haciendo dibujos para sus compañeros de aula. Los primeros estudios realizó en la escuela de Bellas Artes de Quito. El pintor recuerda a don Reinaldo Crespo Ordoñez como la persona que más estimuló y alentó su carrera artística. Obtuvo el título de Profesor de segunda enseñanza en 1947. Del grupo de veinte compañeros que fueron, Guerrero ha sido el único que siguió pintando y continuó figurando dentro del movimiento plástico nacional.

En 1928 viajó a París, a la Academia Julián, donde completó su formación. Después, en Nueva York, ingresó en la "National Academy of the Design" y posteriormente optó por los cursos de verano en la localidad de Dambers, estado de Massachusetts y por un seminario sobre la Organización de Museos en Los Angeles. El pintor Guerrero ha ejercido la docencia en diversos planteles de Qui-

to, entre los que está el Colegio "Mejía", donde ha trabajado durante veinte y cinco años en las cátedras de Dibujo y Apreciación del Arte.

Sus cuadros fueron inicialmente inspirados en la naturaleza, en el ambiente que lo rodeaba. Luego, inconforme con aquellos artistas que habían intentado representar a nuestra capital "en cuadros demasiados pintorescos y dulces" -según su expresión-, tomó la iniciativa de adoptar como tema básico la ciudad de Quito. Para José Enrique Guerrero los ambientes, edificaciones y rincones de la capital son dramáticos, por excelencia, acordes con la accidentada geografía en que se asienta la urbe. Las dos primeras obras tituló "Quito Horizontal" y "Quito Vertical", datan de 1945. La primera recoge el contorno físico de la ciudad y la segunda la idiosincracia de sus gentes: mística, tradicionales, legendarias. Ambos cuadros están en esta Casa de la Cultura.

En 1946 pintó toda una serie de rincones, plazoletas, barrios pobres, lugares tradicionales de Quito, que lo hicieron merecedor al Premio Nacional de Pintura. Después, continuó con el mismo intento y lo amplió hacia expresiones folklóricas y ambientes costeños, como la provincia de Esmeraldas y la localidad de Santo Domingo de los Colorados.

Son innumerables las exposiciones en que ha participado el pintor en las que ha obtenido importantes galardones. Entre ellos, las preseas de los salones "Mariano Aguilera, de los años 1932, 1937 y 1956. El primer premio en "El Salón de Mayo" de 1940. En premio nacional a la Crítica, en la Primera Bienal Hispanoamericana en Madrid, en 1952. El primer galardón en "El Salón de Octubre" de 1959. Además, intervino como artista invitado en el Tercer Salón de Arte Nacional y en 1978 presentó una exhibición retrospectiva de sus cuarenta años de pintura.

Para el artista "con la serie de nuevas tendencias y escuelas que se han desarrollado en el mundo, las nuevas generaciones han tenido la oportunidad de trabajar y realizar toda una producción ilimitada que, mirada en conjunto, no es buena sino regular. Los pintores de hoy-dice-se confían mucho en el casualismo del experimento,

en lo insólito, que algunas veces tiene como corolario creaciones interesantes, que si no provienen de una corriente sólida y consolidada, tienden a desaparecer. No así los movimientos anteriores, como el impresionismo, el cubismo, que echaron raíces para una proyección futura". Para Guerrero, "en pintura, la línea es la palabra y el color, la frase". "Se puede ir del color a la línea, porque las formas quedan después definidas, como el lenguaje".

En 1979, durante el Pregón de las Fiestas de Quito, el Ilustre Municipio quiteño rindió homenaje a los ciudadanos que se habían destacado por servir a la capital en diversos campos del quehacer humano, por interpretarla con fidelidad y permanencia. Uno de ellos fue el pintor Guerrero. Hoy, el realizar este significativo homenaje a Quito, el Grupo América ha querido honrarse con la incorporación de José Enrique Guerrero a sus filas. Le damos la bienvenida y nos es muy grato que este acto tenga lugar precisamente cuando Quito celebra alborozada los 450 años de su nacimiento.

EL GRUPO AMERICA RINDE HOMENAJE A QUITO Y RECIBE DOS NUEVOS SOCIOS

EMILIO UZCATEGUI

Complacido acepta el Grupo América la amable invitación que se le ha hecho a participar en la conmemoración de los cuatro siglos y medio de la fundación española de la ciudad de Quito. Para cumplir este honroso encargo el Grupo ha designado a uno de sus más prestantes miembros el doctor Gustavo Alfredo Jácome quien satisfará a cabalidad su cometido.

Ya en otra ocasión, también un no notado consocio, el doctor Ricardo Descalzi, ha puntualizado las rectificaciones históricas que es menester efectuar con respecto a esta efemérides y otras erróneas aseveraciones de importancia cultural en el origen y desarrollo de nuestra comunidad.

Séanos permitido, en esta oportunidad, tan sólo mencionar ciertos reparos que en torno a esta misma temática hay que hacer en cuestiones biológicas y sociales. Los avances científicos que hemos logrado no autorizan para seguir hablando de sangres azules, de limpieza de sangre, de fiesta de la raza, de inferioridad del mestizaje, etc. No es la sangre la causante ni la portadora de los caracteres hereditarios, pues son los genes los que desempeñan esta función. No hay pureza racial, ni inferioridades ni superioridades étnicas. Los mestizos ni los híbridos no degeneran, puesto que el intercambio de cualidades de la anfigenesis antes bien contribuye a mejoramientos hereditarios en los vástagos. El mestizaje no determina el atraso de los pueblos. Nuestra América rechaza estos estigmas con los que se ha pretendido herirla y subyugarla.

La circunstancia de ser meros presentadores del acto no nos faculta para ahondar en estas tesis que merecen estudio y preocupación. En cambio, si hallamos propicio el acto para que nuestra Institución reciba en su seno a dos valores de la cultura ecuatoriana, como son la poetisa Teresa León de Noboa y el artista José Enrique Guerrero

Desde los momentos mismos de su fundación, cuya antigüedad gravita ya en el campo de la cultura, el Grupo América quiso y supo hacer justicia a la mujer, como nunca se la había hecho antes en academias y sociedades. La presencia de Hipatia Cárdenas en el Grupo constituye el inicio de la valoración equitativa y real del sexo femenino en las sociedades doctas.

Más recientemente un feminismo de buena ley ha logrado el enriquecimiento personal del Grupo con el ingreso de Piedad Larrea, Violeta Coppo, Estela Parral, Fabiola Solís, Alicia Yáñez, Alba Luz Mora, Martha Lizarzaburu, Laura Arcos...

Al dar, en nombre de la institución que represento, la enhorabuena a la recipiendaria de este día señora Teresa León de Noboa, no puedo menos que recordar a aquella otra maestra y poetisa que laboraba en la literatura y la enseñanza casi ignorada en un rincón provinciano de Chile y a quien supo enaltecer el ilustre mexicano José Vasconcellos, abriéndole las puertas para el reconocimiento universal. Acá en una casi escondida provincia de nuestra serranía cultivaba sin estrépito su cortijo literario otra maestra de verdad.

El Grupo América brindó las páginas de su semicentenario revista a "El Signo del Hombre", poema vigoroso, moderno canto al hombre y casi concomitantemente el Club Femenino de Cultura le otorga el primer premio Gabriela Mistral en su concurso con que glorifica anualmente a la excelsa maestra y literata chilena. Esperamos que el merecido acceso a la Dirección de la Cultura Nacional le traiga también la difusión de su obra literaria que ya ha comenzado a esparcirse con aplauso.

El Grupo América con una axiología omnicompreensiva de la cultura aprecia por igual a todos sus cultores. No hace distinciones ni

menos exclusivismos de la literatura, la ciencia, la filosofía, las artes. Por igual estima y acoge en su seno a todos los espíritus creadores que se destacan en su faena productiva. No extrañe, pues, que haya invitado a que forme parte de los suyos al gran maestro de la pintura ecuatoriana José Enrique Guerrero, al insigne pintor de Quito en sus diferentes rostros, a quien también le ofrecemos la más cordial bienvenida.

Inalcanzable el propósito de expresar en palabras lo que nos dice y hace sentir la pintura de Guerrero. El pintor deja de hablar para exponer sus pensamientos y sus emociones sirviéndose del pincel y otros instrumentos gráficos, lo que a su vez conlleva al enmudecimiento de quienes observan sus creaciones. La palabra es incapaz de sustituir la imagen pictórica. Únicamente puede complementarla. Lienzos, como los de Guerrero, henchidos de ideas, son para verlos, mirarlos y admirarlos. Por esto, mejor que cualquier discurso será que contemplamos con nuestras propias retinas las exquisiteces del arte del pintor de Quito. Consecuentemente invito y exhorto al gran artista, compañero de labores desde hoy, a realizar una exposición retrospectiva de su obra con los auspicios de nuestra institución que ya es también la suya.

Incompleta sería esta parca intervención si no incluyera en ella la cálida felicitación, que se la damos con placer, al consocio Carlos Manuel Arízaga por el triunfo de que nos da cuenta la prensa de esta mañana alcanzado con su novela aún inédita.

NOTA: Palabras del Presidente del Grupo América doctor Emilio Uzcátegui al recibir en el Grupo a la señora Teresa León de Noboa y al señor Enrique Guerrero.

PRESENTACION DE OBRAS DE F. BARRIGA LOPEZ

Prof. Boanerges Mideros

Maestro Rafael Alberti, pone en boca de su personaje poético, Juan Panadero, lo siguiente:

En lo que vengo a decir
de diez palabras, a veces,
sobran más de la mitad.
Hago mis economías
Canto con pocas palabras
y algunas están demás.

Pensando en estas coplas, creo, hay situaciones en las que por causa de íntimos razonamientos, uno se abstrae en lo posible, de hacer uso público de la palabra.

Sin embargo, existen pedidos a los que no puede negarse. Tal es mi circunstancia. Y, ahora, en homenaje a Don Franklin Barriga, intento entrelazar estas frases, a manera de presentación, venciendo mi conocida timidez ante la palabra. Timidez producida unas veces, por la dificultad de expresar con claridad lo deseado y, otras que son las más, por la responsabilidad que entrañan las palabras, en cuanto ellas toman vida propia.

Y es que las palabras caminan. Caminan, como un dolor que avanza entre vísceras que ceden y huesos que resisten. Como túneles de luz que perforan la sordera. Como gotas de rocío cayen-

do en el silencio. Como puntillas afiladas que nos atan a la vida. Como puertas abiertas al misterio. Como súbitas y cotas alegrías. Como heridas resonantes de astrales cataclismos. Como gritos en caídas infinitas, cuyos ecos, derrepente, se vuelven caminos redentores.

Caminos, como los que actualmente América los abre, en su ruta luminosa hacia la liberación. Caminos que reconocen su verdadero valor y origen. Caminos arduos. Que recuerdan siglos de trágico e incierto transitar. Caminos que nos duelen la memoria por la humillación y el vasallaje. Caminos que denuncian centurias de utilizar palabras que no tuvieron la responsabilidad de ser, en actos concretos, con lo que esos vocablos predicaron.

En nuestras sociedades convulsionadas y difíciles, injustas y limitadas, las verdades del espíritu quedan relegadas. Sin embargo, sabemos que toda liberación está ligada, estrechamente, a la identidad del ser humano y a su herencia cultural colectiva. Por eso, la América de hoy, bajo una nube preñada de palabras, se balancea, mugiendo como fiera herida entre la dependencia y el subdesarrollo, buscando la purificación de su destino, arrastrando un pasado que le sobra y afirmando un futuro con toda su fuerza creadora.

Y levanta su canto al presente, como un interminable vuelo de pájaros de barro, que empezó en las anónimas manos de los artesanos, en la mítica voz del arado campesino y en la sabia y violenta calma del pastor.

Se levantó del junco y del trigal. Del bijao y la palmera, unificando mitos, unificando sueños, unificando esfuerzos, que nos llevan a preguntar..... Quién va a detener a esta América en marcha, con su conciencia crítica despierta y su esperanza limpia de injusticias?... El fuego de la lucha arde por América toda. Las ar-

mas de la cultura solidaria y popular crecen constantemente y forjan claramente, al nuevo hombre de estas tierras, con nuevos niveles políticos, económicos y culturales.

Por lo tanto, es preciso abrir las puertas para enriquecer la visión del mundo actual, dinámico y cambiante, a la vez permanente y eterno en sus valores. Es preciso defender el pasado, es indispensable orillar el futuro, enfrentándole con el poder de la imaginación, con la fuerza del derecho, con el convencimiento de la fe. En fin, enfrentando a la muerte con la vida.

Este momento estamos en un instante de la cultura de América. Presentando dos obras de Franklin Barriga López, reconocido escritor que ha ratificado su prestigio con 46 artículos de obras publicadas, que muestran su admirable rigor y responsabilidad como investigador y como infatigable trabajador de la cultura.

El IADAP piensa que las obras que ahora presenta el compañero Barriga, constituyen un valioso aporte: "Los Mitos de la Región Andina" en lo correspondiente al Ecuador, y "Literatura para el Olvido".

El estudio del mito es el estudio del alma popular. En la historia del hombre, desde sus orígenes, está hermanado con el tiempo, con el entorno natural, con el miedo a lo desconocido. Hermanados con su propia grandeza, con sus símbolos con su capacidad de sueño y de cuerda locura, han estado presentes los mitos, las autopías como ingredientes, consubstanciales, de la existencia del hombre. Y América es eso, y, desde luego mucho más. Mito y utopía. Canto. Vuelo. Plenitud del ensueño. Voz de todos sus ríos. Clamor de todos sus vientos. Refugio de todas las esperanzas. Tránsito y permanencia de la lucha. Búsqueda del ser infinito. Milenaria desde ayer, palpitante y eterna hoy.

Esto es lo que recoge Franklin en sus obras y les dá el necesario álito de vida. Es, también, la obra que el IADAP entrega ahora, junto al convencimiento de que sus próximas obras sean siempre así, testimonio de la fe en la patria latinoamericana, porque quienes hacemos el Instituto Andino de Artes Populares del Convenio "Andrés Bello" creemos firmemente, que todo cambio social, está unido a un cambio de rutas en el rumbo cultural del continente.

PRESENTACION DE LIBROS

EMILIO UZCATEGUI

El camino recorrido por Franklin Barriga en los predios literarios es largo y zigzagüeante, pues unas veces se orienta hacia lo imaginativo y emocional de la poesía, mientras en otras se endereza hacia lo cerebral y técnico de la investigación en diferentes áreas.

Su bibliografía que, iniciada en 1964, es ya veinteañal registra numerosos títulos de variada temática, la mayoría de ellos desarrollados breve pero sustanciosamente. La jerarquía axiológica de tres de sus producciones les han hecho conquistar el primer sitio en sus respectivas premiaciones.

Hoy al efectuar la entrega de sus dos últimos libros: "Los Mitos en la Región Andina; Ecuador" y "Literatura para el olvido", nos ha hecho la distinción de confiarnos el cierre de las presentaciones que acabamos de escuchar a dos destacados intelectuales ecuatorianos y a un chileno vecinado en nuestros lares.

La liturgia bautismal, no consiste, como generalmente se cree, en la mera imposición de un nombre al neonato; es más bien la ceremonia festival con que se acostumbra recibir al nuevo ser que adviene al mundo y que se aprovecha para individualizarlo con una nominación.

La presentación de un libro -que por fortuna ya no se llama lanzamiento, lapsus psicoanalítico con que se inhibe o disfraza el impulso de arrojar o disparar el libro- es algo así como un bau-

tizo, un ceremonial con que se quiere saludar una nueva creación del intelecto humano y que conlleva algo más, o sea el dar a conocer la nueva producción.

En los últimos años este simple ritual ha devenido exigencia ineludible si no se resigna el autor a que su libro, por más bueno que sea pase desapercibido o completamente ignorado.

Han desaparecido ya de diarios y revistas los espacios aunque siempre estrechos que se destinaban a la nueva bibliografía y sólo por excepción aparecen reseñas que a veces algún bondadoso amigo del autor se molesta en escribir sobre el libro recién aparecido. Y no es que haya de esperarse y reclamarse siempre el elogio, pues el periodista habrá cumplido su tarea de difundir la cultura con sólo manifestar su opinión crítica sea favorable o sea adversa. Lo que no está bien es que se desechen o archiven las nuevas publicaciones, guardándolas como un secreto.

Se aconsejará que se publique un aviso noticioso en un diario; pero esto significa simplemente ignorar el precio astronómico de unas pocas líneas aunque sea en caracteres microscópicos que nadie leerá. Es insensato pedir que el escritor que ha tenido que costearse a precios estratosféricos papel, cartulina, láminas metálicas y películas para la impresión, esto si ha tenido la suerte de que no se lo cobre la mano de obra, disponga todavía de más dinero para propaganda publicitaria. Con la indispensable salvedad de los casos de excepción, ya no hay los ministerios, las universidades, las casas de la cultura que publiquen libros gratis, pues cuando menos exigen que se cubra el costo de los materiales que día a día se ponen insoportables.

El libro necesita propaganda, lo que ahora se titula promoción, razón por la cual hasta escritores consagrados por la fama recurren a artimañas como la de que ha sido expulsado de su país, para obtener la preciada publicidad que reclama una nueva obra.

Tanto en países super o subdesarrollados lo deportivo se ha empujado a la cumbre de los valores, mientras lo científico, lo filosófico ha rodado todos los escalones y se encuentra en la más profunda sima de lo axiológico. Los valores están tan trastocados que un gol fraudulento se estima más que un excelente libro. La efígie de cualquier mal deportista se multiplica en diarios y revistas y televisores; la del escritor se eclipsa se la exhibe muy ocasionalmente y en un rincón perdido.

Los cronistas de la prensa, tan prolijos y minuciosos en fotografiar y detallar los menores movimientos en los lances taurinos o las más fútiles incidencias de una escena deportiva, silencian los nombres de los autores triunfantes con sus libros ya sea en los concursos municipales, universitarios o de otra clase, esto cuando hacen la gracia o conceden la merced de reseñar brevísimamente la premiación literaria.

Reiteramos que en los tiempos actuales es indispensable la realización de actos como éste que tienen por finalidad la presentación de los libros conforme van apareciendo y expresamos nuestra creencia de que hay un imperativo para los escritores de dar a conocer sin egoísmos las producciones de los colegas.

Conforme a este credo estamos aquí, cumpliendo un deber muy grato; dar a conocer y hacer públicas nuestras impresiones sobre los dos últimos libros del poeta y ensayista Franklin Barriga.

Una constelación de estudios e investigaciones de antropología cultural, tales como "Leyendas y tradiciones del Cotopaxi", "Episodios folklóricos", "El Folklore ecuatoriano", "Calendario folklórico" ...se integra ahora con "Los mitos de la Región Andina, Ecuador", importante contribución de Barriga, de la que puede afirmarse que en cierta forma compendia y complementa la igualmente meritoria labor de Carvalho Neto, Silvio Haro, los Costales, Rueda y otros trabajadores de este sugestivo campo.

Acuciosamente ha recogido abundantes mitos de la Región Andina, campo pródigo en materiales, pero aún no suficientemente desarrollados entre nosotros.

Referirnos a la importancia y más problemas que dimanar del mito ocuparía mucho más tiempo del que lícitamente se puede disponer en un coloquio multipersonal como el que celebramos en estos momentos. El respeto al auditorio nos obsta para delinear y comentar conceptos que pródigamente manan de esa dicción tan usada como poco comprendida y valorada como es el mito. Pero no podemos omitir que el mito no es sólo una leyenda o relato, sino que tiene resonancias más allá de lo fabuloso y que en cierto sector se entremezcla con lo histórico, lo psicológico, lo antropológico, etc., y aún da lo suficiente para esbozar una teoría filosófica.

El otro volumen que presentamos ahora, el identificado como "Literatura para el olvido", es testimonio de la multiplicidad de intereses que agitan la psiquis de Franklin Barriga, es una muestra seleccionada de una larga y constante participación en el periodismo, no en cuanto a la crónica diaria sino el comentario erudito y sentido de grandes acontecimientos, observaciones directas y personales de aspectos de la naturaleza y la cultura.

En veces estos microensayos, estos comentarios breves sobre asuntos trascendentales, hacen prodigios para expandirse de la estrechez consustancial del periodismo y sugerir recomendaciones axiológicas, o bien reflexiones de índole filosófica. Así, por ejemplo "Eclipse del caballero" se cierra con una sagaz moraleja. Valoraciones muy humanas resumen sus consideraciones en torno de los incapacitados como en aquella "Protesta del impedido".

La savia poética, en cambio fluye, en "Pupila de colegiala".

La variedad temática no se detiene aquí. La naturaleza y la sociedad son inagotables veneros para verter sus pensamientos y sus emociones: el cosmos, lo telúrico, el mundo animal y vegetal, lo ecológico. Se enriquece con la visión de estampas de ciudades y paisajes, con recuerdos de viajes, con reminiscencias, reminiscencias históricas, costumbrismo, crónicas y episodios folclóricos, tópicos de antropología social ... Una vez más se hace necesario recurrir a la manida frase terenciana, de que nada de lo humano le es extraño.

Todo esto indudablemente en la forma comprimida que afecta al artículo periodístico, lo que es menester recordar para el cabal juzgamiento de estos artículos, indispensablemente cortos por su destino original el periodismo cotidiano, al consumo intelectual diario. De ahí que esta recopilación escogida de colaboraciones periodísticas se cubran con el metafórico nombre de Literatura para el olvido, que por haberse estructurado ya en un libro podría mejor acogerse a la denominación de Literatura para el recuerdo, pues sus elementos en general traspasan lo momentáneo y circunstancial. La acogida dada por la Colección Básica de Escritores Ecuatorianos garantiza una larga recordación.

MANUELA SAENZ HEROINA DE LA LIBERTAD

PLUTARCO NARANJO

Sepultado Bolívar, destrozado su ideal de una gran nación, olvidadas sus arengas de lucha por una América libre y democrática, unos cuantos gallardos militares, luciendo uniformes nuevos y condecoraciones polícromas, paseaban su prepotencia y, a veces, su desvergüenza, a lo largo de las naciones bolivarianas. La mayoría de los verdaderos patriotas y de los auténticos héroes que no habían caído en el fragor de la batalla, no estaba al frente de los destinos de América. Unos se habían expatriado o silenciosos y desengañados se habían retirado a la vida privada, mientras otros habían sumbido al certero golpe de una mano traidora y asesina.

De los que ahora exhibían bandas presidenciales, honores y prebendas, unos, por lo menos habían luchado junto al Libertador mientras otros, ni siquiera tenían en su hoja de servicio una batalla. Mas unos y otros se vanagloriaban de sus acciones, hacían ostentación verbal de su fe republicana, de sus sacrificios por la felicidad de los pueblos.

El general Francisco Robles y los suyos, según acaloradas promesas de salón, estaban dedicados con encomiable desprendimiento y tesón, a trabajar por los altos intereses de la república. Era el 23 de Noviembre de 1.856. El general Robles celebraba con banquete, música, bulla y alegría, su reciente ascenso al poder. Ese mismo día -contrastes dolorosos de la historia- moría en Paita,

sola y totalmente abandonada quien se entregó con santo fervor a la causa de la libertad y luchó durante los mejores años de su vida, primero junto a los patriotas quiteños, luego hombro con los patriotas limeños y por fin junto a Bolívar. La moribunda era Manuelita Sáenz.

Bolívar por lo menos tuvo el consuelo de contar con un puñado de amigos que le rodearon a escuchar su última proclama. Manuelita, víctima de una violenta epidemia de dípteria que, en su casa cobró ya una vida tres días antes, ni siquiera contó con una mano piadosa que le extendiera un vaso de agua. Murió sola y en el más duro ostracismo, después de más de 20 años de exilio. Los próceres y patriotas, si no mueren como héroes en el campo de batalla, con frecuencia, mueren en el más lóbrego de los abandonos.

Manuela, aunque de padre español, desde niña se vinculó al movimiento independentista. Su familia materna estuvo estrechamente ligada a los próceres del 10 de agosto. A pesar de su corta edad, doce años, tuvo que sufrir ya las vicisitudes de ese fracasado movimiento y sentir las emociones de la lucha por el ideal libertario.

Años más tarde, establecida en Lima, adornada de los dones de una inteligencia extraordinaria, belleza, donaire y fortuna, convierte su casa en un elegante centro de actividad social, pero no precisamente para el disfrute de una vida mundana y licenciosa. Todo lo contrario, Manuelita convierte esa elegante residencia, en uno de los principales centros conspirativos. Ella, en persona, organiza reuniones y fiestas -para disfrazar el propósito- en las que participaban los patriotas peruanos y sin despertar sospechas de las autoridades del virreinato, adelantan los planes para la independencia del Perú.

La espada de Bolívar, tras las gloriosas batallas de Boyacá y Carabobo, ha sellado, de modo definitivo y para siempre, la independencia de Colombia y Venezuela. Argentina y Chile, gracias a San Martín y O'Higgins son también ya libres. El Perú no lo es. Más bien ha llegado a la ciudad de los virreyes un batallón realista,

de refuerzo, el "Numancia"; enviado desde Bogotá, antes de la batalla de Boyacá. La llegada de dicho batallón ofrece a Manuelita una increíble coyuntura. Entre los oficiales del "Numancia" está nada menos que su hermano, el capitán José María Sáenz, incorporado a las tropas realistas, no por su voluntad, sino por su condición de capitán y de hijo de español.

Manuelita influye de modo decisivo en el ánimo de su hermano, quien desde antes se había identificado con la causa de América, para inclinar la vacilante posición de otros oficiales y soldados y convertir al "Numancia", en un batallón de la libertad. Al fin, el "Numancia" desconoce al virrey y sus autoridades y proclama su nueva causa, al tiempo que se anuncia, en Lima, la entrada inminente de los ejércitos de San Martín. Cunde el desconcierto en las filas realistas mientras se vigoriza el ánimo y la decisión en las filas patriotas. La casa de Manuelita hierve en actividad. Los ejércitos españoles desconocen al virrey, por su debilidad y proclaman uno nuevo, más enérgico y decidido, pero es demasiado tarde. En forma precipitada los ejércitos españoles se ven impedidos a abandonar Lima para organizarse a campo abierto, para dar la batalla en sitio más propicio.

San Martín entra en triunfo en la ciudad de Lima y es declarado "Protector" del Perú. Manuelita, junto a otros patriotas de ambos sexos, es condecorada por San Martín con la banda de seda y exaltada como "La Caballera del Sol". El decreto correspondiente dice: "Las patriotas que se hubieren distinguido por su adhesión a la causa de la independencia del Perú, usarán el distintivo de una banda bicolor, blanco y encarnado, con una medalla de oro con las armas nacionales al anverso y en el reverso, la inscripción "Al patriotismo de las más sensibles".

Manuelita era ya personaje de altas consideraciones y respeto, ahora es una patriota consagrada. En su pecho luce resplandeciente la bandera de seda y la medalla de oro. Esto mismo va a pesar, más que antes, en su voluntad para cambiar comodidades,

disfrute de la vida y la fortuna, por el azaroso camino de la lucha en favor de una gran causa. Algo inexplicable le impulsa a volver hacia Quito. Quizá, eso que llaman destino y que a veces no es otra cosa que una decisión inquebrantable.

A miles de kilómetros de distancia Bolívar siente la misma necesidad, trasladarse, lo antes posible, desde Caracas hacia Quito. Es la misma causa, pero con propósitos concretos diferentes que lleva a estos dos extraordinarios personajes a encontrarse en la ciudad de Atahualpa.

Guayaquil, mientras tanto, el 9 de octubre de 1820, ha proclamado su independencia. Quito, ahogado en sangre el 2 de agosto y sufriendo dura represión, sigue bajo dominio español.

Manuelita llega a Guayaquil, ya independiente. Los amigos prudentes le aconsejan no intentar su viaje hacia Quito. Sucre, con sus ejércitos está ya avanzando en esa misma dirección, quizá a Manuelita le tocaría atravesar el campo mismo de batalla. ¡Qué locura intentar ese viaje! Pero es precisamente lo que busca Manuelita; no le arredran los riesgos, no ha venido en busca de solaz y de tranquilidad, ha venido en plan de lucha, a ayudar a los patriotas. Avanza con premura a Quito, llega en vísperas de la Batalla de Pichincha; colabora con los patriotas y junto con las vituallas les envía también su corazón. Firmada el acta de rendición de los ejércitos de Aymerich, mientras otros se dedican a celebrar el triunfo, Manuelita recorre las salas del hospital, dando ánimo a los moribundos, ayudando a curar sus heridas a otros. Se inicia entre Manuelita y Sucre una sincera amistad avalada por la recíproca admiración y respeto mutuo.

Pocos días después de la batalla del Pichincha, Bolívar que había derrotado a los ejércitos españoles que se habían atrincherado en Pasto, hace su entrada triunfal en Quito. Manuelita es la encargada de ceñir las sienes del Libertador con una corona de laureles. Cuando el Libertador, cabalgando un hermoso caballo blanco, entra en la actual Plaza de la Independencia, Manuelita, desde su

balcón, le ciñe la corona. Luce en su pecho la franja bicolor y la medalla de oro. Por el momento, Bolívar ve en la quiteña sólo a la mujer bella que le deslumbra con su mirada y su sonrisa. Horas más tarde descubrirá en Manuela, que en eclosión armónica, se reúnen tanto esos dones naturales, cuanto inteligencia cultivada, fuerza de voluntad, fe en un ideal que los identifica, en ella encuentran a la mujer digna de su propia grandeza.

Pero Bolívar no ha venido en pos de romance ni de aventuras ligeras, tiene urgencia de llegar a Guayaquil. El más importante puerto de las colonias españolas del lado del Pacífico, ha declarado su independencia, pero no se ha pronunciado con claridad si continuaría unido a Colombia o como corren rumores, podría vincularse al Perú. Por otra parte tiene noticias del viaje de San Martín, rumbo a Guayaquil. Además, San Martín ha impartido la orden de que el batallón que envió desde el Perú, bajo el mando del general Santa Cruz, para reforzar las tropas de Sucre, vuelve a Guayaquil y allí espere sus órdenes, que las impartiría al momento de su arribo a dicho puerto.

Bolívar, aunque intuye los propósitos de San Martín, aunque han intercambiado noticias sobre movimientos y batallas de cada uno, no conoce personalmente a San Martín, no sabe a ciencia cierta cómo es él, cómo reacciona ante los problemas. Hay alguien que lo conoce muy de cerca: Manuelita. Bolívar suplica a la patriota quiteña que le acompañe a Guayaquil. Ella avanza hasta Babahoyo. Bolívar llega al puerto, con el tiempo estrictamente necesario para conseguir el pronunciamiento de la Junta de Gobierno presidida por Olmedo. Guayaquil respalda a Colombia y es parte de ella. Cuando San Martín llega a tierra ecuatoriana, la suerte se ha echado ya. Los dos generales se encuentran por primera vez, discuten los más importantes problemas, sobre el futuro de la América Hispánica y llegan a decisiones trascendentales. Con un abrazo, inmortalizado en el bronce, los dos libertadores se despiden. San Martín ha cumplido su misión, junto con sus tropas regresará a la Argentina, de modo temporal. Las decepciones, que

más tarde sufrirá también Bolívar, han llevado a San Martín a la más dolorosa determinación: se expatriará con rumbo a Europa, en donde morirá solo y casi abandonado.

A Bolívar le ha quedado la responsabilidad de dar las batallas definitivas en el Perú, en donde los ejércitos realistas se encuentran intactos, esperando el momento oportuno para la reconquista de Lima. Bolívar debe marchar hacia el Perú a dirigir personalmente las batallas; pero necesita más hombres y vituallas. Tiene que conseguirlos en el Ecuador y en Colombia. ¿Quién puede ayudarle en la difícil faena de formar nuevos batallones en tierra ecuatoriana para luego emprender en la larga marcha hacia el Perú?. Allí está Manuelita. Ella, conocedora del medio ambiente, no sólo es la consejera inmediata de Bolívar, es ella misma quien colabora en reunir recursos para armas y vituallas, la que da aliento a los patriotas para ir a luchar en tierras remotas. Sucre y Manuelita se convierten en los consejeros más capaces y leales del Libertador.

Viene el triunfo de Junín, ese que en oda inmortal ha sido cantado por Olmedo, uno de nuestros más grandes poetas; viene, poco tiempo después, el gran triunfo en Ayacucho. Las dos batallas cuentan entre las más extraordinarias de la historia de la estrategia militar. ¿Cuánto del triunfo en esas batallas no se debe también al valor, a la inteligencia y sobre todo a la abnegación, a la intuición, de esa maravillosa quiteña, la Manuelita Sáenz.

Con la batalla de Ayacucho y la Convención de Bolivia, Bolívar ha saboreado los últimos días de triunfos militares, de vítores atronadores, de distinciones y honores. Ahora se ahondan los conflictos políticos de las naciones emancipadas. Ahora comienzan los días más difíciles y amargos, aquellos que requieren mayor presencia de ánimo. Llegan los días de los egoísmos, de la inquina solapada, de la envidia que no perdona, de los denuestos, del juego bajo de intereses. Sus pocos años de gobierno "itinerante" están colmados de dolor y desconsuelo.

Precisamente en esos momentos más llenos de despecho, de riesgos e incomprensiones, Manuela es su mejor confidente, la que le alienta con mente clara y el corazón de una mujer enamorada. La única que no abriga menguados propósitos. Ella, cuando la mayoría de amigos comienza a tomar el camino del alejamiento, es la que está más cerca, la que trabaja sin descanso. Nadie, por un sueldo, habría trabajado con tanto tesón, como Manuelita, por salvar la "revolución", por llevar hacia adelante a la Gran Colombia.

Gobernar los pueblos resultó, para Bolívar, tarea mucho más improba y difícil que derrotar a ejércitos bien formados y más numerosos.

Manuelita la leal compañera de ideales, de luchas, de triunfos y derrotas, con su intuición femenina y su clarividencia se convertirá ahora en la protectora de Bolívar, en la "Libertadora del Libertador". Varias veces le salvará la vida a riesgo de la propia.

Es cierto, Bolívar y Manuelita se amaron, con ese amor intenso y sublime de los seres superiores. No en los primeros días, que son de asombro y arrobamiento, sino años más tarde, casi al final de la jornada, es que Bolívar, cual adolescente soñador, le escribirá a Manuelita: "A nadie amo; a nadie amaré. El altar que tu habitas no será profanado fuera la de Dios mismo. Tú me has hecho idólatra de la humanidad hermosa, o de Manuela, Créeme: te amo y te amaré sola y no más".

Paradójicamente, si Manuelita sólo hubiese sido la Caballera del Sol y en su haber se hubiesen inscrito sólo sus tantas acciones de la independencia, habría tenido, por sí misma, su puesto consagrado en la historia. No habría necesitado figurar como la "Libertadora del Libertador". Pero fue mujer, amó con toda la intensidad de su alma, amó hasta el último día de su vida. Todavía no se cumple a cabalidad su propia profecía (carta a Juan José Flores): "El tiempo me justificará". Parece que un siglo y medio son pocos años para borrar incomprensiones y prejuicios. Para Bolívar la vida fue corta; para Manuelita, el calvario, eterno.

Índice

	Págs.
HOMENAJE A QUITO.- Gustavo Alfredo Jácome	5
DE LAS PALABRAS Y DE	
LAS OMISIONES.- Teresa León de Noboa	14
LAS PALABRAS	17
FRAGMENTO DE "INCOGNITA".....	18
ESTA NOCHE.	18
EL MONOLOGO DE SEGISMUNDO Y EL MIO	19
UN ENCUENTRO CON	
MANUELA SAENZ.- Fabiola Solís de King	22
LETRA ECUATORIANA Y	
CONCIENCIA NACIONAL.- Augusto Arias	30
MICROCuentos II.- DAMOCLES.- Diego Viga	49
EL SUSTO.- Diego Viga	51
ENIGMA.- Diego Viga.....	54
PRESENCIA DE DON CARLOS	
MANUEL LARREA.- Ricardo Descalzi.	56
UN HOMBRE DE TODOS	
LOS TIEMPOS.- Luis Campos Martínez	68

BIBLIOGRAFIA.....	74
ANDRES BELLO JURISTA.- Emilio Uzcátegui.....	75
HORACIO QUIROGA:	
EL SUICIDA GENIAL.- Rubinstein Morerira.....	80
ESQUEMA DE LA FILOSOFIA	
DE HERBART.- Aurelio García.....	90
PASADO Y FUTURO DEL	
PANAMERICANISMO.- Jaime Barrera B.....	108
EL HEMISFERIO OCCIDENTAL.- (América del Norte)	
Alfredo Martínez.....	111
AMERICA CENTRAL.....	112
AMERICA DEL SUR.....	113
¡YO TE SALUDO AMERICA!.....	114
JOSE ENRIQUE GUERRERO,	
EL PINTOR DE QUITO.- Alba Luz Mora.....	116
EL GRUPO AMERICA RINDE HOMENAJE	
A QUITO Y RECIBE DOS	
NUEVOS SOCIOS.- Emilio Uzcátegui.....	119
PRESENTACION DE OBRAS DE	
F. BARRIGA LOPEZ.- Prof. Boanerges Mideros.....	122
PRESENTACION DE LIBROS.- Emilio Uzcátegui.....	126
MANUELA SAENZ HEROINA	
DE LA LIBERTAD.- Plutarco Naranjo.....	131